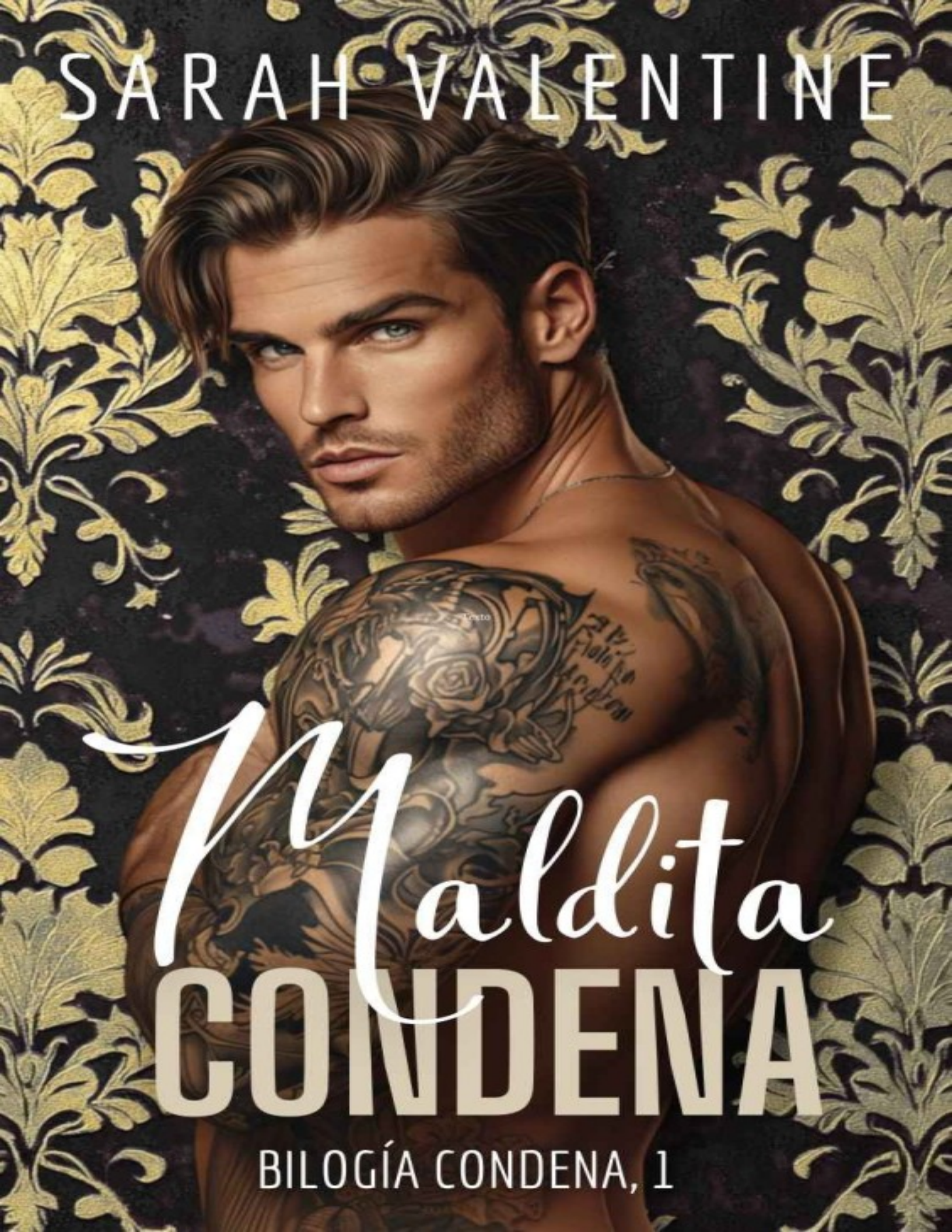
SARAH VALENTINE



Maldita CONDENA

BILOGÍA CONDENA, 1

Índice

Maldita condena
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti

Maldita condena
Bilogía Condena, 1

© Sarah Valentine, 2025

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Para todas las mujeres que alguna vez se sintieron
atrapadas en una jaula que parecía de oro.
Y para aquellas que, como Giorgia,
aprendieron a arder antes de poder volar.

Prólogo

Giorgia

La lluvia me cala hasta los huesos. Siento cómo me tiemblan las piernas mientras corro por una calle vacía de Brooklyn, aunque resbalo con cada paso que doy sobre el asfalto empapado y brillante bajo la luz de las farolas. Chapoteo en los charcos sin ritmo y tengo la sensación de que mis pies no me obedecen. Me arden los pulmones. Estoy agotada y el aire que entra por mis fosas nasales está helado. Necesito parar y respirar, pero no puedo hacerlo, ahora no. Aprieto la cadena de oro y la llave, que cuelgan de mi cuello y rebotan sobre mi piel empapada.

El corazón me late desbocado en el pecho por el miedo, la rabia y la desesperación que me invaden. Sigo corriendo perdida entre edificios de ladrillo viejo, que parecen monstruos. El aire huele a basura mojada y a metal oxidado. Jadeo, sintiendo cómo la humedad se me pega a la piel, pero sigo corriendo, aunque deje un pedazo de mi alma tras cada esquina.

Una farola parpadea sobre mi cabeza y lanza destellos irregulares, que me ciegan durante unos segundos. Tropiezo contra un bordillo y casi me caigo, pero me aferro a la única certeza que me queda: tengo que seguir sin mirar atrás, porque no quiero ver nada de lo que dejo tras mi paso, ahora ya no.

La llave golpea mi pecho con cada zancada que doy y me recuerda todo lo que he perdido y todo lo que nunca fue realmente mío. El agua resbala por mis mejillas y se mezcla con las lágrimas que ruedan sin freno por mi cara, mientras el dolor sigue inundándome los pulmones más que el aire helado que entra y sale de ellos a empellones.

Giro una esquina sin saber hacia dónde voy, aunque no me importa, lo único que necesito ahora es alejarme de él, de ellos y de todo.

El East River aparece ante mí como una mancha oscura que se traga el horizonte. Me acerco tambaleándome al borde del muelle, intentando no resbalar sobre la madera mojada. A pesar de la tormenta, el agua está en calma, oscura, silenciosa e infinita.

Me abrazo el torso temblorosa y observo mi reflejo en el agua, que me devuelve una imagen que no reconozco. Al mirarme veo que tengo los ojos enmarcados por el maquillaje corrido y la mirada de cría asustada. Una niña que creía que podía huir de su sangre, de su nombre y, también, de su condena. La misma niña que aquella noche, hace años, escuchó tras una puerta la sentencia que marcaría desde entonces su futuro.

Me sigo mirando en el agua, que empieza a agitarse con las gotas de lluvia, que cada vez caen con más fuerza, y en ella veo a la mujer rota que ha logrado escapar, pero también a la adolescente atrapada que aún suplica para que alguien la salve, aunque no puedo distinguir dónde termina una y empieza la otra.

La lluvia arrecia y lo empapa todo: mi ropa, mi alma y mis recuerdos. Cierro los ojos y aspiro el olor a sal, a tormenta y a melancolía. Dejo que el agua me cale por dentro, como si pudiera arrancarme la culpa, la rabia y el deseo prohibido que sigue quemándome el pecho cada vez que pienso en él. Porque, aunque corra, me esconda o me arranque la piel a tiras, sé que su nombre seguirá latiendo dentro de mí como una bomba a punto de estallar.

Abro los ojos y compruebo que el East River sigue inmóvil y frene a mí, igual que el abismo que siento bajo mis pies.

El frío de la llave que cuelga de mi cuello me recuerda que no soy libre, ni que nunca lo fui, aunque también me recuerda que sigo

viva. Aún puedo seguir luchando y aunque me duela, esta vez voy a elegir mi propio infierno y, si él viene a por mí, tendrá que arder conmigo.

14 años antes

Dejo la puerta entreabierta y me alejo en silencio por el pasillo alfombrado. En la cuna, Davide ya se ha dormido. Tiene la nariz arrugada y los labios entreabiertos, como si acabara de darle el biberón. El chupete se le ha caído a un lado y lo tiene entre su mejilla regordeta y la manta blanca que le he colocado con cuidado. Me detengo un instante en la mitad del pasillo para escucharlo respirar desde aquí. Me da miedo que deje de hacerlo y se quede dormido para siempre y nadie se dé cuenta.

Davide es lo único que tengo. Es solo un bebé, no habla, ni me mira con intención. Pero por cómo se acurruca entre mis brazos cuando lo cojo, que me hace sentir que le importo a alguien. Me cuesta separarme de él, pero esta noche hay gente en casa. Mi padre ha organizado otra cena de esas en la villa con sus aliados, sus socios o los que pretenden serlo. Desde que el sol se puso, he escuchado voces, risas forzadas, brindis y el sonido de sus pasos en el mármol.

Yo estoy descalza. Me he quitado los zapatos de charol cuando he subido a la planta de las habitaciones para estar con Davide. Esos zapatos me hacen daño. Me aprietan siempre en los dedos, aunque Dorotea, la *nanny*, me ha dicho que solo es cuestión de acostumbrarme.

No quiero bajar a cenar, pero tengo hambre. Además, no me gusta cuando papá me llama por mi nombre completo delante de todos, porque sé que lo hace para recordarme quién manda.

Me asomo desde el descansillo del primer piso y me fijo como, abajo, en el recibidor, el mármol brilla como si estuviera recién pulido. Además, desde donde estoy percibo cómo todo huele a carne asada, a perfume caro y a alcohol.

Empiezo a bajar las escaleras con cuidado y al llegar al piso de abajo, veo que hay vasos por todas partes y una bandeja llena de copas medio vacías en el borde de una consola. Intento caminar sin hacer ruido. Cruzo el pasillo de las pinturas antiguas, ese donde está el retrato de la bisabuela Marchese, la que según papá fue la primera en aportar honor a la familia, aunque a mí siempre me ha dado miedo, porque tiene los labios fruncidos y sus ojos son oscuros y están vacíos de vida como si fueran dos piedras.

Voy hasta la cocina, pero está vacía. Solo veo una bandeja con restos de panecillos fríos. Cojo uno y me lo meto en el bolsillo del vestido. A lo lejos, escucho una carcajada masculina, ronca y gutural y tras ella el chasquido de un mechero. Fuman. Siempre fuman. Como si el humo los protegiera de algo.

Sigo caminando, aunque sé que no debería, aunque nadie me ha dicho que no puedo entrar hasta el salón, pero tampoco hace falta, porque sé que es uno de esos lugares donde sé que no debo entrar cuando hay invitados. La puerta está entreabierta. Me acerco despacio. La madera oscura cruje al moverla un poco, pero nadie se gira. Hay al menos cuatro hombres sentados alrededor de la mesa. Fuman puros y hablan en voz baja, casi en susurros. Papá está de espaldas, con un vaso de whisky en la mano.

—…atar con sangre a una familia aliada —dice uno de los hombres, con acento raro. Ruso, creo. He oído ese acento antes, cuando vino aquel tipo al que no dejaban mirar las criadas.

—Los pactos de verdad no se firman con tinta —responde papá.

No entiendo de lo que hablan, así que me quedo muy quieta, con la espalda pegada a la pared, justo al lado del umbral. Hay una rendija entre la puerta y el marco y, desde ahí, puedo ver parte de la sala. La lámpara baja sobre la mesa cuelga como si fuera una luna amarilla. Huele a cuero y a humo de puro. La mezcla me revuelve el estómago.

—¿Está de acuerdo con el compromiso? —pregunta el mismo ruso.

Papá da un sorbo largo a su copa antes de hablar.

—Lo está desde que nació.

No sé de quién hablan. Pero algo en esa frase me atraviesa por dentro, como si alguien hubiese clavado una aguja larga y afilada en el medio de mi pecho.

—Será a largo plazo. Una inversión de futuro —añade otro.

Los demás asienten. Me suenan esos movimientos de cabeza. Los he visto en muchas cenas: hombres que bajan la barbilla sin rechistar, como si eso bastara para cerrar acuerdos.

No entiendo del todo lo que han pactado. Pero sé que están hablando de mí. No tengo pruebas, pero lo sé. Me tiemblan las piernas. Me aparto de la puerta en silencio y echo a correr escaleras arriba con el estómago revuelto.

Subo los escalones descalza, apretando los dientes. Al pasar frente al espejo del pasillo, me miro de reojo y veo que tengo la cara pálida y el gesto asustado como si acabara de ver un fantasma.

Me encierro en mi habitación. Me siento en la alfombra abrazándome las rodillas. Abajo sigue la fiesta. Las risas, los brindis y los tintineos de las copas al chocar. Yo solo escucho mi respiración y la de Davide, que sigue durmiendo, ajeno a todo, con sus pequeños puños cerrados como dos florecillas arrugadas.

Me acerco a su cuna y le acaricio la cabeza muy despacio. Tiene el pelo suave, más oscuro que el mío. Me pregunto si soñará y si tendrá miedo, tanto como tengo yo, porque tengo la sensación que, desde esta noche, algo ha cambiado para mí, que mi cuerpo ya no me pertenece, aunque me voy a esforzar en fingir que no es así.

Capítulo 1

Presente

Giorgia

El olor a disolvente y tinta fresca flota en el aire, aunque estoy tan acostumbrada que apenas lo noto. Atravieso la galería descalza, con el dobladillo del vestido negro pegado a las piernas por el calor pegajoso que se cuela desde la calle. Me encanta esta hora, cuando la ciudad se vacía de ruido y los focos proyectan su luz sobre los lienzos y las paredes de ladrillo visto parecen respirar. Me rodean cuerpos fragmentados, sombras atrapadas y bocas entreabiertas pintadas en rojo violento. Todo lo que cuelga en los lienzos que me rodean tiene un trozo de mí.

Naomi está terminando de colocar una escultura en una base de metacrilato. Su vestido de tirantes se le ha pegado a la espalda por el sudor y lleva una coleta alta que se tambalea de un lado a otro cada vez que da un paso atrás para observar el conjunto.

—Sigo pensando que está demasiado centrada —murmura—. Si la desplazamos un poco, el foco podría marcar mejor el volumen del

torso. ¿No crees?

—Hazlo si lo ves claro —respondo, sin dejar de mirar las fotos de la pared que tengo frente a mí. Hay una en concreto que me inquieta. Una mujer con los pechos cubiertos por un velo de tul y los ojos cerrados. La hice yo misma, hace tres años, justo después de...

No termino el pensamiento, no quiero hacerlo.

Me acerco a una de las vitrinas centrales y recoloco un catálogo que alguien ha dejado torcido. Mis manos tiemblan un poco, aunque no por lo cansada que estoy por la larga jornada de trabajo, sino por el día que es hoy y por la llamada que recibiré en cualquier momento.

Naomi me observa de reojo.

—¿Tu padre vendrá a la inauguración de este jueves?

—No.

—¿No vendrá... o no está invitado?

—No le hace falta tener una invitación para aparecer donde le da la gana —respondo, con la voz más baja de lo que pretendía y lanzo un suspiro.

Me acerco al mueble del fondo, donde guardo las botellas. Abro la puerta del armario con un gesto rápido y el cristal vibra durante un instante.

—A veces pienso que no sabes si quieres que venga o que se olvide de que existes —me dice desde el otro lado de la sala.

—Eso es porque no tienes un padre como el mío.

Ella calla. Es lista y sabe que hay límites que no se deben cruzar, aunque compartamos copas y secretos.

Justo en ese instante el móvil vibra en mi bolsillo como si hubiese estado escuchándonos. Lo saco sin mirar la pantalla, porque no me hace falta comprobar que es él, tengo asociado su número a una vibración distinta que me advierte cuando me llama.

—¿Qué?

—Cena familiar. Esta noche. A las siete en punto te recogerá un coche. No llegues tarde —me dice mi padre con su habitual voz firme, seca y sin rastro de afecto.

No me ha saludado, ni me ha preguntado cómo estoy. Como hace siempre, solo se ha limitado a darme órdenes y nada más.

—Tengo cosas que hacer —intento decir, aunque ya sé que no sirve de nada.

—No me interesa. Esta noche tienes que estar en Brooklyn Heights.

Se queda en silencio y yo aprieto la mandíbula. Mi reflejo en el cristal de la puerta del armario que tengo frente a mí parece el de otra mujer más delgada y vieja.

—Iremos todos. Ya sabes por qué. No empieces ahora con tus tonterías.

La llamada se corta y yo me quedo con el móvil en la mano. Lo dejo sobre el mostrador, junto a una vela apagada y saco una botella de vino tinto y la dejo sobre la encimera. Busco un sacacorchos en silencio, Naomi no dice nada y yo tampoco.

Rompo el precinto que rodea la boca de la botella con un gesto seco. El corcho hace un pequeño sonido al abrir la botella y yo tengo la sensación como si algo se hubiera liberado a la vez por fin.

Sirvo dos copas y me giro. Naomi está mirando el cuadro de manchas rojas que colgamos esta mañana. Una maraña de rojo oscuro, pinceladas negras y una forma difusa en el centro que parece una figura humana devorándose a sí misma.

—Ese lo pintaste el invierno pasado, ¿verdad?

Asiento.

—¿Después de aquella visita a Sicilia?

Vuelvo a asentir, aunque no digo nada. No quiero hablar de eso.

—Es brutal.

Le alargo una de las copas.

—Por nosotras —brindo alzando mi vino.

—Por aguantar un día más sin mandar a todo el mundo a la mierda —añade Naomi con una sonrisa.

Chocamos las copas con suavidad y bebo un trago largo. El tinto está caliente, pero no me importa. Quema al bajar por la garganta. Naomi se apoya contra una de las columnas y me mira desde allí.

—Sabes que siempre puedes no ir, ¿verdad?

—No. No puedo. —Me acerco a la pared y paso los dedos por el borde del lienzo rojo y noto cómo me tiemblan las manos— Si no voy, lo pagará alguien más.

Ella me observa sin decir nada. Sabe de lo que hablo, porque lo ha visto antes. Yo no soy libre. Puedo fingirlo, pintarlo o emborracharme con esa idea todas las noches si quiero, pero en el fondo sé que sigo siendo esa niña de hace catorce años, encerrada en su cuarto y que espera que su padre se olvide de que existe.

A las siete, vendrá el coche. Subiré a él, sin abrir la boca, y volveré a entrar por la verja negra de la mansión de Brooklyn Heights, donde las paredes huelen a whisky y a secretos podridos. Donde nada ha cambiado desde entonces, salvo yo, que he aprendido que estoy mejor callada.

Capítulo 2

Maden

Golpeo con mis zapatos el mármol gris grafito con un ritmo seco y preciso, mientras el zumbido del purificador de aire resuena junto a la ventana blindada, donde los cristales polarizados devuelven un reflejo que apenas deja entrever la ciudad. Mi despacho no tiene un solo objeto que no cumpla una función. Las paredes están forradas con paneles de roble oscuro barnizado, interrumpidos solo por estanterías empotradas, donde las cubiertas negras y doradas de varios volúmenes jurídicos se alinean como soldados en fila. A un lado, un sillón de cuero negro con tachuelas niqueladas hace juego con la butaca gemela frente a la mesa, amplia, de líneas rectas y sin un solo papel sobre su superficie. Todo está dispuesto con total precisión. Una escultura de acero retorcido descansa sobre un pedestal de piedra volcánica en una de las esquinas de la estancia, como si recordara que el arte también puede herir solo con mirarlo. El ambiente huele a madera quemada, a cuero viejo y a control. Es un espacio que habla de mí sin decir mi nombre: frío, calculado y sin ornamentos. Como yo.

El ruso que tengo frente a mí no para de fumar. Lleva el tercer cigarro en menos de quince minutos y eso, aunque no me incomoda, me irrita. Porque un hombre que necesita tanto humo, oculta o teme algo.

—Los puertos del norte siguen bajo nuestro control. Pero no duraremos si los italianos no cierran filas. —me explica con voz rasposa, como si masticara cristales al hablar.

—Los Marchese ya han aceptado el acuerdo. El tráfico seguirá como está y la calma también. Si alguno intenta ir por libre, no tendrá ni dónde esconderse ni cómo respirar tranquilo —le respondo y me cruzo de piernas con calma.

El ruso me observa en silencio. No parpadea. Perfecto.

Sobre la mesa, la carpeta está abierta y muestra su contenido. «Contrato Marchese». Es el título impreso con tinta negra que aparece sobre el papel gris. Aún no está firmado, pero pronto lo estará.

Dentro de la carpeta hay varias fotografías y cojo una de ella: Giorgia Marchese. Me detengo en los detalles de la imagen y me fijo en el contorno de sus labios, carnosos y tensos. El gesto altivo de su barbilla y la expresión desafiante que no logra borrar la fragilidad que veo en su mirada. Percibo una especie de inocencia perversa en ese rostro que me parece muy natural, porque o se nace con ella o será imposible tenerla

—Está hermosa, ¿no? —pregunta el ruso con una sonrisa turbia.

—No es una puta de escaparate. Es una inversión —. Sentencio y dejo la foto sobre la mesa. Me limpio los dedos con un pañuelo, aunque no haya tocado nada sucio, pero ese es un gesto que me ayuda a ordenar los pensamientos dentro de mi cabeza.

—Tu frialdad siempre me ha gustado, Thorne.

Levanto la vista para responderle.

—Eso es porque no has visto qué sucede cuando dejo de ser frío.

El ruso suelta una carcajada y se pone en pie. Nos damos la mano y noto su piel tibia y húmeda. En cuanto se marcha, cierro la carpeta y la guardo en la caja fuerte empotrada tras el cuadro de Rothko. Pulso el código y al escuchar el pitido de seguridad dibujo una media sonrisa en mis labios. Ese sonido me resulta más satisfactorio que cualquier aplauso.

Me pongo la americana y salgo al pasillo hacia el ascensor privado. En el trayecto, dos de mis asistentes me saludan. Uno

agacha la cabeza y el otro espera a que pulse el botón mientras yo me mantengo en silencio.

El coche me espera en el sótano. Subo y salimos a las calles de Manhattan hasta el club. Cuando llegamos frente a la puerta privada de acceso, bajo y me acerco hasta ella. Pongo la yema de mi dedo índice derecho sobre el lector táctil. Enseguida reconoce mi huella y la puerta del club se abren sin ruido. Velvet está justo como debe estar: oculto, exclusivo e intocable para los que no forman parte del exclusivo grupo de socios.

Dentro, el ambiente es perfecto. Alfombras oscuras, luz indirecta, aroma de cuero, jazmín y madera. Los pasillos se entrecruzan como un laberinto diseñado para perder la voluntad. En cada sala hay una escena. Un cuerpo entregándose, otro mandando, aunque algunas veces los papeles se intercambian. Pero en Velvet nada ocurre sin consentimiento ni control.

Paso junto a una de las salas privadas y veo a dos hombres de pie mientras una mujer, arrodillada entre ellos, obedece cada gesto con sumisión elegante. No hacen ruido, porque no necesitan hablar. En Velvet, el que domina lo hace con la mirada... y el que se entrega lo hace sabiendo que el control es sinónimo de placer.

No me detengo. No me interesa ver lo que ya he probado mil veces. Así que subo a la planta superior, mi lugar y donde está mi zona privada.

Cuando llego a la estancia, me siento en la butaca que tengo al otro lado de la mesa. En el centro de la habitación hay una pantalla que reproduce en bucle imágenes de la inauguración de una exposición en el Soho. La imagen se congela justo en ella. Giorgia Marchese, que lleva un vestido negro, tacones finos y los labios manchados de vino tinto. Mira de frente a la cámara como si quisiera arrancarle el objetivo con la mirada.

Siento una punzada al verla, aunque no es deseo, o no solo eso, sino que es hambre, curiosidad y fascinación. Llevo años compartiendo cama con mujeres que pagarían por recibir de mí una atención como esta. Y, sin embargo...

Me levanto y camino hacia la pantalla. Acerco los dedos a ella y repaso su silueta. La postura de su cuello. La forma en la que aprieta

los labios cuando no quiere sonreír. Muevo el vídeo hacia atrás para observarla desde otro ángulo.

Dibujo una media sonrisa en mis labios al pensar que, aunque ella no lo sabe, ya es mía.

Capítulo 3

Giorgia

El coche negro se detiene junto a la verja de hierro forjado y, aunque me gustaría decir que no estoy temblando, la verdad es que siento las manos tan frías que tengo que apretarlas contra los muslos para evitar que me delaten. Los cristales tintados me protegen de las miradas de los guardias que pululan alrededor de la entrada, pero no del nudo que noto en el estómago desde que he subido a este coche.

La puerta se abre sin que nadie diga nada. Un gesto, un ademán con la cabeza, y bajo. Cuando empiezo a caminar, escucho el crujido apagado que provocan mis tacones sobre la grava. Me sigue un hombre trajeado, que me escolta hasta la entrada. No sé quién es ni cómo se llama, pero no importa, porque todos los hombres que trabajan para mi padre son iguales: mandíbula apretada, cuello grueso y ojos entrenados para no mirar demasiado. La puerta principal se abre antes de que yo la alcance. Como si ya supieran cada uno de mis movimientos antes de que los haga.

El vestíbulo de la entrada parece un museo sin alma. El suelo es de mármol blanco con vetas negras, columnas dobles que se elevan hacia el techo artesonado y una alfombra roja que ya no conserva ni su color original ni el orgullo de su origen noble. En las paredes cuelgan cuadros religiosos enmarcados en pan de oro, todos con

santos martirizados y vírgenes llorosas. Esta es una casa que se construyó para imponer al que la visita y no para acoger.

El mayordomo me hace un gesto y me indica que lo siga. Mis pasos suenan apagados ahora sobre la moqueta del pasillo largo que lleva hasta el despacho de mi padre. Pasamos junto al comedor, al salón de invitados y a la sala de armas, que él cree que nadie conoce. Todo está exactamente igual que la última vez que vine y como siempre. Tengo la sensación de que todo ha permanecido congelado aquí dentro desde mi infancia, como si el tiempo tuviera miedo de avanzar en esta casa.

Cuando estoy frente a la puerta del despacho de mi padre, respiro hondo antes de entrar. La estancia está iluminado por una única lámpara de sobremesa, porque las cortinas están echadas y las ventanas cerradas. Mi padre está sentado tras el escritorio, tan impecable e imperturbable como siempre. El traje gris claro le queda como si le hubieran cosido cada costura sobre la piel. No se levanta cuando me ve, solo alza la vista y entrelaza los dedos sobre los papeles que tiene frente a él.

—Has llegado puntual.

No le contesto, porque no me sienta bien fingir respeto, y simular que siento afecto me provoca náuseas.

—Siéntate.

Camino hasta la silla que hay frente al escritorio y me dejo caer con calma. Mi vestido negro se ajusta a mis piernas cuando cruzo una sobre otra. Sus ojos bajan hasta mis tobillos, pero no dice nada. Nunca lo hace, solo se limita a observar y a juzgar.

—Esta noche no hay cena. Ni familia. Solo tú y yo.

—Entonces, dime lo que sea que tengas que decirme. Quiero irme cuanto antes de aquí.

Sus labios esbozan una sonrisa falsa, que parece una mueca bastante desagradable.

—Te vas a casar.

La frase me atraviesa como un disparo.

—¿Perdona?

—La boda es en una semana y te casarás con Maden Thorne. Todo está acordado.

Siento que el estómago se me hunde, como si algo se desmoronara dentro. Lo miro, buscando alguna señal de humanidad en su cara, pero no la encuentro.

—Estás loco.

—No, solo estoy protegiendo lo que es nuestro.

—¿Nuestro?

—Él nos ofrece estabilidad, poder y protección. Y tú, lo único que tienes que hacer es ponerte un vestido blanco y no armar demasiado escándalo.

—No pienso casarme con ese hombre. No le conozco, ni le quiero, ni me importa su puto poder.

Vittorio se reclina hacia atrás, coge un puro del cajón, lo enciende con parsimonia y da una calada larga antes de hablar.

—¿Sabes qué haría la mafia rusa con tu hermano si no firmamos este trato?

La sangre se me hiela en las venas al escuchar que se refiere a Davide.

—Eso no tiene nada que ver con él.

—Todo tiene que ver con él. Tú eres su única garantía. Si fallas, él pagará el precio de tu error.

Trago saliva y noto cómo me arde la garganta, pero no me muevo.

—Estás vendiéndome.

—Te estoy salvando.

Me levanto de golpe y la silla cae hacia atrás con un golpe seco. Me tiembla la mandíbula. No puedo mirar a ese hombre sin querer romperle algo o romperme yo del todo.

—Esto es una condena y no pienso sonreír mientras me vendes al mejor postor.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta con la certeza de que me está atravesando con la mirada

—Giorgia —dice, justo cuando voy a girar el pomo—. Más vale que obedezcas. La rebeldía se paga cara.

No le respondo. Solo me limito a salir del despacho con el corazón desbocado y movida por la rabia y la impotencia que me invade de pies a cabeza.

Capítulo 4

Maden

Las luces de Nueva York parpadean al otro lado del cristal como un enjambre ordenado. Desde mi ático, la ciudad parece un animal mudo que respira lento, ajeno al miedo que provoca. Me gusta contemplarla desde aquí no por el placer estético que me provoca, sino por la sensación de control que tengo de ella desde este lugar. Nada me alcanza desde esta altura. Ni el ruido, ni el caos, ni la miseria disfrazada de grandeza.

Camino descalzo sobre el suelo de hormigón pulido, y el sistema de sensores reacciona a mi presencia activando las luces según avanzo. En las paredes de mi caso no hay cuadros, ni libros, ni fotografías. Solo acero, cristal y mobiliario funcional de diseño. Todo tiene una razón y responde a un código.

Sobre la encimera flotante del vestidor, hay una selección de relojes suizos. Escucho el tictac leve de una de las piezas mecánicas, aunque no sabría decir cuál. Me pruebo uno que tiene una caja negra mate, minimalista y que recuerdo que fue carísimo, pero no me importa, el dinero es solo eso: dinero. Lo que más me gusta de este reloj es que se ajusta a mi muñeca como un grillete elegante, por eso me lo quedé.

Pulso un botón y se activa la comunicación interna.

—Callahan.

Su voz responde al instante.

—Dime.

—Mañana conoceré a Giorgia Marchese. Quiero que esté todo listo y que sienta que ella ha sido elegida... pero que también sepa que no puede escapar de mí. La boda es en una semana.

—Está hecho.

Cuelgo y me abrocho la camisa de color blanco hueso y de corte italiano. Me miro en el espejo sin escrutarme. No necesito reafirmarme en nada. Ya he dejado atrás la época en la que dudaba hasta de mi sombra.

El sistema de seguridad me notifica que hay dos hombres revisando la perimetral. Todo está en orden. Siempre lo está. No porque el mundo sea seguro, ino porque yo lo obligo a serlo.

Me sirvo un trago de whisky y mientras bebo, me viene a la cabeza un recuerdo de forma muy nítida.

Once años atrás. Un callejón en la parte trasera de un club en Manchester, frente a mí un charco de sangre espesa y un cuerpo. Y yo, con las manos heladas, mirando cómo la vida se le escapaba por la boca a un hombre que había insultado a mi madre. No me escondí, ni huí. Solo esperé a que llegaran los que mandaban y vieran que yo no temblaba, ni lloraba, ni me apartaba del cuerpo. Me subieron a un coche negro y nunca más me volví a manchar las manos sin que supiera por qué lo hacía.

En este mundo no sobrevives deseando sino poseyendo.

Camino hacia el despacho y la luz se regula a mi paso según avanzo por el pasillo. Me gusta el silencio de esta casa. No hay voces, ni ruido, solo el zumbido suave de las unidades de seguridad y el crujido de la piel de mis zapatos al pisar.

Abro la puerta que da acceso a la sala privada y dentro, una pantalla ocupa toda una pared. Es táctil y ultrafina. En ella, cargado ya, está el vídeo de una inauguración de arte en el Soho. Pulso la pantalla y el vídeo arranca. De repente aparece ella con un vestido que se ajusta a su cuerpo como si hubiera nacido con él puesto. Calza unos tacones afilados y lleva el pelo suelto, ondulado y ligeramente desordenado. Mira la cámara con una expresión que es una mezcla de reto y desdén. Me gusta su rebeldía.

Me siento frente a la pantalla y apoyo un codo sobre el reposabrazos y me paso los dedos por la línea de la mandíbula. No es el tipo de mujer que uno lleva a una cena para que se calle, sino que es de esas que se mete en la piel, en la sangre y que pone patas arriba tus propias reglas.

Avanzo el vídeo hasta que hay un momento en el que la cámara la muestra de perfil. Sonríe, se gira y se cruza de brazos. Habla con una mujer que se aparta un segundo para mirar un cuadro y ella se queda sola, aunque no parece que eso le moleste. Tiene esa especie de aura de esas mujeres que no necesitan ser salvadas para tener poder.

Me echo hacia atrás y noto que el nudo de la corbata me aprieta más de lo normal o tal vez sea otra cosa.

Le doy al *zoom* y observo la voluptuosidad que se insinúa en su escote. La piel del cuello, tersa. Los hombros rectos. El gesto firme y la boca relajada, pero con los dientes a punto de morder algo.

Ella aún no sabe lo que es el deseo, pero no me preocupa, porque yo se lo enseñaré.

Capítulo 5

Giorgia

Tengo las manos sudadas y calientes, aunque siento cómo la rabia se me instala en el pecho como una piedra que no puedo sacar de ahí. Miro por la ventanilla del coche negro en el que me llevan como si fuera una mercancía. Observo mi reflejo en los cristales tintados y no me reconozco. A pesar de que parezco tranquila, no puedo dejar de preguntarme ¿cómo he acabado así? Y como no encuentro una respuesta que me tranquilice, cada vez estoy más ansiosa.

Ni el motor, ni las ruedas del coche hacen ruido, como si formara parte de ese mundo que no admite errores ni vibraciones. A pesar de que dentro del automóvil solo estamos el chófer y yo, no soy libre de decirle que pare y bajarme. Lanzo un hondo suspiro y la cabeza se me va a Davide. En su cara de sueño cuando se queda dormido sobre mis piernas y en nuestra conversación de ayer, donde me habló de un nuevo profesor en el internado y me preguntó si podía venir a verme en Navidad. Le dije que sí, pero le mentí, porque sé que no podremos vernos con todo esto que ha montado mi padre.

Aunque tampoco puedo contárselo a Davide, porque no quiero que él también arrastre la carga de saber, que tengo que casarme con un desconocido para no ponerlo en peligro. Así que no me queda otra opción que aceptar esta situación, casarme con un desconocido que ha elegido mi padre, como si estuviéramos en otra

época y yo solo fuera una pieza más de su particular tablero de ajedrez.

El coche se detiene frente a una torre de cristal altísima. Mirando desde mi asiento hasta la parte más alta del edificio, me da la sensación de como si se clavara en el cielo con la única intención de desafiarlo. Me abre la puerta del coche un tipo con traje negro y auricular en la oreja. No me mira a los ojos ni me dice nada. Así que me limito a salir, clavando los tacones en el suelo y el corazón pateándome las costillas.

Cuando entro en el edificio solo encuentro una pantalla negra que proyecta la temperatura, el nombre de la empresa en letras de acero pulido y un ascensor sin botones visibles. El tipo vestido de negro pone la palma sobre un lector y el elevador se abre y entramos en él. Es tan silencioso que siento mi respiración rebotar en las paredes de acero y espejo. Mientras subimos hasta no sé qué piso observo mi reflejo y veo que mi gesto se vuelve cada vez más serio.

Cuando se abren las puertas metálicas veo que hemos subido hasta la planta 73. El tipo que me acompaña me indica, con un gesto de su mano, que salga y yo le obedezco. Me abre una puerta que hay frente a nosotros y entro. Dentro todo es de metal y cristal y el aire es mucho más frío. No hay decoración en la estancia, todo es gris, blanco y negro y no hay ni una planta, ni un cuadro, ni la más mínima señal de vida.

Una mesa larguísima preside la habitación, frente a un enorme ventanal sin cortinas con vistas a la ciudad iluminada. Y al fondo, de pie, con las manos en los bolsillos de un pantalón de un traje con aspecto de ser carísimo, Maden Thorne.

Me fijo en sus hombros anchos, en su postura firme y en el perfil de su mandíbula que se recorta contra el cristal. No se gira al oírme entrar, solo espera a que sea yo quién dé el primer paso, pero no lo voy a hacer. Me limito a avanzar hasta el centro de la sala, con la única compañía del sonido de mis tacones sobre el suelo brillante hasta que estoy a una distancia prudente de él.

—Así que tú eres el futuro esposo que me ha buscado mi padre.

Maden se gira despacio y me mira como si ya me conociera. Sus ojos no se mueven con rapidez y me observa como quien valora una

obra y decide dónde empezar a desmontarla.

—Y tú eres la mujer que ha dicho que no piensa casarse con un hombre al que no conoce.

Su voz es grave y serena. Aunque no me da la sensación de que quiera impresionarme ni seducirme, porque sabe que tiene el control.

—No pienso casarme contigo. Al menos, no voy a hacerlo por voluntad propia.

Se acerca a mí, pero no demasiado, solo lo suficiente para que pueda verle bien la cara y veo que tiene la mirada de quien ha sobrevivido a demasiadas cosas y el porte de quien no pide permiso.

—No necesitas voluntad para cumplir un contrato. Solo presencia.

—Yo no soy solo una de las piezas de un contrato

—No, eres un acuerdo vivo. Una garantía, sin más.

Le sostengo la mirada, aunque por dentro tenga ganas de romper algo y de gritarle que no soy un objeto ni un trozo de carne. Pero sé que cualquier debilidad que le muestre, solo conseguiré alimentar más su ego.

—No voy a fingir que esto me parece bien. Ni pienso ponértelo fácil.

Maden ladea la cabeza.

—No esperaba que me lo pusieras fácil. Pero pensaba que tendrías claro, que tampoco vas a poder salirte con la tuya.

Al escucharle, me giro y dándole la espalda camino hasta los ventanales. Allí observo cómo las luces de la ciudad se extienden bajo mis pies como un mapa de estrellas infinitas. Me mantengo en silencio, porque sé que si hablo acabaría rompiéndome y no me lo puedo permitir. Aunque unos segundos después, la impotencia hace que escupa varias palabras de mi garganta.

—Casarme contigo para mí no es más que una maldita condena.

Las palabras salen de mi boca como una cuchilla. Sé que le van a doler o, al menos, quiero que lo hagan. Pero él ni pestañea. Se limita a observarme desde su rincón, con postura altiva y una mirada de estratega frío que ya me ha calado hasta los huesos. No dice nada, pero tampoco necesita hacerlo.

Me doy la vuelta. No porque quiera marcharme, sino porque necesito separarme de su mirada y me acerco otra vez al ventanal. Observo las vistas de la ciudad, que sigue latiendo ajeno a lo que ocurre aquí dentro. No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho sus pasos acercándose hasta mí. Estoy segura de que se ha movido porque ha decidido que es el momento, no porque se haya visto obligado a reaccionar por mi actitud.

—Eso es lo que más me excita —dice a mi espalda.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza y noto que me recorre una descarga de arriba abajo, como si una corriente eléctrica me hubiese atravesado la piel. Me llevo la lengua a los labios, casi sin darme cuenta, y noto cómo el pulso se me acelera. Me odio por lo que mi cuerpo empieza a decir cuando yo solo quiero gritar que todo esto me repugna.

—Eres un cabrón —susurro con rabia, sin girarme aún para mirarle.

—Y tú una diosa enfurecida, pero eso no cambia nada.

El reflejo del cristal me devuelve una imagen de los dos. Él está detrás de mí, firme e imponente. Yo, en cambio, estoy tensa y con las manos apretadas a los costados. Me obligo a respirar por la nariz y me giro despacio hacia él. Está tan cerca de mí, que siento el calor que emana de su cuerpo, pero sin invadir mi espacio. Sabe perfectamente hasta dónde puede llegar sin que lo rechace físicamente. Es como si me tuviera medida al milímetro.

—Esto no va a salir como tú quieres —le digo conteniendo mi rabia.

—Oh, Giorgia. Todo ya está saliendo como quiero. ¿No lo ves? —Inclina apenas la cabeza, y ese gesto que podría parecer cortesía se convierte en una amenaza contenida—. Estás aquí. Vas a casarte conmigo y lo harás bajo tus propios términos, creyendo que eliges.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz.

—Claro que sí. Por eso te he elegido.

Sus palabras me paralizan. No sé si me está provocando, si de verdad cree lo que dice, o si simplemente está jugando. No lo conozco ni tengo aún las herramientas suficientes para entender cómo funciona su mente. Pero algo en su voz me hace pensar que

no todo lo que dice es mentira. Que, en su manera retorcida de ver el mundo, esto es también una especie de admiración.

Intento hablar, pero no me sale nada. Me siento atrapada entre su presencia y mi propia confusión. Así que me alejo un paso, lo justo para recobrar el aire. Maden no se mueve y me deja hacer. Lo que me desquicia aún más.

—No soy una muñeca rota para que vengas a jugar a arreglarla.

—No, no lo eres. Eres una bomba. Por eso no pienso cortarte los cables. Solo quiero ver cuándo explotas.

—Tú no entiendes nada.

—Entiendo más de lo que crees. Tengo muy claro que tu rabia es lo único que te mantiene en pie y que finges que me odias porque si admites otra cosa, tendrías que enfrentarte a todo lo que llevas años tragándote. Entiendo que estás aterrada, pero no de mí sino de ti misma.

Cada frase que sale de sus labios es un golpe bajo para mí. Uno tras otro y sin tregua. Como si fuera quitándome la ropa sin tocarme hasta dejarme desnuda solo con sus palabras. Me siento expuesta, vulnerable y rabiosa. Querría pegarle y besarle, aunque lo que más deseo es que desaparezca, pero también que se quede. Todo al mismo tiempo.

Él da un paso más, solo uno, y acerca su cara a la mía, aunque no nos tocamos, ni siquiera roza mi piel. Pero su boca queda cerca de mi oído.

—No voy a tocarte todavía. Porque haré que seas tú quien me lo suplique —me susurra al oído.

Al escuchar lo que me acaba de decir, no me muevo ni respiro. El aire se congela entre nosotros. Él se queda ahí, muy cerca de mí, un segundo más y un instante después se aparta.

Se marcha de la sala con la misma calma con la que llegó. Mientras yo me quedo ahí, temblando, ardiendo y con la sensación de que acabo de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Me acerco de nuevo al ventanal y me apoyo en el cristal, necesito sostenerme en algo. Me tiembla la barbilla, pero no lloro. No puedo permitirme hacerlo. Me toco los labios, aún húmedos por el reflejo

inconsciente de haberme pasado la lengua antes y me siento idiota, vulnerable y furiosa.

Esto no es una historia de amor, sino un castillo de hielo que se va a incendiar. Porque si yo tengo que arder, no pienso hacerlo sola.

Capítulo 6

Maden

El golpe seco de los paneles de vidrio inteligente al encajarse en la nueva partición del ático es más reconfortante que cualquier melodía. Me gusta el sonido de las cosas que se cierran bien y las estructuras que encajan con precisión.

—Quiero que la zona de acceso esté completamente delimitada con códigos distintos y cámaras independientes. Y que el sistema no registre mis movimientos dentro de su ala.

Callahan, mi mano derecha, asiente sin hacer preguntas. Él nunca las hace. Le basta con saber lo que quiero para encargarse de que ocurra tal y como yo lo deseo. Revisa la pantalla de su tableta mientras un operario instala los últimos sensores en la puerta que divide su zona de la mía. De ahora en adelante, Giorgia tendrá su parte delimitada e independiente de la mía en mi ático. Será su jaula de cristal.

Ella cree que ha impuesto una condición y me ha arrancado una concesión, aunque realmente lo que no sabe es que me ha dado exactamente lo que necesitaba: un espacio para observarla sin presionar. Un campo de prueba con cámaras ocultas y vigilancia pasiva. No necesito estar encima de ella para controlar todo lo que hace al milímetro. Basta con tener los ojos, y las cámaras de vigilancia, donde nadie los ve.

El ático está en la planta ochenta y tres del rascacielos de viviendas más exclusivo de toda la ciudad. Ocupa todo el piso. Las paredes de cristal blindado permiten ver la ciudad entera desde cualquier estancia. Todo está controlado con domótica de última generación y el sistema de seguridad es el más avanzado que existe. Tenemos seguridad con reconocimiento facial, cerraduras biométricas y persianas que se activan solas. Como decoración el mármol negro cubre el suelo, el acero cepillado cubre la mayor parte de la cocina, y los muebles de diseño que hay en todo el apartamento son obscenamente caros, aunque no parecen demasiado acogedores. Pero eso no me importa, porque este lugar no está hecho para el descanso, sino para gobernar.

Le he pedido al servicio que no toque nada en su zona. Ni ponga ambientadores, ni flores, ni ningún otro gesto de bienvenida. No quiero que crea que intento agradarla. Solo que entienda que todo ha sido pensado hasta el más mínimo detalle. Hasta el silencio y la frialdad que la va a rodear cuando cruce esa puerta.

—¿Y cuándo la traen? —pregunta Callahan sin levantar la vista.

—Mañana por la tarde. Quiero que esté todo listo para entonces. Incluyendo el sistema de alarma perimetral. Así, si intenta salir sin autorización, lo sabremos.

Él levanta una ceja.

—¿De verdad crees que intentará huir?

—No, pero necesito que tenga claro que no puede, aunque quiera.

Durante un instante, no dice nada. Luego vuelve a mirar sus notas y murmura:

—¿Solo es un trato, entonces?

No contesto de inmediato. Me acerco a la sala donde ya han instalado el sistema de control de acceso para su zona y observo el monitor central, que está proyectando el plano del ático dividido en dos mitades exactas. Cada parte tiene sus sensores, su temperatura propia y el resto de los sistemas autónomos.

—El trato sigue en pie. Todo lo demás... ya se verá.

Callahan me lanza una mirada rápida, sin juicio, pero con curiosidad. Él conoce mis fases y sabe cuándo estoy dándole

demasiadas vueltas a algo Cuando una decisión que debería ser sencilla empieza a mutar en otra cosa. No insiste.

En cuanto se marcha, me encierro en mi despacho. Apago las luces y solo dejo encendida la pantalla curva que ocupa casi toda una pared. Pulso una tecla y la imagen de Giorgia en la exposición de arte del Soho aparece al instante. Me fijo con detenimiento en el vestido negro con la espalda al descubierto que lleva, en cómo la cabeza cuando habla con una clienta, cómo apoya las manos sobre el mostrador y la manera en que se aparta el pelo de la cara. Giorgia no lo sabe, pero la he estado observando mucho antes de este acuerdo. Desde que alguien me habló de que la hija de Vittorino Marchese renegaba de su apellido, del talento que tenía y de su espectacular físico, que encendía hasta a los hombres que no se dejaban encender.

Me acerco al cuadro digital que tengo justo detrás del escritorio, que me muestra un fragmento de su cuerpo que me vuelve especialmente loco: la curva de su nuca, el inicio de su hombro y la forma su clavícula. Cada línea de su cuerpo solo puedo observarlo desde la distancia, pero en menos de veinticuatro horas dormirá bajo este mismo techo y entonces la tendré muy cerca.

—Cuanto más lejos se cree de mí, más cerca la tengo —susurro.

No sé por qué sonrío, porque no es algo que suela hacer, pero hay algo en su manera de resistirse que me enciende más que la obediencia. No me excita la sumisión, sino la guerra. La idea de que, incluso odiándome, me mira y que cuando me responde con respuestas envenenadas, lo hace con la voz temblando.

Apago la pantalla y miro el plano del ático una vez más. El ala este ya está preparado para ella. He hecho que le construyan un amplio dormitorio con baño privado, y un estudio con luz natural para que pinte si quiere. Hay cámaras ocultas en los marcos de las lámparas y micrófonos integrados en los interruptores. Nada que pueda notar ni evitar.

Me dejo caer en la butaca de cuero que hay frente al ventanal y observo como la ciudad continúa ahí fuera, rugiendo sin pausa. Pero yo solo pienso en ella y en cómo será su primer día aquí. En si caminará descalza por el mármol, si me insultará en voz alta cuando

crea que no la escucho o si acabará llamando la puerta que nos separa solo para demostrar que puede hacerlo.

Esto no es una historia de amor. Es otra cosa. Algo que ni yo mismo sé nombrar. Pero he construido este ático como un tablero de ajedrez y en él cada movimiento suyo me pertenece, aunque aún no lo sepa.

Capítulo 7

Giorgia

Me muevo por la habitación en silencio. Estoy en mi dormitorio de la casa de mi padre de Brooklyn Heights, la misma en la que crecí rodeada de silencios tensos y mármoles fríos. Es de madrugada, aunque no necesito mirar el reloj para saberlo. Todo está en calma y afuera, las farolas proyectan un resplandor pálido que se cuela por las cortinas abiertas. Dentro, cada rincón parece vigilado por fantasmas, que me conocen demasiado bien. El vestido de novia está colgado junto al vestidor y es lo único que rompe la quietud de la estancia. Una presencia muda que me recuerda, lo que va a ocurrir mañana.

He dejado las cortinas abiertas para obligarme a mirar la ciudad, que parece una postal maldita desde la altura privilegiada de esta casa sobre los edificios que la rodean. El ruido no llega hasta aquí, pero yo sé que sigue viva y que bajo sus luces hay gente bebiendo, gritando y viviendo. Personas que no tienen ni idea de lo que es ser vendida como si fueras un lote de carne más en una transacción mafiosa. Me froto los brazos con las palmas abiertas. No por frío, sino por rabia, impotencia y por saber que no tengo escapatoria de la maldita trampa que me ha tendido mi padre.

Me tumbo de lado en la cama y me quedo mirando a la pared, con las piernas encogidas y la garganta cerrada. No sé cuánto

tiempo llevo sin dormir. Tal vez horas o días. Hace tanto que no descanso de verdad que ya no recuerdo cómo era.

Pienso en Davide y en sus ojos cuando me pidió que lo llevara al cine el próximo mes. En su forma de apoyarse en mí como si supiera que soy el único lugar seguro que le queda. Él no sabe nada, ni de lo que se ha pactado ni de lo que está en juego, y no debe saberlo, porque si lo supiera, dejaría de ser un niño, me rogaría que no lo hiciera y yo no podría negarme. Además, lo perdería para siempre y no puedo ni imaginar esa posibilidad. Me da igual si debo hacer este sacrificio para que él esté bien. Davide no se merece vivir condenado dentro de este circo orquestado por mi padre.

Me muerdo el interior de la mejilla hasta notar el sabor metálico de mi propia sangre en mi lengua. Me levanto y camino descalza hasta el espejo del vestidor. No enciendo la luz, porque solo necesito ver mi reflejo a medias. Cuando me miro, veo a una mujer con los hombros rectos, el rostro tenso y la mirada llena de rabia. Nadie diría que esa mujer de gesto triste a punto de casarse. Aunque lo que tendrá lugar en unas horas, no será una boda, sino un sacrificio, un trueque o un castigo con forma de ceremonia.

El vestido de novia cuelga de una percha de terciopelo como si tuviera vida propia. Es de color marfil y la tela cae de forma limpia y suave. No hay encajes ni adornos. Solo una elegancia silenciosa que grita exactamente lo que soy: una reina sin trono o una prisionera vestida de diosa. Lo toco con la yema de los dedos y siento un escalofrío que me recorre el cuerpo. Tengo que cerrar los ojos para evitar que las lágrimas cedan a la ley de la gravedad.

En el joyero encuentro los pendientes que mi padre dice que pertenecieron a su madre. Los coloco sobre la cómoda y veo cómo brillan, pese a la poca luz que hay en la habitación. Cerca, entre anillos y pulseras, encuentro una pequeña navaja de plata que me regaló Davide hace años. «Por si alguna vez tienes que cortar algo para escapar», me dijo entonces. La cojo y la sostengo un rato entre los dedos. Me tranquiliza su peso y me hace sentir menos atrapada. La dejo en su lugar y vuelvo a sentarme en el borde de la cama. Me inclino hacia delante y me cubro la cara con las manos.

El silencio de esta casa es tan absoluto que ni siquiera el reloj se atreve a sonar. Todo está demasiado quieto y preparado para que no sienta nada, pero yo lo siento todo. Cada paso que me lleva más cerca del altar es un puñetazo en la boca del estómago y cada respiración me recuerda que mañana, a esta misma hora, seré la esposa de Maden Thorne. Aunque lo peor no es eso, porque ya ni siquiera estoy segura de si lo odio con la misma intensidad que esta mañana. Porque su voz aún me retumba en el pecho, cuando me dijo que haría que fuera yo quien le suplicara que me tocara… una parte de mí tembló.

Me tumbo otra vez sobre el colchón, aunque ahora lo hago sobre la colcha, con el vestido aún colgado en la percha, observándome desde el otro lado de la habitación. Lanzo un hondo suspiro con la certeza de que esta no es una noche cualquiera, porque es la última antes de convertirme en algo que nunca he querido ser. Pero no voy a llorar, porque, aunque me vista de novia, me pinten los labios y me pongan flores en el pelo, yo sé que soy una bomba y en cuanto encuentre el momento adecuado, pienso estallar.

El primer golpe de luz me atraviesa los párpados sin avisar. Me he quedado dormida, rendida al agotamiento, justo cuando la madrugada se disolvía en un cielo blanquecino. El cuerpo me pesa, siento los músculos entumecidos y tengo la garganta seca como si hubiera pasado la noche entera tragando cristales. Me incorporo despacio, aún envuelta en la colcha, con la sensación de que lo que tengo por delante no es una boda, sino un juicio o algo aún mucho peor.

La habitación sigue igual. Nada se ha movido desde que cerré los ojos. Ni el vestido, que sigue colgado, ni las sombras, que me observan con esa paciencia de quienes saben que da igual lo que luche, porque hoy no voy a escapar.

Me levanto de la cama y noto como mis pies tratan de adaptarse al frío del suelo. Camino hacia el vestidor sin prisa ni energía, como si cada paso fuera una rendición, otra más. Me planto frente al vestido y durante unos segundos no hago nada. Solo lo observo.

No es blanco sino marfil. Un tono suave, pero deliberado, como si alguien hubiera querido recordar que no soy inocente, que mi alma ya viene marcada y que esto no es un comienzo, sino una consecuencia. Las transparencias en la cintura y en la espalda insinúan más que esconden. La tela cae limpia, sin adornos ni encajes, como una verdad que no necesita disfraz.

Después de darme una ducha, me lo pongo sin ayuda. Paso los brazos por las mangas hechas de un tejido transparente de color carne y subo la cremallera hasta que noto cómo la tela se cierra alrededor de mis costillas. Me observo en el espejo de cuerpo entero y lo que veo me desconcierta. El reflejo no es el de una novia, sino el de una prisionera coronada. Una mujer envuelta en seda, lista para ser entregada como un trofeo. Como una firma estampada sobre un contrato que nunca quise firmar.

Un minuto después, alguien llama a la puerta. Antes de que pregunte quién es, la estilista entra sin llamar. Me dice que se llama Bianca, tiene el pelo recogido en un moño perfecto y vestida de forma elegante pero discreta. Supongo que forma parte de todo este montaje, porque sabe perfectamente qué tiene que hacer, cómo y en cuánto tiempo.

—Estás preciosa —me dice sin sonreír.

Me doy la vuelta y la miro sin pestañear.

—Puedo estar preciosa, pero esta boda no es nada más para mí que una maldita condena.

Ella no me responde, solo se me acerca, abre una pequeña maleta y saca los productos necesarios para maquillarme y un cinturón lleno de brochas. Empieza a trabajar sobre mi rostro con la eficiencia de una cirujana, como si fuera un lienzo que debe estar listo para ser expuesto cuanto antes.

Mientras me maquilla, me viene a la cabeza la voz de mi madre. Su tono suave, casi siempre en susurros, y su forma de acariciarme la cabeza cuando yo era pequeña, como si intentara protegerme de todo lo que sabía que un día me tocaría vivir. Me veo a mí misma sentada en su regazo, con los pies colgando y escuchándola decir algo que entonces no comprendía y que ahora no puedo sacarme de dentro:

«Nunca te enamores, Giorgia. No se nos permite».

Trago saliva y justo en ese instante, la estilista me pide que cierre los ojos y yo la obedezco. Dejo que me pinte los párpados con sombras suaves. El tono exacto para una mujer que no quiere destacar, pero tampoco ser olvidada. Cuando termino, me coloca unos pendientes antiguos que pertenecieron a mi abuela, según me contó mi padre, como si eso tuviera que hacerme ilusión.

Después regreso al joyero y entre las joyas alineadas como soldados en fila, está la pequeña navaja de plata que me regaló Davide. La cojo y acaricio el grabado que hay en el mango que apenas se nota ya del uso.

«Para cortar lo que te ate».

La sostengo un momento con los dedos alrededor del metal y me la acerco al corazón y sonrío, aunque es una sonrisa triste, porque echo mucho de menos a mi hermano. Me gustaría que estuviera aquí y que viera que sigo en pie sin nada que haya conseguido romperme, al menos, por ahora. Lanzo un hondo suspiro y me esfuerzo por contener las lágrimas antes de guardar la navaja en la parte superior de mi vestido. Sé cómo ocultarla sin que se note. Después, me pongo los zapatos de altísimo tacón y diseño elegante, que me parecen más propios de una reina que de una víctima, que es como realmente me siento.

Cuando salgo al pasillo, Bianca me sigue con los labios sellados. Abro la puerta y veo que un coche oscuro de cristales tintados nos espera al pie de la escalinata. Trago saliva y salgo intentando caminar tan firme como estos altísimos tacones y mis nervios me permiten. Tengo muy claro que hoy va a cambiar mi vida de forma radical, porque me voy a convertir en la esposa de un monstruo, pero lo haré con la cabeza bien alta, para que todos lo vean.

Capítulo 8

Maden

El aire me da en la cara con ese olor sucio a ciudad después de una tormenta breve. Estoy junto a la barandilla de la azotea, las manos cruzadas a la espalda y el abrigo abierto, como si esta noche no tuviera nada que ver conmigo. Desde aquí arriba, la ciudad parece indefensa. Cientos de ventanas encendidas, taxis atrapados en semáforos y vidas que no saben nada de pactos sellados con sangre ni de alianzas entre clanes que se odian en silencio.

Un zumbido se cuela por el intercomunicador que llevo oculto bajo la solapa.

—Todo listo. Los rusos ya están aquí.

Asiento sin mirar a Callahan. Sé que está ahí, a tres pasos de distancia de mí, sin moverse ni respirar más de lo necesario. Lo conozco desde hace demasiado como para tener que hablar con él para comunicarnos.

A mi izquierda, un camarero sirve copas de champán en bandejas de plata mientras uno de los violinistas afina las cuerdas con precisión. En la mesa central hay dos coronas de flores blancas. El juez de paz repasa unos papeles, nervioso, como si no supiera si está a punto de casar a una pareja o de bendecir un entierro.

Los invitados se distribuyen como piezas de un tablero: cada uno sabe dónde puede sentarse y dónde no. Están los italianos a la

derecha, los rusos a la izquierda. En el centro, los buitres disfrazados de hombres de negocios que llevan años enriqueciendo sus bolsillos con las migajas que caen de nuestras guerras.

De repente, una voz femenina rompe la tensión en el intercomunicador.

—La novia ha llegado.

No muevo ni un músculo al escucharla. Me mantengo de pie, mirando al frente, mientras oigo un murmullo a mi alrededor. Las cabezas se giran, las conversaciones se interrumpen y los violinistas se preparan para empezar a tocar. Justo en ese instante veo a Georgia, que cruza la puerta de cristal como si la hubieran invocado. No baja la mirada ni vacila. El vestido marfil le cubre el cuerpo con naturalidad, como si la tela hubiera sido creada para seguir cada curva suya sin resistirse, dócil y casi rendida a su paso. No lleva encajes ni adornos, pero no le hace falta: su sola presencia tiene la fuerza de una joya que brilla sin permiso. A la altura de la cintura, el tejido insinúa más de lo que oculta, y en la espalda, el escote traza una línea tan precisa que me deja sin aliento, aunque nadie lo perciba.

Camina con decisión en su avance hasta el altar, donde le espero junto al juez de paz. Mientras se acerca, las miradas de los asistentes se clavan en ella como cuchillas. No solo por su belleza, sino también por la forma en que respira y sostiene la barbilla en alto.

No necesito que me mire para saber que está a mi lado. La noto en la piel, en el aire y en esa electricidad sorda que se cuela bajo mi piel cuando algo importante va a suceder. Está tan cerca que, si estirara la mano, podría rozarla, pero me mantengo inmóvil. El juez carraspea, nervioso, intentando imponerse a la tensión que lo rodea, aunque ni siquiera consigo escucharlo. El murmullo ha vuelto a crecer a nuestro alrededor, pero yo solo percibo su perfume, tan sutil que parece hecho a propósito para no delatarse, como si quisiera dejar rastro, pero sin marcar territorio.

Cuando empieza la ceremonia, las palabras del juez no son más que frases que no significan nada, y que podrían haber servido igual en un funeral. Todo lo que sale de su boca es impostado, como si

hasta él supiera que lo que está haciendo no tiene nada que ver con el amor. Sin embargo, los presentes lo escuchan con una atención fingida, casi reverencial, como si esta boda tuviera el poder de sostener el equilibrio entre familias que se odian, pero con una sonrisa en la cara.

—…se unen hoy en un vínculo que representa…

Una mierda. Esto no es un vínculo. Es un acuerdo sellado con amenazas y promesas que apestan a chantaje. Aquí no hay unión, ni respeto, ni futuro esto es solo una estrategia de guerra en forma de ceremonia.

Giorgia permanece en silencio. No ha dicho nada desde que ha llegado. Ni me ha dedicado una sonrisa falsa, ni un gesto amable. Tiene la boca cerrada, los ojos clavados en el juez, y todo su cuerpo transmite una firmeza tan rotunda que incomoda. Ni siquiera un pestañeo de duda.

Cuando me toca hablar, no me lo pienso. Digo el «Sí quiero» con voz firme, como quien firma una sentencia. No me interesa fingir ternura ni disfrazar esto como si fuera un cuento de hadas, porque esto va de otra cosa, esto va de poder.

El juez se vuelve hacia ella y le hace la misma pregunta que a mí. Durante un segundo, que se estira más de lo razonable, todos nos quedamos congelados. Hasta el aire parece aguantar la respiración. Pero Giorgia ni duda ni titubea. Tampoco sonríe y deja escapar el «Sí, quiero» con una calma brutal. Pero en ese *sí* hay fuego y una contención feroz que se me clava en la garganta.

—Por el poder que me ha sido conferido…

Las palabras del juez siguen sonando a mí alrededor, pero ya no las escucho. Me giro hacia ella y esta vez sí me encuentro con su mirada. No la baja ni se esconde. En sus ojos hay algo que no es dulzura ni miedo, hay orgullo o, tal vez, una mezcla de dolor, deseo y una furia tan elegante que me resulta insoportable.

—…puede besar a la novia.

Avanzo hacia ella sin prisa y siento que todo el mundo nos observa. Me detengo a un palmo, buscando en su gesto una señal, un temblor o algo, pero Giorgia se queda inmóvil, como si no le

importara lo que sea que vaya a hacer, como si ya estuviera de vuelta de todo lo que pueda llegar a suceder entre ella y yo.

Me acerco un poco más y noto su aliento en la mejilla, pero aún no la beso. En lugar de eso, rozo su piel justo donde nace su pómulo, con los labios apenas abiertos y rozando levemente su piel. Después, le susurro:

—Cuando me des tus labios, será porque lo deseas.

Ella gira ligeramente la cara, como si quisiera decir algo sin palabras, pero no me mira. Se mantiene impasible, con esa expresión de mujer que ha aprendido a sobrevivir en un mundo diseñado para doblegarla. Después de eso, nos damos la vuelta para mirar a los invitados. Algunos aplauden con desgana y otros apenas murmuran.

Todo el espectáculo gira a nuestro alrededor, pero yo solo pienso en lo que ha pasado entre nosotros. Porque lo verdaderamente importante no han sido ni los votos ni la firma, sino el silencio, el choque de miradas y la batalla muda que hemos librado sin tocarnos.

Recorro el lugar con una mirada rápida, intentando evaluar el frágil equilibrio sobre el que se sostiene esta farsa. En el extremo opuesto de la azotea, un hombre corpulento de traje gris me observa con una media sonrisa torcida: Gavril, representante de la mafia rusa en Nueva York y uno de los aliados menos fiables que hemos tenido que aceptar para mantener esta tregua. Su gesto no es de cortesía, es una advertencia velada. Sabe que esta unión le conviene para conseguir todo el poder y el beneficio que desea, pero también que está esperando el mínimo error para cobrar ventaja. Cerca de los ascensores, varios hombres trajeados que trabajan para mi madre se mantienen en un segundo plano, camuflados entre el personal de seguridad. No están aquí por afecto. Son los ojos y oídos de una mujer que no da un solo paso sin saber quién morirá primero. No han venido a celebrar nada, sino a vigilar lo que podría desmoronarse en cualquier momento.

Y luego está la sombra ausente de quien debería haber presidido este evento: Vittorio Marchese. El padre de Giorgia. El capo que ha pactado este matrimonio como si estuviera vendiendo ganado en el

mercado. Cada mirada de los asistentes lleva implícita la misma pregunta: ¿por qué no ha venido? Y la respuesta es sencilla y cruel: porque ya ha ganado y no necesita estar aquí para recordar a todos quién mueve los hilos de esta partida.

Esto no es una celebración, sino un acto político disfrazado de boda. Un tratado de paz construido sobre dinamita, por lo que basta con que uno de los presentes encienda una cerilla para que todo vuele por los aires.

Giorgia se aleja sin mirar atrás, caminando hacia una de las mesas del fondo con la seguridad de quien no necesita a nadie para imponerse. No espera que la siga, ni siquiera se lo ha planteado. Avanza con la espalda recta y el pelo perfectamente recogido, como si llevara una corona invisible que todo el mundo reconoce, aunque nadie la mencione. Tiene ese tipo de presencia que impone sin esfuerzo. Hay en su forma de moverse una belleza que desconcierta, que atrae y al mismo tiempo obliga a mantenerse alerta. Como si cada paso que da pudiera convertirse en una trampa y bajo esa calma que aparenta hubiese algo más peligroso que cualquier arma.

Camino hasta la barra con la intención de centrarme en algo que me distraiga. Pido un whisky, no para brindar, sino para mantener las manos ocupadas y fingir que todo esto me resulta indiferente. Pero me traiciono sin darme cuenta, porque la vuelvo a mirar. Allí está, de pie junto a una mujer de mirada dura y voz grave, con acento ruso. Le habla en voz baja, como si compartiera algo que no quisiera que los demás oyeran. Giorgia escucha sin apenas moverse y asintiendo de forma leve. Tiene una forma de estar que lo dice todo sin necesidad de palabras. Parecer ser experta en contestar solo con un leve gesto y cada uno de sus silencios tiene intención.

Callahan aparece a mi lado sin que haga que le avise. Sabe cuándo acercarse y cuándo mantenerse a distancia.

—Todo bajo control —me dice con su tono seco de siempre, como si esto fuera solo una ronda más.

—Eso no es lo que me preocupa.

—¿Entonces?

Levanto ligeramente la cabeza, apenas lo justo para indicarle hacia dónde quiero que mire.

—Ella —murmuro sin apartar la vista de Giorgia—. Esa mujer es lo único que no sé si voy a poder controlar.

Callahan no me responde. Solo me observa, porque sabe de sobra lo que me pasa y también sabe que, si ya lo estoy diciendo en voz alta, es porque he perdido una parte de esta partida. Aunque todavía no lo quiera admitir.

Capítulo 9

Giorgia

El ascensor se abre con un suspiro contenido, como si hasta la máquina supiera que lo que hay al otro lado no es una bienvenida, sino un ultimátum. Doy un paso fuera de él y me encuentro con una escena que parece sacada de una revista de arquitectura de lujo. El suelo de piedra refleja una luz blanca, sin origen evidente, que lo hace parecer más pulido que real. El aire está frío y huele a limpieza extrema, como si alguien hubiera pagado para que este lugar no respirase.

Me quedo quieta y observo el pasillo largo y despejado que se extiende ante mí, intentando asimilar que esto, según el contrato, es mi nuevo hogar. Pero no hay nada aquí que me pertenezca. Ni una planta fuera de lugar, ni una mota de polvo que delate que alguien vive aquí. Todo está ordenado hasta el extremo, como si alguien lo hubiera montado siguiendo las instrucciones de una revista de interiores. Perfecto, frío, pero también ajeno.

Maden aparece por el lateral, sin hacer ruido. Lleva las manos en los bolsillos y la expresión neutra que pone cuando no quiere que nadie adivine qué está pensando. Le basta con un gesto para indicarme que le siga, pero yo no me muevo hasta que me apetece.

Camino despacio, con los tacones golpeando el suelo de forma deliberada. Cada paso que doy pretende dejarle claro que estoy aquí

por obligación, pero no voy a comportarme como una prisionera. A mi izquierda, un salón que parece de exposición con sofás de líneas rectas, cristal por todas partes y una chimenea minimalista encajada en una pared de piedra negra. Todo es precioso, pero también vacío de vida.

—Esta es tu zona —me suelta, sin más.

Empuja una puerta y me invita a pasar sin hacerlo él. Al otro lado, me encuentro con un dormitorio de techos altos, líneas limpias y colores neutros. Una cama enorme con ropa de cama gris claro, perfectamente estirada. El tipo de cama en la que una mujer como yo no sabría si tumbarse o sentarse con cuidado. A un lado, un baño que parece un *spa* privado: superficies impecables, toallas blancas dobladas al milímetro y un aroma suave que es agradable, pero que no reconozco. Al otro lado, una puerta abierta da paso a un estudio pequeño con un caballete, varios lienzos en blanco y una mesa repleta de materiales de arte que yo misma seleccioné cuando acepté formar parte de este circo.

Observo a mi alrededor y compruebo que cada detalle está exactamente como lo pedí. Sin errores, pero también sin emociones.

—No quiero que sientas que estás encerrada entre estas paredes —añade desde el umbral.

—Encerrada ya estoy. Esto solo tiene paredes más bonitas.

Me doy la vuelta y lo miro de frente. Sigue sin entrar, porque continúa apoyado en el marco, como si temiera contaminar algo si pisa mi espacio. Pero no es una muestra de respeto. Es control, porque tiene estudiado cada uno de sus movimientos y sus gestos forman parte de una estrategia previamente preparada.

—Has sido muy eficiente —comento mientras avanzo hacia la estantería junto al escritorio—. Hasta has colocado libros. ¿También te has tomado la molestia de leerlos, o eso se lo dejaste a alguien de tu equipo?

—Son elecciones tuyas, Giorgia. Me he limitado a hacer posible que las tengas.

—Qué considerado —le respondo reuniendo toda la ironía que soy capaz.

Toco el lomo de uno de los volúmenes y lo saco de su lugar. Las tapas crujen un poco al abrirlo, como si nadie lo hubiera tocado antes. Me acerco al ventanal del fondo y, desde aquí, Nueva York parece un decorado estático. Muy abajo, las luces se mueven, los coches avanzan y alguien grita algo que no alcanzo a entender.

Me giro hacia él y veo que solo se limita a observarme, no habla. Como si esperase algo. Un gesto, una palabra o una acción que le confirmase que este es su terreno.

—Vamos a hablar claro —le digo mientras me cruzo de brazos—. ¿Se supone que aquí empieza la noche de bodas? Porque si estás esperando que me tumbe en esa cama y me abra de piernas para ti, vas a quedarte con las ganas.

No parpadea ni cambia un ápice su expresión de hielo.

—No espero que te acuestes conmigo.

—Ah, ¿no? ¿Entonces para qué todo este despliegue? —inquiero mirando a mi alrededor.

—Espero que lo desees. Hasta entonces, dormiré al otro lado del ático. Luego serás tú la que vendrá a mi cama.

No grita, ni intenta imponerse, pero su voz grave se me clava en medio del pecho con esa certeza que no admite réplica. Noto un latido en la garganta y otro más abajo, entre las piernas. Jodido cuerpo traidor.

—Qué caballeroso —La sonrisa me sale torcida y cargada de hiel — ¿También te lavas las manos después de encadenar a una mujer?

Ahí está. Su primera sonrisa real de la noche. No es amplia, pero aparece en la comisura de sus labios.

—Solo si sangra.

Me quedo mirándolo, sin pestañear. Hay un segundo, sólo uno, en el que creo que va a decir algo más, pero no lo hace. Se da la vuelta con la misma calma con la que ha llegado y desaparece por el pasillo, dejando un rastro invisible de tensión y silencio tras sus pasos.

Cierro la puerta despacio y me quedo con la mano apoyada en la madera y los ojos cerrados. Tiemblo de arriba abajo, aunque no por miedo ni rabia, sino por algo que tiene que ver con la forma en que me ha mirado, con lo que ha dicho y con lo que no ha dicho.

Me descalzo y camino hasta el centro de la habitación. Me dejo caer sobre la cama sin deshacerla y miro el techo, que está tan blanco que duele. La tela del vestido me tira de los hombros. Me incorporo, camino hasta el baño y me miro al espejo. La mujer que me devuelve la mirada no parece una novia, aunque tampoco una prisionera, sino alguien que se está tragando una bola de fuego, aunque sin quemarse por fuera.

Abro el grifo y me lavo la cara con agua helada. La gélida temperatura me recuerda que sigo viva que esto acaba de empezar porque tengo una larga guerra por delante, y que la primera en caer no seré yo. Porque, aunque esta cama no sea mía, ni este techo, ni estas paredes, mi cuerpo sigue siendo el único lugar donde aún tengo poder de decisión... y no he decidido si voy a protegerlo o usarlo como arma.

Capítulo 10

Maden

El despacho está en penumbra. Solo la luz de las pantallas ilumina la estancia y proyecta reflejos sobre la superficie de la mesa de cristal y el cuero negro del sillón, donde llevo más de una hora sentado. Las imágenes se suceden una tras otra, como si fueran parte de una película privada que solo yo tengo permiso para ver. En la pantalla principal, Giorgia camina descalza por el pasillo que separa su ala del resto del ático. Lleva puesta una bata de seda clara, atada con un nudo flojo a la cintura. El cabello suelto le cae por la espalda y cada paso que da lo hace con su habitual ritmo pausado y firme que la define. No camina como una invitada ni como una prisionera, sino como si estuviera en territorio hostil pero no pensara retroceder.

Se detiene junto a una escultura de mármol que traje hace años de Florencia. Una pieza clásica y perfectamente proporcionada de una mujer en movimiento. Giorgia la mira como si le hablara. No de forma figurada, sino literalmente. Le habla con la mirada. Incluso alza la mano y acaricia el mármol con la yema de los dedos con una delicadeza que me desconcierta. Como si entendiera algo que ni yo supe ver cuando decidí colocar esa pieza ahí. Ladea la cara, entreabre los labios y durante un segundo parece que está sintiendo algo que va mucho más allá de lo físico. Esa imagen se queda congelada en mi cerebro. La curva de su cuello, los párpados

semicerrados y el movimiento lento de sus dedos. No hay sonido, pero yo sé lo que esa imagen contiene: deseo, no por mí, sino por algo que no comprendo y eso me jode.

La observo sin moverme. Me mantengo quieto, sin pestañear, porque hay algo en esa escena que me atrapa y que no quiero interrumpir. Es el modo en que se pierde dentro de su propio silencio y la forma en que contiene todo lo que calla. Podría pasar horas viéndola sin que ella me dirija una sola palabra. Me basta con eso.

En otra cámara, la veo de espaldas en la terraza. Apoya los codos sobre la barandilla y deja caer la cabeza hacia un lado. Está quieta, pero su quietud no es pasiva. Es como si estuviera conteniendo algo que está a punto de estallar. El viento le mueve un poco el dobladillo de la bata, pero ella no reacciona.

De repente me viene a la cabeza un recuerdo de hace años. Fue en Marsella, una noche cualquiera, cuando tenía unos dieciocho años. Una prostituta con la que pasé algunas semanas me dijo: «Las mujeres que están rotas no gritan, Maden. Te follan como si buscaran arrancarte algo y luego se van sin mirar atrás». En aquel momento me sonó a frase de borracha. Ahora, sin embargo, la entiendo, porque Giorgia no grita, ni lanza cosas, ni rompe nada. Pero hay algo dentro de ella que se está moviendo como una corriente subterrránea. Quizá un dolor antiguo, escondido bajo capas de orgullo, de rabia contenida o de silencio. Algo que se niega a mostrar, pero que se cuela en la forma en que acaricia una escultura o en el modo en que se queda mirando al vacío sin ver nada.

Me levanto del sillón y camino hasta el armario empotrado en la pared. Ahí guardo cosas que no deberían estar aquí como recuerdos y objetos que no encajan con el resto de mi vida. Abro uno de los cajones y saco una caja negra alargada. Dentro está la Leica que me regalaron en una exposición en Praga hace ocho años. Nunca la he usado y es demasiado cara para dejarla dentro de su caja y demasiado personal para tenerla expuesta. La cámara es elegante, de metal negro, con una lente nítida y precisa. Una herramienta de trabajo, pero también una puerta. Mientras la observo decido dársela a Giorgia, pero no como un regalo o un gesto romántico, porque eso

no va conmigo. Sino como una forma de saber cómo piensa, qué elige capturar y qué deja fuera de su encuadre. Quiero ver el mundo a través de sus ojos sin que ella lo sepa. No para manipularla aún, sino para entender por qué hay momentos en los que me cuesta respirar cuando está cerca.

Más tarde, cruzo el ático y entro en su estudio sin hacer ruido. Coloco la cámara sobre su mesa de trabajo, aunque no le dejo una nota ni le digo nada. Estoy convencido de que ella entenderá que no es una casualidad, ni un juego. Si la acepta, si empieza a usarla, tendré un mapa de su deseo.

Regreso a mi despacho y observo en las pantallas, que ya no está en la terraza. Ahora está sentada en el borde de la cama, con las piernas cruzadas y la bata abierta por el muslo. Tiene la mirada perdida en algún punto que no aparece en pantalla. Y en ese momento me descubro deseando estar allí, no para tocarla, sino con el objetivo de saber en qué piensa cuando nadie la mira.

Apago las pantallas una a una. No porque me arrepienta de verla, sino porque algo ha cambiado dentro de mí. Porque la necesito lejos para no perder el control, pero también. Tan cerca que no sepa dónde acaba su cuerpo y empieza su silencio.

Me dejo caer en el sillón y noto cómo el respaldo cruje. Cierro los ojos y respiro despacio, intentando ordenar algo que no sé ni cómo ha empezado dentro de mi cabeza. No sé qué nombre ponerle a esto, porque no encaja en nada que haya sentido antes. No es amor. Tampoco es obsesión, sino algo distinto y más confuso. Como una mezcla de deseo y rabia, de atracción y peligro, como si arrastrara una herida que no me pertenece, pero que necesito comprender. No por compasión, sino porque hay algo en su forma de ocultarla que me quema por dentro.

Quiero saber hasta dónde está dispuesta a llegar y cuántas capas necesita quitarse antes de dejar de fingir que no me quiere cerca.

Capítulo 11

Giorgia

Me despierto con la sensación de que hay algo diferente en la habitación. No hay ruido ni movimientos a mi alrededor que me saquen del sueño de forma brusca. Pero noto que algo ha cambiado. Muevo un poco la cabeza sobre la almohada y abro los ojos despacio. La luz es suave, pero suficiente para ver con claridad la línea de la ventana y el borde del cabecero tapizado en lino gris. Todo sigue igual.

Me levanto despacio, me pongo la bata de seda a medio anudar, y camino hacia el estudio. Todavía no he desayunado ni me he duchado. Ni falta que hace. Lo que siento no es hambre ni necesidad de algo caliente. Es otra cosa, aunque todavía no sé muy bien qué. Nada más entrar en el estudio, la veo. Sobre la mesa de trabajo, justo en el centro, hay una cámara de fotos. No estaba allí ayer y, evidentemente, no puede haber aparecido sola. Me acerco hasta ella, pero sin tocarla. Es una Leica negra, impecable, y con una lente brillante y pesada. Sé lo que vale. No por el precio, sino por lo que representa. Una herramienta para capturar lo que alguien ve o lo que alguien quiere que otro vea.

Junto a la cámara no hay ninguna nota, ni nada que explique qué hace allí, así que doy un paso atrás y me cruzo de brazos. La observo como si fuera una serpiente enroscada sobre la mesa.

Podría ser un gesto de buena fe de Maden, pero yo no creo en la buena voluntad en nada que tenga que ver con los negocios de mi padre y aún menos con Maden Thorne.

—¿Pretende comprarme como si fuera una puta a la que le interesa tener de su lado? —. La frase se me escapa de los labios en voz baja. Ni siquiera va dirigida a nadie. Es solo una forma de sacar la rabia por la boca para no dejar que se me pudra por dentro.

Sigo sin tocar la cámara. Tan solo me limito a dar vueltas por el estudio, me acerco a la ventana y abro un poco para que entre aire fresco. Pero la Leica sigue ahí, plantada como una provocación. Me cuesta ignorarla y eso es lo que me molesta.

Al final la cojo. Pesa más de lo que esperaba. La observo entre mis manos y me doy cuenta de que tiene algo hipnótico, casi como si fuera un arma. Me la cuelgo del cuello y la llevo conmigo por la casa y salgo del estudio. Empiezo a hacer fotos sin pensar. Una esquina de la terraza. Las cortinas medio abiertas. Mi propia mano sobre el respaldo de una silla. Nada tiene sentido. Pero cuando reviso las imágenes, veo que hay algo en esas fotografías que no me gusta, pero que me pertenece.

Paso el resto de la mañana experimentando con la cámara hasta que, al final, termino en el estudio, de pie frente a un lienzo en blanco. Me recojo el pelo, me remango la bata y preparo los pinceles. Pongo música instrumental suave de fondo, como un murmullo que no molesta, y empiezo a pintar sin pensar. Primero hago unos trazos sueltos, manchas sin orden, pero poco a poco el cuerpo va cogiendo forma y se acaba convirtiendo en un torso femenino envuelto en llamas. Las piernas están abiertas, en posición de avance, pero no hay rostro. La figura no tiene identidad, solo es una representación de un cuerpo devorado por el fuego.

Me quedo un rato largo observándola. Y reconozco el pecho alzado, los brazos tensos y la sensación de que va a echar a correr o a explotar. No ha sido un dibujo planeado, simplemente me he dejado llevar y ha acabado saliendo solo. Tengo la sensación de que ese cuerpo sin cara y cubierto de fuego soy yo, aunque no tenga rostro.

Me siento un momento, porque necesito parar. Cojo la cámara y le hago una foto al cuadro. Justo en ese momento, en la esquina superior del estudio, entre una viga y la moldura del techo, veo una cámara de vigilancia pequeña y discreta, pero está ahí. Abro mucho los ojos sorprendida, pero no me inmuto, ni levanto la voz, ni digo nada. Me limito a mirar en su dirección y a sonreír con frialdad. Si quiere verme, le voy a dar algo que mirar. Así que cambio el lienzo y cojo uno nuevo. Empiezo a pintar el cuerpo de un hombre de espaldas, desnudo y encadenado de pies y manos. Todo en blanco y negro, salvo una palabra en rojo que ocupa todo el pecho: CONTROL.

Tardo horas en acabarlo, a pesar de que no descanso. No bebo agua y ni siquiera respondo al interfono cuando me avisan de que la comida está lista. Pinto hasta que me duele el cuello y tengo las manos y los brazos llenos de manchas que no logro quitarme. Cuando termino, me alejo y vuelvo a mirar la cámara en la esquina.

—A ver si ahora te queda claro lo que pienso de tu vigilancia.

No espero que me oiga, pero tampoco me importa. Si está mirando, entenderá el mensaje. Y si no está mirando, ya lo hará.

Cuando salgo del estudio voy directa hacia el baño. Enciendo el agua de la ducha y la regulo a una temperatura muy alta. Muy caliente. Cuando la estancia se llena de vapor me meto bajo el potente chorro de agua y me lavo el cuerpo con esmero y me paso la esponja una y otra vez con fuerza, como si pudiera quitarme de encima su mirada invisible. Al salir, me seco despacio y me pongo unos vaqueros y una camiseta ancha. Me recojo el pelo en un moño rápido. Ahora ya no pienso esconderme, ni fingir que esto es un hogar ni que esta relación tiene sentido.

Mientras ceno sola en la cocina, recuerdo la última llamada con Davide antes de la boda. Fue tres noches antes. Me hablaba en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírnos.

—Giorgia, no quiero irme a vivir a esa casa de Sicilia. No quiero formar parte de todo eso de papá.

—No vas a hacerlo, cariño —le dije, agarrando el móvil con tanta fuerza que se me dormía la mano—. Te lo prometo, confía en mí.

—Tengo miedo de convertirme en uno de ellos. Como papá y todos los que tiene a su alrededor.

Esa frase se me ha quedado grabada en la memoria a fuego y cada vez que pienso en escapar, me duele. Porque si me voy sola, él se quedará atrapado. Pero si me quedo, puede que termine como yo. Fingiendo que nada me importa, convirtiéndome en fuego y en rabia pintada sobre un lienzo que nadie va a colgar en ninguna parte.

Respiro hondo, recojo los platos de mi cena y regreso de nuevo al estudio. Dejo la Leica en su sitio frente a la cámara de vigilancia. En el mismo lugar donde la encontré esta mañana.

Si Maden quiere guerra, va a tenerla. Pero que sepa que yo no disparo balas, mis armas son muy diferentes a las suyas y a las de mi padre. Y a veces... son mucho más peligrosas que cualquier arma.

Capítulo 12

Maden

Hay cosas que no debería ver o, mejor dicho, hay cosas que cuando se ven, ya no se pueden borrar de la memoria, porque se quedan adheridas al recuerdo o calan hasta lo más hondo, aunque no quieras. Y esta pintura es una de ellas.

Estoy en mi despacho, como cada noche, con todas las pantallas encendidas. El sistema de vigilancia funciona como un reloj suizo. No hay un solo rincón del ático que no pueda supervisar si me da la gana. Llevo años confiando en este control absoluto y silencioso. Pero esta noche estoy observando a Giorgia, no solo por saber lo que hacer, sino porque quiero saber qué ha hecho con la cámara que le dejé. Cómo ha decidido usarla o si ha entendido lo que le proponía sin decirle nada.

En una de las pantallas aparece el estudio, Giorgia no está, pero hay un lienzo. Lo observo en detalle y aunque me había preparado para cualquier provocación, no me esperaba lo que estoy viendo. En medio del cuadro aparece un hombre. Lo primero que veo son las líneas de su espalda, tensa y potente. Tiene las manos atadas a la altura de las caderas y las piernas abiertas. El cuerpo está inclinado hacia delante en una posición vulnerable, pero no débil. Todo el conjunto está pintado en blanco y negro, con una fuerza casi fotográfica. Pero lo que me atrapa es la palabra en rojo que aparece:

CONTROL. Pintada con brochazos gruesos sobre su espalda, como si la hubieran grabado a fuego.

No hace falta que me lo diga nadie. Esa figura soy yo. Me reconozco en la forma de los omóplatos, en la tensión de los músculos, en la manera en que mantiene la cabeza agachada, como si supiera que mirar de frente no sirve de nada. Me reconozco, aunque ella no lo haya pintado pensando en mi cuerpo. Porque esa imagen habla de mí más de lo que yo mismo lo hago desde hace años.

Aparto la vista un segundo y me paso la mano por la nuca y noto la piel fría, como si acabara de salir del agua. No me molesta que me haya pintado así. No es eso, lo que me jode es que tenga razón. Que haya visto lo que hay debajo de toda esta capa de protección que llevo y que haya sido capaz de capturarlo con tanta violencia y exactitud, y sin ni siquiera abrir la boca.

—Maldita sea, Giorgia.

Me levanto empujando la silla hacia atrás y empiezo a caminar dando vueltas por el despacho como un animal enjaulado. No quiero mirar otra vez el maldito cuadro, pero lo hago, porque hay algo en él que me arrastra. Porque por mucho que trate de ignorarlo, sé que esa figura encadenada no representa debilidad, sino verdad. Una verdad que no permito que nadie me diga, pero que en ese maldito lienzo no puedo negar.

Enciendo el proyector y amplío la imagen y me acerco hasta quedarme a un palmo de ella. Estiro la mano y rozo la pantalla como si pudiera tocar el trazo, como si la textura de las letras de color rojo pudiera traspasarme la piel. No lo he dicho nunca en voz alta, pero estoy cansado. Agotado de mantener el control como si fuera lo único que puedo hacer, de sostener un imperio que ya no sé si me pertenece o si me arrastra y de esconder el niño que se hizo hombre a base de golpes, sin que nadie le enseñara a respirar sin miedo. Y ahora ella lo ha pintado y ni siquiera ha necesitado conocerme del todo para verlo con claridad.

Me siento otra vez con el despacho en silencio. Las luces de la ciudad parpadean como si también supiera que algo se ha roto dentro de mí. Recojo la Leica de la estantería, la misma que le dejé

pero que ahora vuelve a estar en mi despacho desde hace un rato, y la enciendo. Paso las imágenes que ella ha captado con el visor. Veo que hay fotos de la terraza, del estudio y de su mano sobre una silla. Y luego, una del primer cuadro, donde ha pintado un cuerpo femenino envuelto en llamas. No tiene cara, pero sé que es ella. No por la forma del cuerpo, sino por la manera en que ha pintado el fuego. Desesperado, violento y hermoso.

Cierro los ojos y me reclino hacia atrás. No sé lo que estoy sintiendo, pero sé que esto va más allá del deseo y eso, me guste o no, empieza a darme miedo.

Capítulo 13

Maden

El despacho sigue en silencio cuando suena el primer pitido de mi teléfono. El nombre de quién me llama aparece en la pantalla: ISOBEL. En mayúsculas y sin adornos. Como todo lo que proviene de ella. Aprieto el botón para aceptar la llamada de mi madre y me echo hacia atrás en el sillón, con la mirada fija en la ventana. Las luces de la ciudad parecen parpadear con desgana esta noche cuando poso la mirada en ellas.

—Ya era hora de que respondieras a una de mis llamadas —empieza ella, sin molestarse en saludar.

—Siempre lo hago, pero he estado ocupado —disimulo.

—Siempre lo estás… Me he enterado de que te has casado.

—No deberías enterarte de las cosas por terceros.

—Cierto, pero parece que te esfuerzas en esconderlas de tu madre.

No respondo, porque ella nunca pregunta para saber, si no para decidir cómo actuar después.

—Supongo que ya habrás hecho lo que se espera de ti —dice con una sorna apenas disimulada.

—¡Qué directa!

—No me gusta dar rodeos, ya lo sabes. ¿La has tomado como esposa de verdad?

—Aún no. Pero cuando ocurra, no será por obligación.

Hay un silencio corto entre nosotros, el justo para que mi madre prepare su respuesta.

—Siempre has sido un caballero. Aunque no lo olvides: necesitas un heredero. La estirpe de nuestra familia no se perpetúa con principios.

Aprieto los dientes. Me molesta su forma de decirlo, como si yo fuera solo una pieza más al final de una cadena dinástica. Como si todo lo que he construido tuviera como único fin dejar una semilla para perpetuar mi apellido.

—Tendré un heredero. No lo dudes y será con Giorgia, antes o después.

—Tú siempre tan seguro de ti mismo…

Escucho el clic de su mechero y la imagino encendiéndose un cigarrillo, lo que me transporta a otras conversaciones, otros despachos y otros silencios compartidos con el humo de sus cigarros como único cómplice.

—Pero escucha bien, hijo —su voz baja un tono y, cuando hace eso, es porque está a punto de decir algo que sé que se me va a clavar en medio del pecho—. El poder te ha hecho invulnerable, pero el amor te hará esclavo. Cuidado con lo que no puedes controlar.

No le respondo. Me quedo con la frase dando vueltas en mi cabeza retumbando dentro de ella como un disparo que no ha dado en el blanco, pero que ha rozado carne.

—¿Maden?

—Sí, estoy aquí —le digo tratando de disimular.

—Por cierto, me ha llegado por canales no oficiales que hay alguien que quiere saber cosas de tu mujer, como quién la protege, dónde está… Nada directo, pero... sospechoso.

—¿Nombre?

—No me lo han dado. Pero alguien ha movido ficha.

Cierro el puño y me incorporo un poco en el sillón.

—Encárgate. Pero sin que no se note.

—Ya está hecho. Solo quería que lo supieras.

—Gracias, madre.

—No me des las gracias. Vigila. Y no te enamores. Recuerda lo que te he dicho —sentencia antes de que la llamada se corte.

El pitido final suena más largo de lo habitual, como si el sistema también necesitara un respiro. Me quedo quieto con el móvil en la mano y sin moverme, mirando la pantalla apagada del teléfono.

«El amor te hará esclavo».

Me levanto despacio y cojo una de las copias que imprimí del cuadro de Giorgia, el de la figura masculina encadenada. La sostengo un buen rato entre las manos, sin apartar la vista del trazo rojo que atraviesa la espalda del hombre.

—Quizá ya lo soy —digo en voz baja.

No sé si lo estoy pensando en alto para mí o si, en el fondo, se lo estoy diciendo a ella, aunque no esté aquí y no llegue a escucharlo nunca.

Capítulo 14

Giorgia

La noche se me hace bola en el estómago. Llevo horas mirando el techo de mi habitación como si pudiera sacarle alguna respuesta a esa blancura impasible. No hay ruidos que me molesten, ni luces que me impidan dormir. Es algo más profundo. Algo que viene de dentro, como si mi cuerpo estuviera en guardia, aunque yo no quiera admitirlo.

Me incorporo y me siento en el borde de la cama. No tengo sueño y tampoco ganas de quedarme aquí encerrada. Así que me anudo la bata sobre el pijama de tirantes y pantalón corto. El tejido es suave y ligero, casi una caricia sobre la piel, pero no me reconforta. Camino descalza por el pasillo, dejando que el suelo frío me recuerde que estoy despierta.

La cocina está en penumbra. No me hace falta encender la luz, porque alguien ha dejado una lámpara encendida al fondo, una de esas que solo sirven para no tropezar. Me basta. Pero justo en ese momento, lo veo sentado en la penumbra, con un vaso entre las manos. Lleva una camiseta gris, ajustada a sus hombros anchos, y un pantalón de pijama oscuro. No se inmuta cuando entro, como si supiera que iba a aparecer en cualquier momento.

—No puedes dormir —me dice con voz baja y rota, como si llevara demasiado rato sin hablar.

—Parece que no soy la única.

Al escucharme, se encoge de hombros como única respuesta. Me acerco hasta donde está sin prisas. Me apoyo en la encimera y lo observo en silencio. Hay algo que me hipnotiza en la forma en que sostiene el vaso, en la quietud de su cuerpo, como si estuviera a punto de estallar.

Se levanta y se acerca hasta la botella de whisky que hay sobre la encimera y se sirve otra copa. Me la ofrece sin decir palabra. Dudo, porque no quiero que piense que puede darme órdenes incluso en algo tan banal como esto. Aun así, la cojo.

—No suelo beber whisky… —le informo, aunque no sé por qué le doy una justificación que no me ha pedido.

—Siempre hay una primera vez.

Doy un sorbo a mi vaso y siento cómo el líquido ambarino me quema al bajar por mi garganta, pero no dejo que me lo note. Me apoyo de nuevo en la encimera y el silencio vuelve a instalarse entre él y yo, pero no es el mismo que cuando he entrado. Ahora hay algo más, como una especie de pulso contenido entre Maden y yo.

—¿Te molesta que no te tenga miedo?

Levanta la mirada al escucharme, pero no sonríe, porque ya lo hacen sus ojos.

—No, pero me excita que lo finjas tan bien.

Sus palabras me golpean de forma directa y sin rodeos en medio del pecho, como todo lo que sale de su boca. Mantengo la calma o, al menos, lo intento y le sostengo la mirada, sin moverme.

—Entonces estamos en paz. A mí me excita que pienses que puedes conmigo.

Se acerca un poco, lo justo para invadir mi espacio sin tocarme. La distancia que nos separa se vuelve absurda y siento cómo su presencia me calienta la piel.

Deja la copa sobre la encimera y estira una mano. Me roza la muñeca con un contacto mínimo, pero suficiente para que se me corte la respiración durante un segundo. No retrocedo, ni aparto la mirada, porque a saber hasta dónde está dispuesto a llegar.

Inclina un poco la cabeza y acerca sus labios a mi oído. Siento el calor de su aliento y, al instante, me recorre un escalofrío desde la

nuca hasta el ombligo.

—Aún no —susurra—. No mientras me odies más de lo que te odias a ti misma.

Me quedo paralizada y noto como el pulso en la garganta me retumba como si acabara de correr una maratón. Lo que acaba de decir no es una acusación sino una sentencia. Una verdad que no sabía que él puede ver tan fácilmente, a pesar de que me he pasado la vida escondiendo mis heridas y creyendo que sabía camuflarlas.

Se aleja de mí sin prisa, mientras la copa sigue en mi mano. Siento el cristal templado contra mis dedos y su mirada sigue pegada a mi piel, aunque ya haya salido de la cocina.

La noche sigue, aunque yo... no sé si quiero que se acabe.

Capítulo 15

Maden

Hay nombres que llegan sin hacer ruido ni levantar sospechas y se cuelan por la rendija de lo cotidiano como si fueran uno más. Pero en cuanto los lees, se enciende dentro una alarma muda que no sabes ubicar. Y el nombre de Alex Greyson, tiene exactamente ese efecto en mí.

Estoy en el despacho, con las luces tenues y la pantalla de la tableta proyectando un resplandor azul. Llevo una hora revisando los permisos de acceso a los locales y a las propiedades que dependen de mi empresa. Todo está en orden hasta que aparece una solicitud de acceso a nombre de Alex Greyson.

Parpadeo. El nombre no me resulta familiar, pero tampoco lo rechazo de inmediato. Tiene algo que no cuadra. Reviso el cuerpo del mensaje con atención y me parece demasiado perfecto. Como si alguien hubiera repasado cada frase varias veces antes de enviarlo.

Tecleo su nombre en el sistema y al instante aparece en la pantalla su ficha limpia e impoluta. Es experto en arte contemporáneo. Ha estado en ferias importantes, tiene conexiones con dos o tres marchantes de cierto renombre y tiene una web muy bien diseñada y un buen historial. No tiene ni una multa de tráfico, ni ninguna excentricidad. Y eso es lo que me incomoda, porque nadie que se mueve en mi mundo tiene una vida así de inmaculada.

Marco un código corto en el teléfono y me responden en menos de tres tonos.

—Señor Thorne.

—Quiero información completa de un tal Alex Greyson. Ha solicitado acceso a varios locales.

—Un momento.

Escucho el sonido del teclado al otro lado, mientras yo continúo inmóvil, mirando la solicitud en la pantalla, como si en ese correo digital hubiera algo que pudiera leer entre líneas. Algo que se me esté escapando.

—Tenemos una ficha básica —me responde la voz desde el otro lado—. Ciudadano norteamericano. Treinta y ocho años. Estudios en arte y patrimonio. Actividad reciente documentada, pero sin nada fuera de lo habitual. No consta ninguna vinculación directa con grupos de riesgo ni con entornos sensibles. De momento, no se ha activado ninguna alerta.

—Justo por eso, porque es demasiado perfecto. Nadie con ese intento de acceso a nuestros locales se mantiene tan invisible. Quiero que lo sigáis de cerca. Quiero saber dónde duerme, con quién habla, qué come y a quién llama cuando no mira el reloj. Pero sin levantar sospecha.

—Entendido.

Cuelgo y me levanto de la butaca y me acerco a la ventana. La ciudad está callada, pero no duerme. Desde aquí arriba, los taxis se ven como insectos amarillos recorriendo las venas de asfalto. Miro sin ver, porque la cabeza se me ha llenado de posibilidades.

Además de ese tal Alex Greyson, no puedo dejar de pensar en la mirada de Giorgia cuando me responde sin miedo. En su forma de mantenerse firme incluso cuando tiembla. En lo poco que me ha dicho y en lo mucho que me está mostrando sin querer. No sé por qué, pero algo en ese nombre misterioso me huele a amenaza y a historia sin cerrar.

Vuelvo a sentarme y leo de nuevo el correo. Cierro la solicitud y abro la carpeta de seguimiento de accesos sensibles. Pronto sabré cuál es su verdadero interés.

Mi teléfono vibra y veo que acabo de recibir un mensaje cifrado del equipo de inteligencia. No han encontrado nada comprometedor en las bases de datos abiertas. Pero hay una entrada en el archivo de una fundación italiana que menciona su nombre vinculado a un evento privado en Florencia. Hace tres años. Entre los asistentes estaba Vittorio Marchese.

No hace falta mucho más para que se me tense la mandíbula. La conexión es lejana, pero suficiente. Si Alex Greyson ha tenido trato con el padre de Giorgia, aunque solo haya sido una coincidencia, no pienso dejarlo pasar.

Llamo de nuevo.

—Quiero saber si este tal Greyson ha tenido contacto con alguien del entorno Marchese. Cruza datos. Archivos antiguos, fiestas, registros de vuelos privados, lo que sea, pero quiero saberlo.

—Señor, ¿aumentamos el nivel de prioridad?

—Sí, subidlo a nivel tres, pero sin que se note. Si es lo que creo, no quiero que sepa que le hemos identificado.

—Entendido.

La llamada termina y me quedo mirando la pantalla apagada. Observo el reflejo de mi rostro en el cristal y lo que veo es lo que suelo mostrar: serenidad y control. Pero debajo de esa apariencia hay algo que se está retorciendo.

No sé quién es Alex Greyson, pero lo voy a descubrir, aunque tenga que hacerlo con mis propias las manos.

Capítulo 16

Maden

La noche cae sobre la ciudad con esa quietud sucia que tiene Manhattan cuando se permite ser lo que es: una masa de deseo y transacciones. Salgo del edificio sin escolta visible, porque esta parte de la noche es mía. Nadie controla lo que hago después de ciertas horas, salvo yo.

Entro por la puerta trasera del club. No hay cartel, ni nada que identifique lo que sucede al otro lado de ese acceso. Solo un portero que me reconoce con la mirada y un ascensor que baja dos plantas hasta el nivel donde la ciudad se convierte en otra cosa. Eros Noir. Nadie lo llama así fuera de aquí. Dentro, es ley.

Las luces son tenues, rojizas, como si alguien hubiera filtrado todo con vino tinto y terciopelo. El ambiente huele a cuero y a perfume caro. El sonido está amortiguado por los sofás y las alfombras, pero no es silencio lo que impera en el ambiente, sino jadeos contenidos, metálicos y acompasados. Cuerpos desnudos sobre otros, mano que sujetan y órdenes que se cumplen.

Camino entre los pasillos sin detenerme, saludando con una inclinación leve a quienes me reconocen. Algunas de las personas que están aquí han firmado contratos millonarios conmigo. Otras, simplemente buscan algo que no pueden nombrar en voz alta. El

club está diseñado para ser el lugar donde nadie pregunta y donde los cuerpos se dicen cosas que las bocas no se atreven.

En una de las salas principales, una mujer con la cara cubierta por una máscara negra sujeta una fusta entre los dedos y mantiene la espalda recta. Frente a ella, un hombre desnudo y de rodillas espera su próximo gesto. Nadie lo observa con morbo. Aquí no hay voyeurismo barato. Solo código y deseo canalizado con frialdad quirúrgica.

Me sirvo un whisky en la barra sin pedir permiso. El camarero me conoce y no necesita indicaciones. Doy un sorbo y me apoyo en el mármol, cuando una voz a mi derecha me saca de mis pensamientos.

—Vaya. El nuevo marido. ¿No deberías estar con tu esposa ahora mismo?

Reconozco el acento antes de ver quién me habla. Es Gavril, un antiguo socio ruso, insoportable pero necesario. Estuvo en la boda y recuerdo que observó todo con esa una sonrisa propia de quien guarda cuchillos bajo la lengua.

—Pensaba que los rusos os ibais a dormir temprano —le respondo sin girarme del todo.

—Sólo cuando no hay nada interesante por ver. Cuéntame... ¿La chica Marchese ya se ha ablandado?

Me giro despacio hacia él y le sostengo la mirada. A veces, con tipos como Gavril, lo importante no es lo que dices, sino el tiempo que tardas en decirlo.

—No necesito que se ablande. Me basta con que no escape.

Gavril chasquea la lengua, medio divertido y medio alerta. Sabe que hay algo más, lo huele como todos los carroñeros, pero no insiste.

—Siempre fuiste de los que prefieren el reto a la rendición.

—Siempre he sabido reconocer lo que vale la pena y sujetarlo sin romperlo.

—Ah, ¡qué poético te has vuelto desde que llevas anillo!

—No confundas sensibilidad con estrategia. Una cosa no elimina la otra.

Le dejo con la copa a medias y me alejo de la barra. Cruzo otra vez la sala central y subo a la zona privada. Desde arriba, todo se ve diferente incluso las escenas de placer pactado, los juegos de poder y también las rendiciones fingidas. Pero esta noche no estoy aquí por eso, sino porque necesitaba recordar dónde están mis límites y cómo es tener el control absoluto de algo.

Pero incluso aquí, incluso en este refugio que construí para no mostrar grietas, la imagen de Giorgia caminando descalza por mi casa y hablándome sin bajar la voz se cuela en mi cabeza.

Vuelvo a coger mi teléfono y tecleo de nuevo el nombre Alex Greyson. No hay más novedades, pero continúo teniendo la misma sensación. Como si hubiera ojos mirando donde no deberían, unos ojos que no puedo controlar. Y eso, en mi mundo, es mucho más peligroso que cualquier arma por mortífera que sea.

Le paso un mensaje a Callahan: «Redoble de vigilancia sobre el entorno de Giorgia. Discreta pero constante. Quiero que se registre cada uno de sus movimientos».

Guardo el móvil. Apuro el whisky y, mientras lo hago, me repito en silencio: si alguien se está acercando a ella por otro motivo o hay algo que se me está escapando, lo sabré. Lo juro por todo lo que he conseguido y por todo lo que he enterrado para llegar hasta aquí.

Capítulo 17

Giorgia

La vibración del móvil me pilla justo cuando me estoy recogiendo el pelo en una coleta. Son casi las nueve de la noche y a estas horas no espero recibir ninguna llamada. Además, la pantalla no muestra un nombre ni nada que se le parezca, solo una serie de dígitos que no tiene sentido alguno, como si el propio dispositivo dudara de si debería o no mostrarme de dónde viene. Pero lo contesto igual.

—¿Sí?

Silencio al otro lado. Un silencio breve, pero que me aprieta el estómago.

—Hola, princesa.

Cierro los ojos y me quedo quieta sin saber qué responder. Reconozco esa voz, aunque haga años que no la escucho y haya pasado tanto tiempo que debería sonar distinta. Pero no. Es él, Alex. La misma voz que me acompañó en tardes robadas en bibliotecas, en portales oscuros y en terrazas, donde nos jurábamos que algún día escaparíamos de todo esto. La misma voz que me prometió que yo podía ser libre y la misma también que mi padre aplastó con una amenaza que ninguno de los dos se atrevió a retar.

—Pensaba que ya no me llamarías nunca más —acierto a decirle finalmente.

—Tú sabes que no me he ido nunca.

Me dejo caer en el sillón mirando el ventanal. Las luces de la ciudad parecen más lejanas desde aquí, como si me observaran desde fuera y también ellas supieran que esta llamada no debería estar sucediendo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Eso depende de lo que signifique *estar bien* —respondo, dejando que el sarcasmo me proteja como una segunda piel.

—He sabido de ti y Maden Thorne.

—No deberías meterte en esto.

—Tarde.

—¿Y por qué me llamas? ¿Para remover el pasado o para jugar a ser mi salvador?

—No, nada de eso… Solo para decirte que si quieres salir de ahí, tengo una salida preparada. Una vía limpia con gente de confianza. Un billete que no deja huella, que te puede hacer desaparecer. Si lo quieres es tuyo.

Me quedo en silencio y me paso la mano por la cara. Querría decir que sí, pero también que no, pero lo que sale de mis labios es otra cosa.

—Davide.

—¿Tu hermano?

—No puedo dejarle aquí.

—También puedo sacarlo. Solo necesito saber si estás dispuesta a intentarlo.

Sus palabras me suenan a esperanza, pero también a peligro. A algo que ya no se puede sostener sin que se rompa algo por el camino. Me quedo callada, pero Alex vuelve a hablar.

—Ese hombre. Maden. No es lo que parece.

Me echo hacia atrás y sonrío sin alegría.

—Y tú sí lo eres, ¿verdad?

—Yo siempre he sido lo que soy contigo. Nunca te he mentido.

De repente, en ese mismo instante, una imagen dentro de mi cabeza me golpea con fuerza. Una azotea con el cielo naranja de final de verano. Los dos sentados sobre una manta y un cigarro robado entre los dedos.

—Tú vas a escapar de esto algún día —me dijo entonces, con la voz baja, como si compartiera un secreto—. Y yo quiero ser el primero que vea cómo te vas volando.

El recuerdo se funde con el presente y con la frialdad de este ático.

—No puedo hablar más ahora —le digo en un susurro.

—Entendido. Pero escucha, si decides escapar, no estarás sola.

Cuelgo antes de que Greyson pueda añadir algo más. Me quedo con el móvil entre las manos, los dedos tensos y el pulso desbocado.

Todavía tengo el teléfono en la mano cuando llaman a la puerta. El sonido es seco y preciso. Me levanto con un sobresalto y con el corazón latiendo rápido. Durante un segundo, pienso que es Alex, que se ha presentado para decirme que ya está todo listo y que puedo largarme esta misma noche. Pero cuando abro la puerta, me encuentro con Maden frente a mí. Tiene el gesto serio, aunque su cara no delata nada más. Bajo la mirada y veo que sostiene algo entre los dedos. No dice nada, solo alza la mano y pone frente a mis ojos una cadena de oro, aunque yo no me muevo ni la cojo.

—Póntela —me ordena.

Me la extiende sin insistencia, como si no necesitara explicarme nada para que le obedezca. La cadena cuelga en el aire frente a mí, atrapando la luz cálida del pasillo. Es fina, delicada, pero el cierre parece sólido, casi blindado, como todo lo que tiene que ver con Maden.

—¿Por qué?

Maden no me responde y se limita a clavar sus ojos en los míos. Hay algo que me empuja a obedecer, algo que no viene de él, sino de mí. De esa parte que empieza a reaccionar incluso antes de que lo decida.

Agarro la cadena y noto el frío del metal. Me da un pequeño escalofrío al notar su contacto con mi piel. Me la paso por la cabeza y siento cómo el peso se acomoda en la base del cuello.

—Listo —dice, y se da la vuelta sin esperar nada más.

La puerta se cierra con un leve clic y de nuevo me quedo sola, con la mano en el pecho, tocando el colgante que no cuelga de nada, porque no hay colgante. Solo la cadena.

Camino hacia el espejo del vestidor y me detengo frente a mi reflejo. La cadena parece llevar en mi cuello toda la vida. No es llamativa, ni demasiado visible, pero hay algo en ella que impone. Como si formara parte de algo mayor y acabara de sellar alguna cosa que no sé aún qué es.

«No te ha explicado nada», pienso. Y, sin embargo, me la he puesto. Como si supiera que tenía que hacerlo.

Afuera, la ciudad sigue latiendo, indiferente a todo lo que está en juego aquí dentro. Me dejo caer en la cama, con la mirada clavada en el techo. El frío del metal me roza la clavícula cada vez que me muevo y me recuerda que la cadena continúa ahí, porque no me la he quitado, aunque ni siquiera lo he intentado.

En menos de una hora he escuchado a dos hombres hablarme de protección, de escapar y de control. Uno me ofrece huida y el otro me coloca una cadena en el cuello, aunque ninguno me ha preguntado lo que quiero yo.

Cierro los ojos y respiro hondo. No estoy preparada para decidir, pero empiezo a comprender que voy a tener que hacerlo pronto. Porque esta cadena no es solo una joya de oro, es también una pregunta que espera una respuesta y no tengo ni idea de cuál es la que debo dar.

Capítulo 18

Maden

La noche se despliega sobre Manhattan con esa calma tensa que precede a la tormenta. Desde la ventana de mi despacho, el perfil de la ciudad se mantiene quieto, como si contuviera el aliento. Bajo la mirada hasta el vaso de whisky que tengo entre los dedos y del que aún no he bebido. El hielo gira dentro del cristal con un sonido suave, casi hipnótico. Lanzo un hondo suspiro mientras pienso en que esta noche está todo dispuesto, solo falta una pieza y ha llegado el momento de empezar a moverla.

Abro el móvil y tecleo un mensaje sin prisas y con cuidado.

Maden:
Esta noche me acompañas a una inauguración privada.
Prepárate.

Cuando lo envío, dejo mi teléfono sobre la mesa y doy el primer sorbo al whisky. El licor baja por mi garganta abrasándome según avanza en su descenso.

Giorgia:
¿A dónde?

Sonrío al confirmar mi certeza de que no se iba a quedar callada. Giorgia nunca se ha conformado con medias palabras.

Maden:
Vamos a la inauguración de Velvet en Tribeca.
Vístete para la ocasión.

Esta vez, tarda algo más en responderme.

Giorgia:
Eso no me dice nada.

Me inclino hacia delante para dejar mi whisky un lado y escribo la frase que de verdad quiero que lea. La que va a hacer que se le acelere el pulso.

Maden:
Sexy, pero no previsible.
La noche es nuestra, pero el juego es mío.

No contesta, aunque no hace falta. Recojo el abrigo del respaldo del sillón y camino hasta la puerta del despacho con el vaso a medio terminar en la mano. Las luces del pasillo están apagadas, salvo una tira de luz en el suelo, que marca el camino hacia el ascensor privado.

Mientras bajo, dejo que la idea de ella con esa cadena dorada al cuello vuelva a ocuparme la cabeza. No se la ha quitado ni me preguntó por qué se la daba. Es más, se la puso como quien acepta algo que aún no entiende, pero sabe que no podrá quitarse. Aún no ha caído del todo en mis redes, pero ha cruzado la primera puerta y, esta noche, en Velvet, va a encontrarse con la siguiente.

Velvet no es un club cualquiera. Es un lugar que no figura en mapas, ni en redes, ni en ningún tipo de registro. No se entra con invitación, sino solo si yo decido que pases. Y cuando entras, ya no sales igual. En Velvet nadie pregunta y cada deseo tiene un nombre y cada límite, un precio.

Cuando el coche me recoge en la puerta principal, la ciudad ya está cubierta por esa especie de niebla, que sube del asfalto caliente. Miro por la ventanilla el reflejo de las luces y repaso mentalmente cada detalle. Cada rincón del club está a oscuras, cada estancia preparada y cada espectador elegido. No hay nada que me deje al azar, salvo ella.

Giorgia es mi incertidumbre y mi desequilibrio. Es esa pieza que nunca habría colocado en el tablero, pero que ahora no puedo sacar sin que todo se venga abajo.

Deseo verla moverse en Velvet y comprobar cuánto puede soportar sin romperse. Cuánto se va a atrever a mirar y a desear sin decirlo. Quiero ver si la misma mujer que me planta cara con la barbilla alta es capaz de sostenerme la mirada cuando entienda que en Velvet, yo tengo el poder más absoluto. Quiero que lo vea y lo sienta.

Esta noche empieza de verdad el juego.

Mi Bentley negro, blindado y silencioso como un depredador bien entrenado me espera frente al rascacielos donde trabajo. Al volante, uno de mis hombres. Delante, otro vehículo con el equipo de seguridad. No hacen preguntas. No las necesitan. Saben perfectamente que esta noche nadie puede equivocarse ni un milímetro.

El portero abre la puerta trasera del coche sin decir palabra y yo me acomodo en el asiento de piel oscura y espero. El trayecto hasta mi apartamento es breve, pero lo suficientemente largo como para repasar en mi cabeza cada paso de lo que está a punto de ocurrir esta noche.

Cuando llegamos, la veo bajar por las escaleras del edificio con un abrigo largo que no oculta del todo la intención con la que ha elegido lo que lleva debajo. Su forma de andar es firme, pero el leve movimiento de su barbilla al mirarme me confirma lo que ya sabía: tiene preguntas que no me ha hecho y respuestas que no quiere darme.

No digo nada. Solo abro la palma de la mano y le muestro la máscara negra de encaje.

—Póntela. En Velvet nadie es quien parece.

No me dice nada, solo me observa durante un instante y coge la máscara sin rozarme. Se la pone con un gesto pausado, consciente del efecto que provoca. Cuando vuelve a mirarme, ya no es del todo ella o quizá sí. Tal vez esa sea su versión más real.

El Bentley se pone en marcha y ella no pregunta a dónde vamos, porque no lo necesita. Ya estamos dentro del juego, ella también.

Velvet está oculto en un edificio anónimo de Tribeca. Sin cartel ni entrada reconocible. Solo una puerta de hierro oscuro, dos luces indirectas y una clave de acceso, que cambia cada noche. Cuando bajamos del coche, el silencio de la calle se rompe con la apertura automática del acceso.

Dentro del local, el aire es distinto. No huele como en el resto de Nueva York. Hay cuero, madera, perfumes caros y algo más difícil de identificar, algo físico, como si el deseo tuviera un olor propio y se quedara impregnado en las paredes.

La recepcionista nos saluda con una inclinación sutil. No hay preguntas ni un registro de nombres. Caminamos despacio por los pasillos alfombrados. Las paredes están cubiertas de espejos ahumados y telas oscuras que absorben la luz cálida de las lámparas doradas. Giorgia avanza a mi lado sin hablar. No la toco ni la guío con las manos, pero me sigue con la barbilla alta y pasos decididos.

En el primer salón, dos hombres beben tumbados en un diván mientras una mujer de cuerpo atlético, desnuda salvo por una gargantilla de cuero, danza para ellos con movimientos hipnóticos. No hay aplausos, ni hay música, solo el ritmo de la respiración contenida.

Giorgia se ve reflejada en uno de los espejos laterales. Se detiene y contempla su imagen, rodeada de este ambiente cargado me da la sensación de que parece arrancada de otra realidad. La observo de reojo. Veo el modo en que aprieta los labios y cómo respira por la nariz para no parecer nerviosa, pero lo está y eso es exactamente lo que quiero.

Seguimos caminando hasta una sala con el acceso controlado por biometría. Cuando se abre, el ambiente cambia. Todo está más oscuro. Aquí están los clientes que han cruzado la siguiente frontera.

Nos detenemos frente a una cristalera interior desde la que se ve una escena, en la que un hombre alto, vestido con una camisa abierta y un pantalón oscuro, está de pie. A sus pies, dos mujeres desnudas, con collares de cuero, están arrodilladas sobre la alfombra y tienen sus bocas alrededor de su sexo. Ambas están enmascaradas. Sus cuerpos brillan por el sudor. Están atadas entre sí por una cadena que une los collares y que el hombre sujeta con una mano mientras con la otra acaricia el cabello de una y tira del de la otra.

Al contemplar la escena, Giorgia noto que se paraliza. Sé exactamente en qué parte de su garganta se ha quedado detenido el aire, aunque no dice nada y tampoco retrocede.

Me acerco por detrás de ella sin rozarla ni presionarla, solo dejo que sienta mi presencia a su espalda.

—No tienes que participar —le murmuro al oído—. Solo quiero que veas cuánto control puede haber en el placer… y cuánto placer en perder el control.

Al escucharme, tiembla un instante, pero no se aparta y sigue mirando. En mis labios se dibuja una media sonrisa, porque tengo la certeza de que no necesito tocarla para marcarla. Ya lo he hecho y ella lo sabe.

Capítulo 19

Giorgia

No es el vestido, ni la máscara, ni siquiera los tacones imposibles con los que camino por este suelo mullido que no deja huella. Es la manera en la que él me mira, como si todo lo que me rodea fuera un escenario cuidadosamente construido para atraparme.

Velvet no es un club. Es una trampa con paredes de terciopelo, donde el deseo se mide en respiraciones, jadeos y gemidos y no en palabras.

Camino al lado de Maden, sin tocarlo ni hablarle, pero sintiéndolo pegado a mi piel como si ya me hubiese desnudado con la mirada cien veces. A mi alrededor, cuerpos que se rozan, dejan escapar jadeos sin pudor y susurros que no buscan complicidad, sino solo obediencia. Es un teatro sin guion donde cada escena se interpreta con el cuerpo.

La sala por la que pasamos es un golpe directo al centro de mi estómago. Una mujer está suspendida de un columpio de cuero negro. Tienen los brazos atados por encima de la cabeza, los muslos abiertos y sujetos por tiras que la exponen sin resistencia. Su cuerpo tiembla entre el vaivén de dos hombres. Uno la penetra con una cadencia brutal, sin pausa ni tregua. El otro, la acaricia y entra en ella con suavidad. La escena no es una violación ni un juego de poder. Es una coreografía exacta entre el dolor y el placer. Me cuesta

apartar la vista de ellos y siento como el calor sube por mis piernas y me invade. No me muevo, pero mi respiración cambia y se agita.

Maden se acerca por detrás, tan cerca que noto el roce de su aliento tras mi oreja.

—¿Cuál de los dos te haría gemir como lo hace esa mujer?

No respondo, porque la respuesta no debería importarme, pero me importa. Porque pensar en él preguntándomelo mientras mi cuerpo reacciona es una respuesta en sí misma.

Seguimos. Entramos en otra sala que tiene en el centro un espejo en el suelo. Sobre él hay una mujer de piel negra, que arquea la espalda mientras un hombre la lame con devoción, mientras se mira en el espejo. Pasea la lengua por el sexo de la mujer con los dedos clavados con fuerza en los muslos de ella, y la vista perdida en su propia imagen. La mujer gime, se abre y se entrega. De forma inesperada, aparece otro hombre, que se arrodilla tras ella y comienza a follársela con una lentitud que no encaja con la urgencia de los movimientos de su compañero.

En ese momento, Maden se inclina y apoya un codo en la barandilla que separa nuestro palco de la sala.

—Aquí, el sexo no se oculta. Se multiplica.

Sus palabras en mi oído provocan que un escalofrío se apodere de mi columna vertebral y tengo que hacer un esfuerzo titánico para que no me lo note. No le contesto y me obligo a mirar, a entender por qué sigo aquí y no le he pedido marcharme. Supongo que hay algo en esta oscuridad caliente, que me está transformando y no quiero frenarlo.

La siguiente sala es una jaula y dentro de ella veo a una mujer, que lleva tatuado la mayor parte del cuerpo, se masturba con un vibrador metálico con movimientos medidos y precisos. Un hombre desde fuera de la jaula le habla, pero sin tocarla.

—Más despacio.

—No te corras todavía.

—Mírame mientras lo haces.

Ella obedece sin pestañear con la respiración agitada, pero sin romper el ritmo. El placer no le pertenece, solo es algo que debe hacer porque alguien se lo manda.

—¿Crees que podrías obedecer con ese nivel de entrega?

La voz de Maden no me asusta, pero me recorre de pies a cabeza como una caricia que no me ha pedido permiso. Aprieto los labios y no sé qué responderle. Tal vez porque una parte de mí ya se lo está preguntando en serio.

Caminamos hasta la sala de cristal, donde huele a humedad y a sexo. Allí veo a una mujer atada boca arriba sobre una mesa de cristal, que tiene a cuatro hombres a su alrededor y cada uno lleva una máscara diferente. Ninguno habla. Uno la folla por la boca, otro por la vagina y otro por detrás. El cuarto le susurra cosas que no alcanzo a oír, pero que hacen gemir a la mujer como si se le fueran a romper las costillas. Es una sinfonía donde ninguno de los hombres muestra la más mínima compasión.

Mis piernas se tensan. No me doy cuenta hasta que Maden me pasa una copa. No me mira. Solo me la ofrece y yo la cojo. Siento el cristal frío entre los dedos y bebo. Un instante después siento cómo el alcohol me quema la garganta mientras desciende hasta mi estómago.

—Esto no va de cantidad, sino de si estás dispuesta a rendirte.

Al escucharle me quedo helada, pero no por miedo sino por lo que implica lo que acaba de decirme. Porque tiene razón.

La última sala a la que entramos es distinta. Es un palco cerrado, con una cama redonda en el centro, en la que una pareja folla sin reservas. El hombre la tiene de espaldas con una mano en la garganta y otra entre sus piernas. La embiste con un ritmo constante y seco. Ella se masturba al compás que marcan las caderas de él y mueve los dedos entre jadeos y espasmos. Otro hombre se acerca por delante y ella abre la boca.

Al ver la escena, contengo el aire y noto cómo me arde el cuerpo. La escena es tan brutal como hipnótica. Maden, a mi espalda, no me roza, porque con su voz tiene suficiente para atravesarme.

—El poder no está en el sexo sino en lo que decides cuando el deseo te anula.

Mis manos tiemblan y noto como la copa de vino pesa entre mis dedos. Me doy cuenta de que ya no estoy fingiendo, esto me

impresiona, me afecta y me remueve, porque, aunque no me ha tocado, ya estoy marcada por él.

Capítulo 20

Giorgia

El sonido de la puerta al cerrarse se me queda clavado en los oídos. El silencio que queda después no es tranquilidad, sino algo que me oprime el pecho y me tiene desvelada a pesar de que debería estar rendida.

Camino por el pasillo del ático de Maden como si acabara de regresar de otra vida. El abrigo me pesa sobre los hombros, aunque no me lo quito hasta llegar a mi dormitorio. Lo dejo caer sobre la banqueta que hay al pie de la cama y me miro en el espejo de cuerpo entero que hay frente al vestidor. Sigo teniendo puesta la cadena de oro. Ni siquiera recuerdo habérmela quitado en ningún momento desde que me la dio para que me la colgara del cuello sin explicarme nada. Me la toco con los dedos y noto su tacto suave y el frío del metal. Un escalofrío me recorre la espalda, pero no es de miedo, sino de deseo. El vestido que me he puesto para ir a la inauguración del Velvet, que elegí sin tener claro si era lo suficientemente atrevido o si era demasiado, sigue pegado a mi cuerpo como una segunda piel que ya no sé si es mía o suya. Me lo quito despacio, como si al desnudarme pudiera arrancarme también las imágenes que no dejan de repetirse en mi cabeza. Las escenas que vimos esta noche han calado más hondo en mí de lo que esperaba.

Cierro los ojos y en mi cabeza vuelve a aparecer la imagen de la mujer suspendida en el columpio y sus gemidos. El contraste entre brutalidad y ternura y su boca abierta entre el placer y el dolor que le invadían. Y, de fondo, la voz de Maden en mi oído, grave y cálida.

—¿Cuál de los dos te haría gemir así?

Abro los ojos de golpe y chasqueo la lengua. Debería darme asco y sentirme ofendida, escandalizada y molesta. Pero lo único que siento es el pulso acelerado en mi garganta y un calor insistente entre las piernas, que no se apaga por mucho que me esfuerce en ignorarlo. No es solo lo que he visto, sino cómo me ha mirado Maden mientras lo veía, como si me leyera por dentro.

Entro al baño y abro el grifo de la ducha. Me meto bajo el chorro caliente y dejo que el vapor lo invada todo. Me lavo el cuerpo con movimientos firmes, como si al frotar pudiera arrancarme la reacción que tengo pegada a la piel, pero no se va. Sigue ahí, aún más viva.

Me seco deprisa y me pongo una camiseta fina de algodón, sin sujetador. Me recojo el pelo mojado en un moño flojo y salgo descalza hasta el salón. Necesito aire, pero cuando abro una de las ventanas de la terraza, el aire de Manhattan no me da lo que busco. Solo me golpea la cara como una bofetada que no me duele lo suficiente como para sacar de mi cabeza a Maden y la manera en que me observaba, el modo en que no me tocó y cómo ha logrado marcarme sin mover ni un solo dedo.

Camino hasta el sofá y me dejo caer con las piernas cruzadas, el cuerpo temblando y la garganta seca. Debería beber algo y dormir, pero lo que hago es cerrar los ojos y dejar que las imágenes vuelvan a mi cabeza una tras otra, más nítidas y reales. El espejo en el suelo, los cuerpos reflejados fundiéndose entre ellos, el ritmo acompasado de las lenguas y las caderas, la mujer arqueada en un orgasmo interminable y el hombre de rodillas, lamiéndola mientras se miraba en su propio reflejo.

Me muerdo el labio y me paso la mano entre los muslos. Solo para calmarme y aliviar este calor insoportable que me late en el centro. Pero no basta. Me levanto y camino hacia mi habitación. Me tumbo boca arriba en la cama, con la camiseta subiéndome por la cintura y abro las piernas sin pensar. Paso los dedos por encima de

la tela de la braguita y noto que está húmeda. No sé cuándo ha empezado, pero lo está. Cierro los ojos y susurro sin voz.

—Maden.

Me toco despacio, con una presión suave que va creciendo. No necesito mucho, porque estoy tan encendida que cualquier roce me sacude.

«El poder no está en el sexo, sino en lo que decides cuando el deseo te anula».

Su frase vuelve a mí con fuerza y el corazón me late en la garganta. Mis dedos se mueven con más decisión, explorando Y buscando ese punto exacto donde el placer deja de ser solo físico y se convierte en Algo más hondo y oscuro. Pienso en su voz, en su cuerpo apoyado tras el mío, en la copa que me dio sin mirarme y en la manera en la que me guio por aquellas salas sin tocarme, como si su sombra bastara para desnudarme por dentro.

El primer gemido se me escapa de mi garganta sin querer. Me muerdo la mano para no dejarlo salir y entonces me imagino que Maden aparece frente a mí y se apoya en la puerta, mirándome con sus ojos de acero fundido. Se acerca sin hablar y se agacha a mi lado. Aparta mi mano de mi sexo y la sustituye por la suya. Me toma sin permiso y sin violencia.

—¿Eso es lo que te ha quedado de esta noche? —imagino que me diría.

Yo no respondería, porque estaría temblando y perdida.

Los movimientos de mi mano en mi sexo se aceleran y mi cuerpo se tensa. El orgasmo me arranca el aire y gimo contra la almohada, me arqueo y me quedo sin fuerzas. Siento cómo me late todo el cuerpo, cómo me arde la piel y me tiemblan los muslos.

Tardo un buen rato en recuperar el ritmo normal de mi respiración. Me quedo tumbada, con las piernas abiertas y la mano todavía entre ellas. Me he corrido pensando en él, no es la primera vez que alguien me excita, pero sí es la primera vez que alguien me domina sin siquiera rozarme. Eso es lo que me jode, porque yo no he elegido nada de esto y no quiero desearlo. Sin embargo, tengo claro que ya no hay vuelta atrás.

Esta noche, en la oscuridad de este ático lleno de secretos, algo ha cambiado en mí, en él y entre los dos.

Capítulo 21

Maden

Observo el monitor sin parpadear. Las cámaras no tienen sonido, pero no lo necesito. Bastan sus gestos, el movimiento de su cuerpo y el ritmo de su respiración ha cambiado. Las pinceladas que da sobre el lienzo ya no son un ataque, ahora parecen caricias.

Giorgia está de espaldas, con el pelo recogido en un moño y unos vaqueros cortos y manchados de pintura y nada más. La piel de su espalda brilla bajo la luz que cae directa desde la luz del techo. Es una visión tan cruda que cuesta sostenerla, pero no aparto la vista.

La pintura le cubre los dedos, los brazos y una mancha azul le resbala desde la clavícula hasta el pecho izquierdo. Hay un trazo rojo en el omóplato izquierdo, como si alguien lo hubiese dibujado con la yema de los dedos.

No estoy acostumbrado a observar sin tomar el control, pero ella no es un negocio ni una pieza que encaje en mis planes. Giorgia es caos, arte y deseo contenido en cada gesto. Y por primera vez, no quiero poseerla sino comprenderla.

Apago el monitor y salgo de mi despacho. La casa está en silencio, pero hay una tensión flotando que no proviene de las paredes, sino de lo que estoy sintiendo. Avanzo por el pasillo y escucho cómo mis pasos resuenan sobre el suelo del pasillo. Cuando llego a su estudio, la puerta está entreabierta y la empujo sin hacer

ruido. Ella no me ha escuchado, porque tiene los auriculares puestos y la música suena lo suficientemente alta como para aislarla del mundo. Veo pintura en el suelo, en los pinceles abandonados y también en su cuerpo. El lienzo frente a ella es un estallido de color sin forma definida, pero en él hay una violencia distinta no de la que destruye, sino de la que libera.

Doy un paso al frente y luego otro. Ella se gira cuando me nota, pero no se cubre ni se aparta y me mira como si llevara horas sabiendo que vendría.

—Estás en tu casa, ¿no? —me dice, con la voz rasgada por el esfuerzo.

Niego con la cabeza despacio.

—Este espacio es tuyo. No entro para invadirlo, sino para verte.

Sus ojos se entornan y se quita un auricular, pero el otro sigue en su oreja. No se mueve. Sin querer mi mirada desciende hasta su torso desnudo y veo ahora de cerca su pecho salpicado de pigmento, los pezones endurecidos por el frío o por la tensión, no lo sé, aunque me permito pensarlo más de un segundo.

—Dime algo —le pido.

Ella inclina la cabeza, con una expresión entre desafiante y vulnerable que sólo ella domina.

—¿Qué ves cuando me miras?

Me acerco más a ella, pero dejo un metro de distancia entre nosotros. La pintura huele a aceite y a aguarrás.

—Veo a alguien que está despertando y que ya no lucha por no sentir.

Sus labios se curvan apenas en una sonrisa, que es una mueca a medio camino entre el alivio y la ironía.

—Y tú, Maden... ¿qué ves cuando te miras al espejo?

Su pregunta me golpea sin aviso. Inspiro hondo, pero no le respondo de inmediato. Me acerco a una mesa, donde hay un vaso con pinceles sumergidos y lo giro entre mis dedos.

—Alguien que se ha acostumbrado tanto a fingir control, que ya no sabe distinguir entre lo que siente y lo que necesita controlar.

Ella parpadea despacio y fija su mirada en mí.

—Estoy sucia —me dice, bajando la vista hacia su piel manchada.

—No lo estás. Estás viva.

Ella se da la vuelta y se acerca hasta el ventanal del fondo. El sol acaricia su espalda y cada paso que da deja huellas de pintura en el suelo de madera.

—Ven conmigo —le digo.

Se gira y frunce el ceño.

—¿A dónde?

—A mi ala. A mi baño.

—No necesito que me laves, Maden.

—No es eso. Quiero que tengas un espacio donde puedas sentirte distinta. Donde el agua te quite lo que ya no te pertenece.

Ella duda, pero un instante después asiente con la cabeza. Se pone una camisa vieja que cuelga de una silla y me sigue.

Caminamos sin hablar por el pasillo. Ella va descalza y yo, con los zapatos en la mano. No sé por qué lo hago. Tal vez porque quiero acompasarme a su silencio.

Cuando entramos en el baño de mármol que tengo en mi habitación, enciendo el agua caliente del jacuzzi. Unos instantes después el vapor empieza a cubrir los espejos. La bañera está lista, la espuma espesa, el agua humeante y el aroma a lavanda flota en el aire.

Le tiendo una toalla negra, con una M bordada en hilo dorado.

—Tómate el tiempo que quieras

Ella me mira con algo que parece gratitud, pero no dice nada. Me marcho del lavabo y ella cierra la puerta, mientras yo me quedo fuera, con las palmas abiertas y el pecho aturdido. Regreso a mi despacho sin saber para qué. Me siento frente al monitor apagado y dejo que la oscuridad de la pantalla me devuelva mi propio reflejo.

Me veo y, después de mucho tiempo sin hacerlo, me reconozco.

—Si sigo así —susurro, con la voz casi rota— dejaré de jugar... y solo querré quedarme.

Capítulo 22

Giorgia

No le he dicho nada a Maden. Salgo sin avisar del ático, ni pedir permiso y ni preguntarle a él ni a su equipo de seguridad si podía salir hoy a solas, porque sé cuál habría sido su respuesta y estoy harta de tantas negativas.

Camino deprisa por las aceras húmedas del Soho, con la capucha del abrigo cubriéndome la cabeza y las manos hundidas en los bolsillos. Cada paso que doy es como si los latidos de mi corazón retumbaran muy fuerte en mis sienes.

Entro en la cafetería de la esquina, que está junto a mi galería, la misma donde solía venir con Naomi cuando mi vida era normal o, al menos, más de lo que es ahora. El mismo lugar donde hablábamos de arte y de planes imposibles. La puerta suena al cerrarse, con ese golpecito seco, que siempre me ha parecido una forma de bienvenida. Hay pocas mesas ocupadas, apenas un par al fondo con estudiantes que teclean en sus portátiles como si les fuera la vida en ello. El camarero me reconoce y asiente con la barbilla. No le digo nada y me siento en la mesa del rincón, al lado del radiador antiguo que tiembla cada vez que lo ponen en funcionamiento.

El corazón me late como si supiera que no estoy sola y que algo está a punto de pasar. Mi intuición no me falla, porque de repente y de forma totalmente imprevista, Alex aparece entre el aroma de café

y el murmullo bajo del local. Lleva el abrigo bajo el brazo y una camisa azul remangada y el pelo peinado hacia atrás. Está exactamente igual que cuando lo vi por última vez, y a la vez... no, porque hay algo en él que ha cambiado o quizá sea yo la que ya no mira igual. No lo sé.

Al verme, se acerca sin prisa hasta donde estoy.

—Hola, Gio.

Su voz me sacude, porque hacía años que no me llamaba así. Solo él lo hacía cuando yo todavía creía que podía ser libre.

—No deberías estar aquí.

—Tú tampoco —me suelta como si supiera cómo es realmente mi vida ahora.

Se sienta frente a mí sin esperar a que le invite a hacerlo. El camarero nos deja dos tazas de café sin preguntar. Alex me mira con esa sonrisa torcida que tantas veces me hizo sentir que podía confiar en alguien, pero hoy no. Hoy me revuelve.

—Tienes buen aspecto —añade fijando la mirada en mis labios.

—Y tú, la misma cara de siempre. La del que sabe exactamente lo que quiere.

—Ahora mismo, sólo quiero que me escuches.

Me cruzo de brazos y me mantengo callada sin dejar de mirarle.

—Giorgia, he encontrado una salida. Puedes irte, de verdad. Hay gente que nos ayudaría. Tengo documentación falsa preparada y una ruta segura. Esta vez no tendrías que mirar atrás nunca más.

La palabra *salida* se me queda pegada al paladar. Me gustaría que fuera tan sencillo como parece que es, pero siento un nudo en el centro de mi pecho que no logro que se afloje.

—No puedo.

—No puedes o no quieres.

Lo dice despacio, como si supiera exactamente dónde está mi herida. No le contesto y me limito a mirar por la ventana. El cristal está empañado y afuera veo a una mujer empujando un cochecito de bebé. Me pregunto si ella también se siente atrapada en una historia que no ha elegido.

—No puedo dejar a Davide —susurro al fin.

Alex asiente y saca algo del bolsillo interior de su chaqueta. Un sobre color marfil, cerrado con una pegatina roja sin sello y lo deja sobre la mesa, justo a la altura de mi mano.

—Lee esto cuando estés sola y si decides que quieres huir, sabrás dónde encontrarme.

Me limito a observar el sobre que ha puesto frente a mí, no lo toco porque no me atrevo.

—¿Estás espiándome?

Su mirada se endurece.

—Estoy intentando ayudarte.

—Ya no soy quien era, Alex. No necesito que vengas a rescatarme.

—Claro que no. Pero igual necesitas recordar que todavía puedes elegir.

El camarero deja la cuenta sobre nuestra mesa y Alex saca un billete doblado y lo deja encima. Se levanta y me roza el hombro al pasar.

—Tienes mi número. Llámame cuando te decidas —me suelta y se marcha del local sin mirar atrás.

Me quedo sola, con las manos quietas sobre las rodillas. El sobre sigue allí, frente a mí como una bomba sin explotar. Y yo... No sé si tengo miedo de abrirlo o de lo que pueda pasar si no lo hago.

Cuando regreso al ático, el ascensor se detiene sin anunciarme. No hay códigos ni tarjetas que se interpongan, porque sé cómo moverme en este lugar. Aunque ya no estoy segura de si eso es una ventaja… o una trampa invisible que empieza a cerrar su cerco cada vez más a mi alrededor.

El mármol del vestíbulo está impoluto, como siempre. El silencio imperante no es acogedor, pero tampoco me asusta. No me cruzo con nadie, ni siquiera con Callahan ni con ninguno de los hombres que suelen vigilar que nadie entre ni salga sin permiso de aquí. Avanzo por el pasillo como si caminara por un escenario que me ha visto interpretar demasiados papeles, aunque hoy no estoy de humor para fingir uno más.

Alzo la mirada y al fondo, en la galería que separa su zona de la mía, está Maden apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la chaqueta desabrochada. No hace ningún gesto ni me llama, solo me observa.

Me detengo a unos pasos de él, sin acercarme del todo. El sobre que me ha dado Alex hace un rato sigue dentro de mi bolso, pegado a mi costado.

—¿Te has divertido?

No hay sarcasmo en su voz, aunque tampoco suavidad. Es una pregunta lanzada como un anzuelo. Lo miro a los ojos sin apartarme.

—He respirado.

Nos quedamos callados durante un segundo en el que ni él ni yo parecemos dispuestos a movernos. Después, sin cambiar la expresión, avanza hasta quedar tan cerca de mí, que podría rozarme con solo inclinarse un poco, aunque no lo hace.

—La próxima vez que salgas —me dice al oído, tan cerca que noto el calor de su aliento— será conmigo o no saldrás.

Cuando acaba de hablar, se da media vuelta y desaparece por el pasillo sin esperar respuesta. Me quedo quieta, clavada al suelo, con el corazón rebotando dentro de mi pecho. Me muerdo el interior de la mejilla y respiro por la nariz para no soltar lo que me arde por dentro, porque lo que siento no es solo rabia, es una jodida mezcla de culpa y necesidad. Es saber que no debería dolerme que me hablara así… pero me duele.

Me doy la vuelta y camino hacia mi habitación sin quitarme el abrigo. Cuando llego, cierro la puerta y echo el pestillo. No lo hago por seguridad sino por rabia. Porque necesito espacio y no tengo ni puta idea de qué hacer con todo esto.

Tiro el bolso sobre la cama y me quedo de pie, mirando el sobre que hay dentro de él. No lo toco todavía. Me acerco al ventanal y veo que las luces de la ciudad ya han encendido su guerra de neones y reflejos. Podría estar en cualquier otra parte, ser otra persona y haber dicho que sí y haberme ido con Alex. Pero sigo aquí, en esta jaula forrada de lujo, donde las paredes no se ven, pero se sienten.

Me dejo caer sobre el sofá y paso la mano por la tela suave del cojín que tengo al lado. Todo aquí es perfecto, lujoso y elegante. Pero no es mío. Nada lo es ni siquiera yo. Cierro los ojos un momento y repaso la escena en la cafetería. Recreo la manera en que me llamó Gio, como si esa versión de mí no estuviera enterrada desde hace años y como si pudiera revivirla solo con pronunciar su nombre.

Supe que Alex aparecería en cualquier momento en mi vida, pero nunca pensé que me sacudiría tanto. Tampoco habría imaginado nunca, que me dejaría ese sobre encima de la mesa como quien deja una granada activada.

Vuelvo a abrir los ojos y vuelvo a mirar mi bolso, que contiene ese maldito sobre. Lanzo un hondo suspiro y me levanto. Camino despacio hasta la cama y lo cojo con la yema de los dedos y lo sostengo en el aire un instante.

No tiene remitente, solo ese sello rojo. El tacto del papel me produce un escalofrío. Lo dejo sobre la mesita y me voy al baño. Necesito ducharme y arrancarme de la piel el olor del café, de la calle y de Alex.

Cuando salgo del baño, envuelta en una toalla, el sobre sigue dentro de mi bolso, silencioso e implacable.

Lo abro solo lo justo para extraer lo que hay dentro. Una hoja doblada en tres partes sin ninguna palabra escrita a mano, ni ninguna nota personal. Solo datos, fechas, un plan detallado, una identidad falsa, un punto de encuentro y un código. Y al final, una frase.

«Solo tienes que llegar. Lo demás está preparado».

Lo dejo sobre la cama como si quemase y me siento en el borde del colchón. Me llevo las manos a la cara y me quedo así un rato largo. Pensando en Davide, en el día que le prometí que jamás lo abandonaría y en todo lo que ya no puedo cambiar. También pienso en Maden, en su voz cuando me habló al oído, en el modo en que me mira como si a veces no supiera si quiere cuidarme o arrancarme la ropa y, joder, en cómo me mira como si no le bastara con tenerme cerca y como si necesitara que yo también lo eligiera.

Recojo la hoja, la doblo de nuevo y la vuelvo a meter en el sobre. Lo guardo en la parte trasera del cajón de mi escritorio, bajo un montón de bocetos que no he terminado desde que llegué a este lugar.

No lo tiro, pero tampoco pienso volver a abrirlo, al menos, por ahora. Porque esta guerra que llevo dentro no se va a acabar hoy, aunque tengo claro que no soy una prisionera y no necesito que nadie venga a salvarme, ni siquiera Alex.

Capítulo 23

Maden

El informe lleva exactamente siete minutos sobre la mesa de mi despacho. No lo he abierto todavía, pero sé lo que contiene. Callahan no habría interrumpido mi noche si no tuviera algo importante entre manos para darme. Cuando ha dicho su nombre, he notado que algo dentro de mí se encogía como una cuerda que se tensa hasta casi partirse: Alex Greyson.

Ese nombre me revienta por dentro, porque yo a este tipo ya lo conocía. No personalmente, pero su nombre había aparecido alguna vez en los sistemas paralelos que utilizamos para cribar amenazas. Su cara, en cambio, era otra y también tenía otro nombre y otro pasado fabricado para infiltrarse en lo que nunca debió tocar.

Callahan está de pie frente a mí, al otro lado del despacho, y con los brazos a la espalda. Me observa sin emitir juicio, como suele hacer, pero sé que espera mi reacción.

Abro la carpeta y noto que el papel está frío. Las imágenes, en cambio, arden.

En la primera fotografía, Giorgia está sentada frente a él en una mesa en una cafetería, con el cuerpo ligeramente girado hacia el exterior y la mirada clavada en el cristal empañado, como si pensara en escapar, mientras se obligaba a permanecer allí. Tiene los labios tensos, las manos apoyadas sobre las rodillas y la espalda tan recta

que parece estar sujetándose a sí misma para no romperse. No hay sonrisas ni gestos de afecto, pero tampoco rastro de huida. En la segunda imagen, él deja un sobre marfil sobre la mesa, colocándolo con precisión, justo a la altura de su mano. Ella lo observa sin tocarlo, sin mover un músculo, como si supiera que lo que hay dentro pesa más de lo que puede soportar. En la última foto, él ya se levanta para irse. La está mirando de reojo mientras su mano roza su hombro al pasar por su lado. Ella no se aparta ni reacciona. Se queda inmóvil, como si ese leve contacto hubiera activado algo que no quiere enfrentar o que no puede permitirse sentir.

Cierro los ojos un segundo no para contenerme, sino para no romper algo.

—Él era del FBI —dice Callahan, sin que yo lo haya preguntado.

—Lo sigue siendo.

Asiente, sin mover un solo músculo.

—Nombre falso, credenciales falsificadas. Lleva meses infiltrado en entornos vinculados a las familias italianas.

—¿La ha usado desde el principio? —quiero saber.

—Todo apunta a que sí.

No le respondo, solo me pongo de pie y me acerco al ventanal. A estas alturas, ya no puedo saber si me hierve la sangre por ella, por él o por todo lo que esto empieza a remover en mi interior.

—Ella no sabía nada.

No es una pregunta, sino una afirmación que me obligo a creer.

—Parece que no, pero no lo podemos confirmar. Están las llamadas previas y las fechas.

—Registros.

—Exacto. Ha usado protocolos de alta seguridad, pero hay señales que hemos podido rastrear —me explica Callahan.

Tiro la carpeta sobre el escritorio y me paso las manos por la cara para intentar ordenar algo dentro de mi cabeza. Porque lo que siento ahora mismo no tiene nada de profesional, es totalmente personal, demasiado personal.

—Quiero todo —le exijo.

—Ya está en marcha. Vamos a rastrear las comunicaciones, suplantaciones, alias y conexiones internas en el FBI.

Lo miro.

—No. Quiero todo: lo que ha dicho, lo que ha tocado. Todo lo que ha respirado cerca de ella. Quiero saber si alguna vez la tuvo entre sus brazos o si alguna vez pensó en follársela. Quiero saberlo todo de ese maldito hijo de puta.

Callahan ni parpadea, solo se limita a asentir una sola vez.

Cuando me quedo solo, la carpeta sigue abierta. Las fotos me miran desde la madera oscura de la mesa como si fueran una jodida burla. Justo en ese momento, siento esa punzada, que viene de un lugar que ni yo mismo había dejado abierto.

No son celos, ni ansia de control. Siento miedo. Miedo de perderla antes siquiera de tenerla del todo, porque ella no me pertenece, al menos no todavía como yo la quiero, ni como necesito que lo haga: con el cuerpo, con la boca, pero también con esa parte suya que no ha entregado a nadie.

Me sirvo un vaso de whisky, pero no tomo ningún trago, solo lo sostengo.

Vuelvo a mirar la primera imagen. La de Giorgia con el rostro girado, en la que parece que no escucha, pero sí que lo hace. La que parece que se contiene, pero algo en su barbilla revela la tensión. Sé leerla. Ella no confía en él, porque no le ha dicho que sí, aunque tampoco ha cerrado esa puerta. Y esa posibilidad, puede ser suficiente para que todo lo que estoy construyendo se vaya a la mierda.

Me siento. Vuelvo a pasar una a una las hojas del informe y repaso de nuevo todo lo que sabemos de él. Todo encaja demasiado bien.

Callahan no se equivoca: esto no es casualidad. Alguien está moviendo fichas y yo tengo claro algo: si pretenden usarla otra vez como carnaza, van a tener que arrancármela de las manos. Porque si ella cae... Yo no me levanto.

Capítulo 24

Maden

No suelo mirar las cámaras por rutina. Lo hago cuando algo me lo pide por dentro, cuando esa especie de ruido sordo que tengo bajo la piel me dice que hay algo fuera de lugar, aunque todo parezca estar en calma. Esta noche ese ruido es más insistente de lo normal, como un zumbido agudo que no logro apagar.

Entro al despacho, enciendo la pantalla de control y activo el canal del estudio. No busco nada en concreto, solo dejo que las imágenes hablen por sí solas y es justo en ese momento cuando la veo. Giorgia está dormida en el sofá. No está tumbada como quien decide descansar, más bien parece que el sueño se le ha echado encima sin pedirle permiso. Tiene una pierna doblada y el brazo derecho colgando hacia el suelo, como si no hubiera tenido fuerzas para encontrar una postura cómoda. El pelo le cubre media cara y tiene la manta mal colocada sobre su cuerpo. Una parte le cae por la cadera y otra se arruga junto al respaldo. Su respiración es tranquila y regular.

Frente a ella veo un lienzo inacabado. Los colores todavía están vivos. Hay un azul oscuro que se come casi todo el espacio y, en medio, un trazo de rojo que parece reciente, como si lo hubiese hecho justo antes de quedarse dormida. Las luces del estudio están

atenuadas, como si alguien las hubiera bajado para no molestarla, aunque no recuerdo haberlas configurado así.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos más y aunque sé que no debería ir, porque no está en peligro, algo me empuja. Algo que no tiene nombre pero que me obliga a levantarme, cruzar el pasillo y abrir la puerta del estudio con el cuidado de quien entra en terreno sagrado.

Cuando lo hago, el olor a aguarrás y a pintura fresca me invade de inmediato. Hay también un aroma más suave y húmedo, como de jazmín. Ese es su olor. Giorgia deja su rastro por donde pasa, aunque no quiera.

Me acerco sin hacer ruido. Me agacho junto a ella y recojo la manta del suelo. Se la coloco con cuidado, sin rozarle la piel. Podría simplemente cubrirla y volver a salir, pero me quedo, porque verla así me paraliza. Hay algo en su gesto que no conozco y que me resulta tan ajeno como familiar.

Entonces, justo en ese instante, se remueve y de sus labios sale un susurro.

—Maden...

Apenas lo he oído, pero no puedo pedirle que me lo repita, porque no está despierta, pero ha pronunciado mi nombre como si lo llevara cosido al corazón. No hay exigencia en su tono, ni miedo, solo una ternura que no esperaba y me quedo congelado, literalmente. Todo mi cuerpo se queda inmóvil, como si el suelo bajo mis pies se hubiera convertido en cristal. Mi nombre en su boca me golpea con una fuerza que no sabía que podía doler. Y me lo ha dicho dormida, sin pretensión, ni defensas.

Retrocedo, me levanto despacio y salgo del estudio dejando la puerta entornada. No la cierro, no puedo. Me apoyo en la pared del pasillo, respiro hondo por la nariz y me paso la mano por el rostro.

Hacía años que nadie pronunciaba mi nombre así. La última vez fue mi madre. Nunca ha sido una mujer calidad ni cercana, pero alguna vez tuvo momentos de lucidez emocional. Instantes en los que, de pronto, parecía que se acordaba de que yo era un niño y que no había elegido nada de aquello. Que había nacido en medio de una tormenta que no era mía. Recuerdo un día concreto. Era

domingo y yo tenía siete u ocho años. Ella cocinaba algo con patatas y cebolla y aquel delicioso olor llenaba la cocina. Yo estaba sentado en el taburete junto al horno. Ella me miró y dijo mi nombre. Solo eso. «Maden». Sin reproches ni prisa, como si en esas dos sílabas de mi nombre se escondieran algo que no sabía cómo decirme.
Desde entonces, nadie lo había dicho igual hasta ahora.

La voz de Giorgia, esa manera de decir mi nombre... me ha desmontado por dentro. Si alguna vez lo repite así, si llega a mirarme y vuelve a decirlo con esa ternura desarmada... No voy a ser capaz de seguir fingiendo que esto es solo una estrategia más y que ella solo es parte del plan. No voy a poder controlarlo todo como hasta ahora, porque no puedo… porque, hostia, sin darme cuenta, he empezado a ser suyo.

Capítulo 25

Giorgia

No he pegado ojo desde que me encontré con Alex en la cafetería. No es la conversación que mantuvimos, ni tampoco el sobre el sobre que me dio lo que me ha quitado el sueño. Es la sensación de estar volviendo a un lugar del que pensaba que ya había escapado. Como si una parte de mí, que creía enterrada, hubiera abierto los ojos y me estuviera mirando de frente, sin pestañear. Me llevó horas calmar el temblor de las manos. Horas en las que la mente no dejaba de dar vueltas y durante las que no supe distinguir si lo que sentía era miedo o nostalgia o las dos cosas.

Me encerré en el estudio de pintura porque era el único sitio de esta casa donde el aire no me aplasta. Donde el ruido que llevo dentro se convierte en forma y en color. Pero ni siquiera los pinceles me sirvieron anoche. La pintura salía torpe y agresiva de mis manos, como si mis dedos no fueran míos y la piel me escociera por dentro.

No recuerdo en qué momento me rendí. Supongo que mi cuerpo dijo basta y me acurruqué en el sofá con la manta que había tirada por ahí y cerré los ojos sin saber que estaba cediendo al sueño. Me he despertado hace un rato, desorientada, con la cara pegada a la tapicería y el cuello contracturado. He necesitado unos minutos para recordar dónde estaba, lo que había pasado y quién era.

Me levanto con dificultad, porque me duele la espalda y hasta los pensamientos. Me observo en el espejo del lavabo y me miro las ojeras. Me echo agua en la cara y respiro hondo. No puedo seguir así. Esta sensación de estar entre dos fuegos me consume. Uno me promete escapatorias imposibles con palabras que ya no creo, mientras el otro me envuelve con un control brutal, pero al menos no disfraza sus intenciones. Maden no se oculta, ni me edulcora la realidad. Es brutal, pero honesto. Y por alguna razón que me cuesta aceptar, eso me tranquiliza más que las promesas de Alex.

Camino descalza por el pasillo. No sé exactamente qué busco y lo único que tengo claro es que no debería ir. Que su despacho es suyo y que nunca he entrado en él sin que Maden lo permitiera, pero hoy no me importa.

No llamo, ni aviso. Solo empujo la puerta del despacho con la palma. Al entrar, me recibe una oscuridad suave, acompañada por el olor inconfundible de él: cuero viejo y whisky.

Maden está allí. De pie, con una camisa blanca desabrochada hasta el pecho, las mangas subidas hasta los codos, unos pantalones negros y los pies desnudos sobre la alfombra. No se inmuta al verme, ni dice nada. Solo me observa como si hubiera sabido desde el principio que terminaría entrando.

Durante unos segundos nos mantenemos en silencio absoluto. Solo se oye mi respiración y el rumor lejano del tráfico, que llega amortiguado por los cristales gruesos del ático. No doy ningún paso atrás y lo miro con la misma fijeza con la que él me mira a mí.

—Deja de espiarme. Ya estoy aquí —le suelto.

No lo digo como un reproche sino como una declaración. Como quien se planta frente a una verdad que ya no puede evitar.

Al escucharme, se acerca hasta mí sin prisa y sin ese brillo de mando que suele encenderse en su mirada cuando cree tener el control de todo. Esta vez solo hay quietud. Se detiene delante de mí, se queda apenas medio metro. Me sostiene la mirada, aunque no intenta leerme. Solo me deja estar.

Siento que debería decir algo más, pero no encuentro las palabras. Y él, en lugar de forzarme, levanta una mano y me roza la barbilla con los dedos. Me la alza con suavidad, obligándome a no

apartar la vista. Su pulgar traza una línea lenta por mi mejilla, desde el pómulo hasta la comisura de los labios y entonces me toca. Pero no como antes. Ahora lo hace sin rabia, sin castigo y sin deseo disfrazado de dominio. Esta vez hay un tipo de necesidad que no sabe mentir. Y yo la siento en la piel, en los huesos y entre mis piernas.

No me aparto, ni lo detengo, porque esta vez he sido yo quién ha venido a buscarle.

Capítulo 26

Maden

Cuando Giorgia entra en mi despacho sin avisar, sin preguntar y sin permiso, algo dentro de mí se rompe pero con estrépito y furia. Se rompe en silencio, como se agrietan las paredes de una casa por dentro antes de venirse abajo.

La observo desde el fondo de la sala. Lleva su espesa y larga melena pelirroja revuelta y me mira con un gesto de rabia y hambre que siempre me ha desarmado. No dice nada al principio, solo me mira como si quisiera desafiarme o rendirse, pero sin saber qué le haría más daño.

—Deja de espiarme. Ya estoy aquí —me dice sin rastro de temblor en la voz, a diferencia de mí que siento un nudo tan apretado en la garganta, que tengo que tragar saliva para no ahogarme en él.

Camino hacia ella sin decir nada y noto como el suelo amortigua mis pasos, pero dentro de mí todo retumba. Cuando estoy a medio metro de ella, me detengo y la cojo de la barbilla con los dedos y la obligo a mirarme con suavidad.

—No eres mía —le susurro—. Pero esta noche... me perteneces.

No parpadea ni se aparta al escucharme. Sus ojos me desafían a contenerme, aunque no lo consigo. La beso con la violencia que he intentado sofocar desde que llegó. Nuestras bocas se buscan como

si llevaran meses esperando este momento. Me la como. Literalmente. Ella no solo me responde, sino que me muerde, me agarra de la camisa y me la arranca de los hombros como si quisiera quedarse con un trozo de mi piel.

La empujo contra la estantería, pero la sujeto del cuello con una mano y de la cadera con la otra. No hay espacio entre nosotros. El aire se ha vuelto espeso, cargado de deseo, de tensión y de palabras que ninguno de los dos sabe decir en voz alta.

Le arranco la camiseta. Bajo la cabeza y le muerdo el hombro, el cuello, el borde de la clavícula. Ella arquea la espalda, me clava las uñas en los hombros.

—Quiero olvidarme de todo —me gruñe al oído.

—Entonces recuerda solo mi nombre.

La tumbo en el sofá y ella abre las piernas sin pudor y levanta la cadera para que le quite la ropa interior. Me mira como si quisiera que la destrozara, como si estuviera hecha para esto y yo no me resisto. Me pierdo entre sus muslos. La lamo hasta que me suplica y me agarra del pelo y se estremece entera bajo mi lengua. Aun cuando los estertores de placer escapan de su garganta, me incorporo y me desabrocho el pantalón sin dejar de mirarla. Ella me observa como si fuera a devorarme, me toma por la nuca y me tira hacia ella. Me besa con fuerza, con hambre y se sienta sobre mi cuerpo, me monta sin pedir permiso. Me clava las uñas en el pecho y gime. Pero soy yo quien la gira, la tumbo boca arriba y la penetro sin vacilar. Jadea con los labios entreabiertos y me mira con los ojos medio cerrados. Sus piernas me aprietan y mis manos se cierran en su cintura. Mis embestidas son cada vez más duras y profundas. Cada vez que la oigo gemir, siento que me estoy partiendo en dos.

Nos revolcamos por el suelo, por el sofá y contra la pared. Ella se rebela, pero yo la someto. Le ato las manos con la corbata que me quité hace un rato. Le muerdo el lóbulo de la oreja y le susurro cosas que no diría en voz alta a nadie más. Ella responde con mordiscos, con zarpazos y con un deseo que me hace perder el control.

La domino como sé hacerlo y como ella no sabía que ansiaba ser poseída. No hay pausa, ni compasión, solo una verdad sucia y brutal

que se abre paso entre nuestras pieles sudadas. La sostengo por las caderas y la embisto con una cadencia dura y poderosa, mientras su espalda tiembla bajo mis manos y su voz se deshace en un ritmo que ya no es suyo, sino nuestro.

El despacho entero huele a sexo, a deseo, a piel mojada y a todo lo salvaje que hemos estado reprimiendo. El aire se ha cargado de gemidos, de respiraciones entrecortadas y del golpe sordo de nuestros cuerpos buscándose en la penumbra. Cada vez que me hundo en ella siento que el mundo se queda fuera y que solo existe esto. Su cuerpo temblando bajo el mío, su nombre tatuado en mi garganta y ese rincón oscuro dentro de mí que, por primera vez, se siente lleno.

Cuando la noto temblar, cuando su cuerpo se contrae con fuerza alrededor del mío y lanza un gemido ahogado que apenas parece humano, sé que está llegando. Un instante después, su orgasmo me invade como un incendio. Me aferro a su cadera y me inclino sobre su espalda, la rodeo con un brazo y le muerdo el cuello al tiempo que me corro dentro de ella con una fuerza que me sacude entero. Mis dedos se clavan en su piel y mis labios pronuncian su nombre con la voz rota. Es brutal, intenso y tan íntimo que me da miedo.

Ella se queda inmóvil un segundo, temblando y con la respiración descompasada. Yo sigo dentro de ella, sin querer soltarla. Mi cuerpo encajado en el suyo. Siento cada espasmo de su vientre y cada latido de su pulso bajo mi pecho. Es en este instante, con el calor de su orgasmo fundido con el mío, sé que algo se ha roto. Algo que ya no voy a poder recomponer, porque la he poseído con el cuerpo, sí, pero también con todo lo que no quería entregar y ella... se ha dejado tomar sin reservas.

Estamos los dos en el suelo. Yo tumbado boca arriba y ella encima de mí, con la cabeza apoyada sobre mi pecho. No dice nada y yo tampoco. Le acaricio el pelo y siento cómo todavía me tiembla el cuerpo. Disfruto del leve roce de su respiración en la piel y no quiero moverme.

—¿Tienes miedo de que me arrepienta? —le pregunto.

No me responde. Pero la forma en la que se aferra a mí, lo dice todo. Y empiezo a entender que, si alguna vez la pierdo, ya no voy a

saber quién soy.

Capítulo 27

Giorgia

No hay calor a mi lado, ni una respiración cercana, ni una sombra que confirme que todo lo que pasó anoche fue real y no un sueño confuso arrastrado desde el fondo de algún deseo maldito.

Estoy sola en mi cama. Abro los ojos despacio y miro el techo de mi habitación, que me recibe con su perfección blanca, impoluta y sin grietas. No sé qué hora es, ni cuánto he dormido. Solo sé que la cama parece más grande que nunca, más fría y hostil.

Me muevo bajo las sábanas y noto el tacto del algodón egipcio sobre mi piel aún sensible. Me arde por dentro, aunque por fuera ya todo parece que está en calma. Me cuesta tragar y pensar. Me duele algo que no tiene forma, pero que pesa como si se hubiera instalado en mis huesos.

No hay ninguna nota sobre la mesita de noche, ni tampoco ningún rastro de él y eso me jode. Porque una parte de mí… esperaba algo. No sé qué, pero tal vez una mirada, una palabra o una mínima señal de que anoche no fue solo sexo. De que no fue una demostración más de su control perfecto, ni de su capacidad para poseerlo todo sin perder el pulso.

Giro la cabeza con desgana y justo entonces veo una caja cuadrada, pequeña y de color negro. Está perfectamente colocada

sobre la almohada que hasta hace nada ocupaba mi cabeza. No sé cómo no la he visto antes.

Me incorporo despacio, con el corazón encogido como si algo dentro de mí supiera que esa caja no va a traerme paz. La cojo con las dos manos. Pesa poco y no veo ninguna nota, ni un indicio que me diga por qué está ahí.

Abro la tapa despacio y dentro encuentro una llave, pero no una cualquiera. Es una
llave antigua, de oro, con los bordes gastados y la forma de esas que aparecen en los cuentos que nunca terminan bien. De esas que no solo abren cosas, sino también despiertan heridas, misterios o monstruos.

La cojo con cuidado y el metal está frío. Me la quedo mirando con las cejas fruncidas, sin entender nada. ¿Qué coño significa esto? ¿Es un símbolo? ¿Una burla? ¿Una trampa más?
Maden no ha dejado ninguna explicación ni una instrucción. Solo esto. Como si fuera evidente lo que representa y yo tuviera que saberlo por instinto. Pero no sé nada y eso me fastidia, mucho.

La dejo sobre la cama con el pulso alterado y voy hacia el baño. Me ducho rápido, sin pensar demasiado. Intento no recordar su cuerpo, ni sus manos, ni su boca, pero el agua no arrastra nada de eso, al contrario, lo reactiva todo. Cuando salgo, me pongo una camiseta ancha, sin sujetador, y unos pantalones de algodón. El pelo me lo dejo suelto y no me pongo nada de maquillaje. Voy hacia el cajón de la mesita de noche, donde guardo el joyero y lo abro. Ahí sigue la cadena de oro que me regaló. Sin pensar demasiado, engancho la anilla de la llave en la cadena y me la pongo. La cierro tras el cuello y dejo que la llave repose justo entre mis pechos. La noto fría, ajena y nueva, pero no me la quito. No sé por qué, lo único que tengo claro es que… tiene que estar ahí.

Cuando salgo de la habitación, el ático está en calma. Apenas se escucha el zumbido lejano del sistema de ventilación y el repiqueteo suave de la cafetera automática. Camino descalza por el pasillo, sintiendo el suelo bajo los pies como si me sostuviera una casa que ya no sé se ha convertido en mi prisión o en mi refugio. Al llegar a la cocina, Maden está ahí, de espaldas con una camisa blanca

remangada hasta los codos y un pantalón de traje oscuro. Su silueta parece recortada a cuchillo contra el ventanal. Tiene la taza de café en una mano. No se gira ni me dice nada.

Me acerco hasta la encimera, pero no lo saludo, ni le pregunto. Me limito a servirme una taza de café como si fuera cualquier mañana, como si hoy no hubiera amanecido sola después de lo que sucedió anoche entre nosotros.

Le doy un sorbo sin apartar la vista de la taza.

—¿Esto qué es? —le pregunto finalmente alzando la mirada y tomando la llave que cuelga entre mis pechos con una de mis manos.

Él se gira despacio y me mira sin parpadear. No hay en su rostro ni el más mínimo gesto de duda, ni un ápice de incomodidad.

—Abre algo que no volveré a cerrar —me suelta sin más.

Mi garganta se seca y la taza me tiembla un poco entre las manos, pero no la suelto. Nos quedamos en silencio, solo con el sonido del reloj de la pared marcando los segundos que parecen no avanzar de fondo. Me doy la vuelta sin decir nada más y regreso a mi habitación. Me encierro y me miro al espejo mientras acaricio la llave con la punta de mis dedos.

Capítulo 28

Maden

Callahan entra sin llamar, aunque no necesita hacerlo, porque es el único que puede cruzar esa puerta sin perder los dientes por imprudente. En su mano lleva una carpeta gris, gruesa y sin marcas, que deja sobre mi mesa sin decir nada, como si fuera una piedra que arrastrara la corriente de lo inevitable.

—Es peor de lo que imaginábamos —me informa.

Lo miro. No hace falta que me dé más vueltas y abro la carpeta. Dentro de ella encuentro fotografías, informes, documentos con identidades duplicadas, movimientos bancarios encubiertos, correos electrónicos cifrados y un nombre falso que reconozco al instante.

—Alex Greyson. —Al decirlo el nombre me sabe a óxido, por lo que lo escupo, más que lo pronuncio.

Callahan asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Ha estado usando otra identidad para comunicarse con un contacto federal. Por lo visto, no se ha limitado a desaparecer. Está construyendo algo y no lo está haciendo solo.

Paso una de las hojas y encuentro una transcripción parcial de una llamada. En el informe dice que la voz está distorsionada, pero que el contenido es claro.

«El acceso se ha conseguido. La situación es estable».

—¿Esto lo sabe alguien más? —pregunto a Callahan fijando la mirada en sus ojos.

—No, solo tú y ahora yo también.

Cierro la carpeta y me apoyo en el respaldo de la silla. El cuero cruje bajo mi peso aprieto la mandíbula. La rabia no ha estallado todavía, porque no me lo he permitido, pero la noto enroscada en la boca del estómago mientras espera el momento perfecto para escapar y morder.

—¿Giorgia lo ha visto?

—No, no tenemos pruebas de que haya habido contacto recientemente. Pero si él sigue cerca… ella podría ser el puente sin saberlo o sabiendo demasiado.

Sus palabras no me gustan.

—Pon doble vigilancia, pero no le digas nada —le ordeno al—. Aumenta los turnos. Quiero que sus rutas estén cubiertas sin que lo note. Quiero saber todo lo que hace y con quien lo hace.

Callahan asiente.

—¿Quieres que se entere?

—No. Pero quiero saber qué sabe. Y si no lo sabe… quiero saber cuándo deja de no saberlo.

Cuando Callahan se marcha de mi despacho y cierro los ojos. Echo la cabeza hacia atrás sobre el reposacabezas de la silla y noto que la yema de los dedos me late sobre la tapa cerrada de la carpeta. Incorporo la cabeza y doy un puñetazo sobre la mesa. Greyson está más cerca de lo que creía. Demasiado cerca y yo no me he enterado hasta ahora. ¿Cómo es posible?

Cuando salgo de mi despacho, noto que el ático huele a café recién hecho. Supongo que Giorgia debe de estar en su estudio. A veces la escucho arrastrar el caballete sobre la tarima, abrir el grifo del lavabo, cantar bajito o maldecir en voz muy baja cuando algo no le sale como quiere.

No quiero imaginar que esté mintiéndome. Pero tampoco quiero quedarme ciego por si lo hace.

En ese mismo momento, cuando me pondría a dar puñetazos contra la pared, escucho que mi móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo y veo que quién sea que me esté llamando, lo hace desde un número oculto, aunque contesto sin pensármelo.

—Maden Thorne.

Después de un instante de silencio, escucho una voz desde el otro lado, que reconozco de inmediato.

—Felicidades, yerno. La ciudad habla bien de vuestra unión.

La voz de Vittorio Marchese me empapa los oídos como un chorro de veneno caliente. Me apoyo en la mesa mientras con dos dedos me aprieto el puente de la nariz.

—¿Qué quieres?

—Solo celebrar que todo va según lo previsto. El apellido Marchese vuelve a tener el prestigio que merece. Y tú has demostrado ser un hombre… eficiente.

—¿Llamas para ponerte una medalla?

—Llamo para recordarte que no todo lo que brilla es oro. Ni todo lo que late… es leal.

La llamada se corta y me quedo unos segundos con el móvil en la mano, mientras mi reflejo en el cristal del ventanal me devuelve una sombra que no reconozco del todo. Vittorio nunca da puntada sin hilo. Así que, si me ha llamado, es porque sabe algo o porque quiere que yo crea que lo sabe.

Afuera, Manhattan sigue su curso, porque esta ciudad nunca se detiene. Ni cuando sangra.

Giorgia no ha salido de casa hoy. Lo sé porque la cámara del pasillo de servicio no ha detectado ningún movimiento desde anoche. También he comprobado que la cadena con la llave sigue colgada en su cuello cada vez que ha pasado por delante del espejo que hay en el pasillo, donde tengo controlada otra cámara de forma estratégica.

Empiezo a pensar que el enemigo no está fuera. Quizá nunca lo ha estado. Me da miedo hacer esta guerra solo. Pero lo que me da aún más miedo es que ella esté en el otro bando.

Si Giorgia me está mintiendo, si todo esto ha sido una cortina de humo, ha jugado conmigo mientras dormía en mi cama y ha fingido

mientras me miraba a los ojos… no sé si podré destruirla sin romperme también.

—Callahan —gruño desde el interfono de mi escritorio.

—Dime.

—Quiero absolutamente todo lo que tengamos de Alex Greyson. Personal, familiar, bancario… Quiero nombres, fechas, vuelos. También quiero el nombre de la mujer que le vendió la tarjeta de embarque falsa, la matrícula del coche con el que entró en la ciudad y el nombre del policía que no hizo su trabajo cuando debía.

—Lo tendrás.

Cierro el interfono y me quedo en silencio. No puedo confiar en nadie o, al menos, no todavía sin saber quién está sosteniendo el cuchillo que algún día me atravesará el pecho. La diferencia es que yo ya estoy preparado, ¿lo estará ella también?

Capítulo 29

Giorgia

El pincel vibra entre mis dedos como si tuviera vida propia. Cada trazo que doy sobre el lienzo es un latido que me delata. No sé en qué momento he empezado a perder el control, solo sé que frente a mí he dibujado un rostro, que cada vez se parece más a él, y yo no lo he planeado para que sea así, pero la expresión del rostro que he creado sobre el lienzo me resulta tan familiar que me paraliza. Observo y he trazado una mandíbula apretada, una curva tensa en los labios, una sombra bajo los pómulos, que no logro suavizar… Sí, sin duda es Maden.

Me aparto del caballete y me froto los brazos con las manos, como si pudiera borrarme de la piel la inquietud que me deja su mirada pintada. Respiro hondo. No es la primera vez que pinto un cuerpo, pero sí la primera vez que lo hago así, sin protegerme. Hasta ahora todo habían sido siluetas anónimas, figuras abstractas que ardían en colores. Pero esto... esto tiene nombre e historia propios.

Apoyo las manos en la mesa de trabajo y observo a mi alrededor. Todo está en su sitio: los botes de pigmento cerrados, los pinceles ordenados por tamaño, los lienzos en blanco recostados contra la pared. Sin embargo, siento que algo está a punto de romperse o quizá ya lo ha hecho y yo soy la única que no me atrevo a verlo.

Me paso los dedos por el cuello y me doy cuenta de que la cadena y la llave de oro, que me regaló él, siguen colgando, cálidas contra mi pecho. Hace unos días que no pienso en quitarmelas ni tampoco en escapar. Tampoco he pensado en que esta vida compartida con Maden, por imposición de mi padre, tampoco la quería.

¿Cuándo ha dejado de dolerme e importarme esto tanto?

Me da miedo mi respuesta y admitir que no he buscado una vía de huida desde hace más de una semana. Me aterra la posibilidad de estar cediendo, sin darme cuenta, al vértigo de algo que nunca elegí y que, sin embargo, ahora me abraza en silencio cada vez que cierro los ojos.

Maden no ha vuelto a tocarme desde aquella noche, ni ha dicho ni ha exigido nada. Solo ha dejado que el tiempo pase, como si el deseo no hubiese abrasado todo entre nosotros y su cuerpo no hubiera sido el único sitio donde, por una vez, he dejado de sentir frío.

Todo esto me confunde y hace que, por mucho que me esfuerce, no logre reconocerme.

Me siento en un taburete bajo, frente al lienzo que acabo de maldecir y lo observo con rabia. El rostro de Maden me mira con esa mezcla de dureza y algo que no sé qué es, pero que me atraviesa sin pedir permiso. No lo he pintado por de forma consciente, pero ha acabado apareciendo en el lienzo, como si su imagen me hubiese colonizado por dentro y, en lugar de expulsarla, la he inmortalizado en óleo y sombra.

—Maldita sea —murmuro, y lanzo el pincel al cubo de agua sucia.

Me levanto y camino descalza por el estudio y oigo cómo la madera cruje bajo mis pasos. Afuera empieza a caer la noche, pero aún no enciendo las luces. Me gusta este momento intermedio en el que la falta de luz natura hace que todo se difumine y adopte la apariencia de que no es del todo real. Me acerco hasta la venta y apoyo la frente contra el cristal. Desde aquí se ve la ciudad extendiéndose como un animal dormido. Las luces empiezan a encenderse en los rascacielos y un avión deja una estela blanca a lo lejos. Pienso en mi galería, en Naomi y en todo lo que fui antes de

convertirme en una esposa sin papeles y que ya no sabe si odia o desea al hombre que la mira desde un lienzo.

El móvil vibra sobre la mesa de cristal y me sobresalto al oírlo. Cuando me acerco hasta él, veo que es un mensaje de Naomi

Naomi:
Todo bien por aquí.
Cuídate.

Cierro los ojos y respiro hondo con mi teléfono entre las manos. Sé que mi amiga, que me conoce bien, me lo dice con doble sentido: Cuídate de él. Cuídate de ti. Cuídate de olvidar lo que querías antes de esto.

Vuelvo a mirar el cuadro. No puedo seguir negando lo evidente. En los últimos días no he vuelto a pensar en escapar, ni he buscado las formas de romper este pacto. Simplemente me he dejado llevar. He caminado por esta casa como si me perteneciera, como si fuera algo más que una cárcel de oro. Y lo peor es que eso me ha reconfortado.

Cierro los ojos y noto que se me humedecen, pero aún no permito que se me escapen las lágrimas. Maden me prometió que no me tocaría hasta que yo lo deseara y no ha cruzado ese límite ni una sola vez. Pero sé que me observa, aunque no actúa. Y su ausencia de presión e imposición, me está desarmando más que cualquier ataque frontal.

Lo que siento es una grieta que se abre despacio y no me daña de forma violenta, pero duele como una herida vieja que empieza a supurar. Una parte de mí quiere salir corriendo y no mirar atrás. Otra..., en cambio, se pregunta si podría quedarse y redibujar su vida con otros contornos.

Me abrazo a mí misma. Y por primera vez tengo miedo de lo que siento y no de lo que me rodea. Es un miedo real, del que no se nombra, pero lo invade todo.

Camino de nuevo hasta el lienzo y lo giro hacia la pared. No quiero seguir mirándolo, aunque el rostro de Maden sigue dentro de mí.

Me repito que esto no es amor, sino una distorsión, una necesidad creada por el encierro. Aunque no me creo lo que me digo, al menos, no del todo y eso es lo que más me asusta.

El sonido del teléfono rompe el silencio como un disparo. Miro la pantalla y veo que quién me llama lo hace desde un número oculto. No hace falta que lo compruebe dos veces, porque sé quién es. Me quedo inmóvil un segundo, como si eso pudiera evitar lo inevitable. Viendo que el teléfono no deja de sonar, lanzo un hondo suspiro y deslizo el dedo por la pantalla y me acerco el móvil al oído.

—¿Giorgia?

Su voz me llega con un tono más bajo que de costumbre, como si estuviera vigilando que nadie más le oiga, porque el simple hecho de llamarme fuera ya un riesgo que no debería estar corriendo. Pese a eso, reconozco que es Alex en cuanto pronuncia mi nombre, porque su forma de pronunciarlo sigue teniendo el mismo efecto contradictorio de siempre. Me encoge por dentro y me empuja a un lugar, donde ya no quiero estar.

—¿Qué quieres? —le respondo sin adornos y sin esa parte de mí que antes le pertenecía.

—La situación con tu padre se está complicando —empieza, sin pausa—. Han detectado movimientos en la costa este. Hay tensión en las alianzas. No estás segura ahí, Giorgia.

—Estoy bien.

No sé por qué miento con tanta naturalidad o quizá sí lo sé. Porque si no le miento, corro el riesgo de abrir otra grieta. Si le digo la verdad, esa que ni siquiera yo entiendo del todo, se acabará lo poco que me queda de mí.

—¿Te está reteniendo?

—No llames más, Alex —le interrumpo antes de que su voz se vuelva más insistente—. No soy su prisionera ni su víctima y tú no me debes nada. Lo que hubo entre nosotros en el pasado, solo es eso… pasado.

Cuelgo sin dejarle tiempo a que me responda. La pantalla del móvil se apaga y me quedo mirándola como si necesitara confirmar

que he sido yo quien ha tomado esa decisión. Como si con ese gesto acabara de sellar algo. Me tiemblan las manos, el corazón me late en el cuello, en las sienes y en la boca del estómago.

En este mismo momento, siento que el ambiente ha cambiado. No sé explicarlo, pero lo noto. Como cuando te das cuenta de que alguien te observa sin haberlo oído llegar. Giro la cabeza despacio y veo que Maden está apoyado en el marco de la puerta del estudio. No hace ningún movimiento, ni me pregunta nada. Solo me mira.

No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí ni si ha escuchado algo, pero tampoco me lo pregunta. Su forma de estar es distinta. Ahora ya no es una sombra que acecha, ni un guardián que impone. Ahora su forma de actuar es más sutil y devastadora.

Justo en ese momento, da un paso hacia mí y luego otro. Al ver cómo se acerca, siento que me cuesta respirar y sostenerle la mirada, pero, a pesar de eso, no la aparto de sus ojos.

Se detiene a medio metro de mí y me observa, como si buscara algo en mi cara y estuviera tomando una decisión. Luego alza la mano y, con una suavidad que me desmonta, me acaricia la mejilla con la yema de los dedos. Yo me quedo quieta, aunque todo mi cuerpo se tensa como si hubiera cruzado un umbral invisible.

—¿Quieres saber por qué la llave es tuya? —pregunta en voz baja.

Trago saliva y asiento en silencio.

—Porque nunca se la he dado a nadie hasta ahora.

Sus palabras se quedan suspendidas entre nosotros. Son como un hilo que se engancha a la parte de mí que aún resiste en pie. Al escucharle, lo miro a los ojos y me doy cuenta de que todo ha cambiado y que no importa lo que venga después, porque esta confesión, por mínima que sea, ha roto una barrera que me costaba demasiado mantener levantada.

La llave cuelga sobre mi pecho, sí, pero ahora ya sé que no es solo un símbolo, ni una manera de poseerme, ni una trampa. Esa llave es la primera grieta en su armadura y la última excusa para mantener la mía intacta.

Capítulo 30

Maden

El restaurante ocupa todo el último piso de una torre acristalada en el distrito más reservado de Manhattan, donde no existen carteles ni reservas abiertas al público. Solo unos pocos conocen su existencia y aún menos han cenado allí. No hay nombre visible en la entrada, solo un ascensor oculto tras una puerta de roble sin pomo, custodiada por un discreto personal de seguridad, que no necesita pedirte identificación para saber si estás en la lista. Desde la calle, parece un edificio más, pero desde dentro, es otro mundo.

Al llegar, el ascensor se abre directamente a un salón circular de techos altos y ventanales infinitos, que muestran la ciudad como si fuera una maqueta viva bajo nuestros pies. La sala está iluminada por candelabros modernos suspendidos del techo como racimos de cristal fundido y por velas bajas repartidas con precisión sobre las mesas. Cada rincón ha sido pensado para no parecer artificial, sino íntimo. La música flota apenas en el ambiente, como melodías suaves que se escapan de algún rincón invisible. El aire huele a cuero fino, madera antigua y flores blancas recién cortadas.

He reservado el espacio entero solo para nosotros. No quiero compartir esta noche con ningún otro comensal, ni con ninguna otra mirada ajena. Deseo que en todo el restaurante solo haya dos copas vacías esperando a ser llenadas, una mesa vestida de lino marfil junto al ventanal principal y un servicio que no nos interrumpirá salvo que lo llame. No he venido hasta aquí a impresionar a Giorgia, solo deseo detener el tiempo. Porque lo importante no es la exclusividad, sino el refugio, la calma y la sensación de que, aunque todo fuera de estas paredes siga latiendo con violencia y a su ritmo acelerado, aquí dentro nada puede afectarnos.

Cuando Giorgia llega, el ascensor se abre directamente al salón. Lleva un vestido negro sin mangas, ajustado en la cintura y con una abertura que deja entrever el inicio del muslo. No lleva collar, solo la cadena de oro con la llave.

—¿Todo esto para una cena? —pregunta sin fingir sorpresa paseando los ojos a nuestro alrededor.

—No tenía otra excusa para verte fuera del ático —respondo mientras me levanto y le aparto la silla.

No añade nada. Solo se sienta, se cruza de piernas y me mira como si le debiera una explicación que no sé dar.

La mesa está preparada siguiendo un estricto protocolo de etiqueta, pero sin pretensiones. Hay velas encendidas, una botella de tinto respirando en un decantador, dos copas vacías y un bol de cristal con pétalos de rosas rojas flotando sobre el agua.

No he querido que sirvieran nada aún. Deseo disponer de tiempo sin camareros ni platos que nos interrumpan.

Sirvo el vino sin romper la conversación muda que hay entre nosotros. Cuando lleno su copa, Giorgia la toma, lo huele y lo prueba. Asiente, pero no dice si le gusta, aunque no hace falta.

—¿Por qué me tratas como si esto fuera de verdad? —me suelta de pronto y sin pestañear.

El vino se queda en mi garganta al escucharla. Trago como puedo intentando que no note el impacto de su frase en mí, pero no le respondo al instante. No porque no tenga respuesta, sino porque decirla en voz alta sería como rendirme y no estoy seguro de querer rendirme.

—Porque nunca he sabido hacerlo de otra forma —murmuro finalmente—. Nunca he aprendido a fingir.

Ella baja la mirada y observo como juegan con el pie de la copa con los dedos.

—Yo sí. Llevo toda la vida fingiendo —me contesta.

En ese momento, un camarero entra en la sala con la precisión de un bailarín que conoce bien el escenario. Lleva la bandeja apoyada en un solo brazo y se mueve con una elegancia impersonal que sólo tienen los que han aprendido a volverse invisibles. Coloca delante de nosotros dos platos, que parecen pequeñas obras de arte: foie templado sobre una teja crujiente de especias, acompañado de perlas de vinagre oscuro que brillan como joyas diminutas y pan de nueces recién tostado. No dice nada más allá del gesto breve con la cabeza, porque sabe que no debe interrumpir.

Cuando se marcha, el silencio se acomoda entre nosotros como un tercer invitado al que ninguno ha querido invitar, pero que tampoco nos atrevemos a echar.

Giorgia baja la mirada al plato, pero no lo prueba. Juega con el tenedor y parte el pan sin llevarse ni una miga a los labios. La observo desde el otro lado de la mesa. Hace esfuerzos por mantener esa compostura tranquila que ya le conozco, pero el leve temblor en sus dedos la delata. Estoy convencido de que no es miedo lo que siente, sino algo más íntimo y complejo.

Yo tampoco tengo hambre. No por la comida, sino por el nudo que se me ha formado en el estómago desde que entró en la sala. Aparento serenidad. Esa que me ha protegido toda la vida y que aprendí a construir a base de perder, pero hoy no me sirve de escudo. Hoy todo se me mueve por dentro.

Cruzo las piernas bajo la mesa, tomo la copa y bebo un sorbo de vino como si así pudiera calmar la presión que siento en el pecho, pero no funciona. Giro el tenedor sobre el borde del plato, sin tocar nada más. Intento relajarme diciéndome que esto es solo es una cena y que controlo la situación. Pero sé que no es verdad.

Los dos nos mantenemos callados y fingimos normalidad con la misma torpeza con la que se intenta tapar una grieta con los dedos. Pero en medio de esta quietud casi teatral, sé que los dos estamos

esperando que el otro dispare primero. Pero ninguno lo hace. Porque, por primera vez, estamos en un terreno que no sabemos cómo pisar sin romperlo.

—Cuando era niño —me atrevo a decir, sin mirarla del todo— dormía en un colchón viejo detrás de un gimnasio. El dueño me dejaba quedarme si barría el suelo y fregaba las duchas antes de que abriera. Mi madre no estaba prácticamente nunca conmigo y tampoco tenía un padre que me esperara. Solo tenía un saco de boxeo que no se quejaba cuando lo golpeaba con toda la rabia que no sabía cómo sacar de otra forma.

Giorgia levanta la vista al escucharme.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho.

Se queda en silencio esperando a que continúe.

—Después me encontró Mijail. Un ruso que tenía más cicatrices que dientes y que olía siempre a gasolina. Me enseñó a leer, a disparar y a no temblar delante de nadie. Fue el primero que me dijo que no era una basura. El primero que me vio más allá de la ropa sucia y la piel llena de heridas. Cuando yo tenía dieciséis años, lo mataron en una pelea por un ajuste de cuentas. Yo estaba allí y lo vi todo, pero no pude hacer nada. Solo mirar cómo le abrían la garganta con un cuchillo de cocina.

Sigo hablando, aunque no lo hago por ella sino por mí. Porque si no lo suelto hoy, no sé si podré hacerlo en ninguna otra ocasión.

—Desde entonces, nunca más dejé que nadie me importara. Porque todo lo que importa, duele. Y todo lo que duele, te hace vulnerable. Y en mi mundo, ser vulnerable es estar muerto.

Giorgia me escucha sin mover un músculo. Pero sé que algo en ella vibra. Lo veo en cómo aprieta la copa y en cómo respira más despacio de lo habitual.

—¿Y ahora? —pregunta casi en un susurro.

—Ahora no lo sé. Ahora solo sé que cuando te miro… no pienso en ganar, sino en quedarme.

La frase permanece en el aire flotando sobre nuestras cabezas. No me arrepiento de haberla dicho, aunque tampoco la repito.

Giorgia se inclina un poco hacia delante.

—Nunca me han dicho algo así sin querer usarlo después para pedirme algo —me dice en voz baja pero firme.

—Pues no quiero pedirte nada —respondo—. Solo quiero que no vuelvas a sentirte como si no fueras de nadie.

Ella traga saliva al escucharme. Mira el vino y después me mira a mí. No sonríe ni hace nada melodramático. Solo asiente y ese gesto me llega al corazón, pero ya no hay marcha atrás.

Capítulo 31

Giorgia

El automóvil avanza en silencio por las calles húmedas de Manhattan. La ciudad a esta hora parece otro lugar más pausado y menos dispuesto a devorarte viva. El cristal empañado de la ventanilla me devuelve un reflejo difuso de mí misma, con el cabello ligeramente revuelto por el viento de antes y el escote del vestido aún tibio por la mirada que él me ha lanzado justo antes de subirnos al coche.

El chófer conduce con una discreción tan calculada que a veces me incomoda. Maden va a mi lado, con un brazo apoyado en el apoyabrazos central y la mano cerca de la mía, pero sin llegar a rozarla. No hemos dicho nada desde que nos hemos puesto en marcha, pero hay algo en el aire entre nosotros que no estaba antes. Algo que flota entre nosotros, como si llevara esperándonos mucho tiempo.

Siento su mirada recorrerme de perfil, pero no de forma invasiva ni como un hombre que evalúa lo que tiene delante, sino como alguien que por fin se permite mirar sin levantar sus propias defensas. Me obligo a mantener la vista al frente, pero acabo girándola y nuestros ojos se encuentran de forma breve y casi imperceptible, pero el impacto es inmediato. Él no sonríe y yo tampoco. Aun así, algo en su mirada me deja claro que ambos

hemos notado la complicidad que no nace del juego, sino del desarme lento que nos hemos permitido esta noche.

Maden vuelve la vista al frente y se humedece los labios. A mí se me encoge algo por dentro, aunque no me atrevo a nombrarlo y apoyo la cabeza contra el respaldo del asiento y dejo que mis dedos jueguen con la cadena y la llave que cuelga sobre mi clavícula.

Finalmente, el coche se detiene frente al edificio sin que apenas nos demos cuenta del trayecto. Maden le indica algo al chófer con un gesto breve y luego me abre la puerta.

—Gracias —susurro mientras salgo.

El aire nocturno acaricia mis hombros al subir al vestíbulo. No hace frío, pero noto un escalofrío que me recorre la espalda. No de esos que molestan, sino de los que te recuerdan que algo importante acaba de pasar y que aún no sabes en qué dirección se va a mover.

El ascensor nos lleva hasta el ático, y cuando la puerta se abre, todo está en penumbra. La única luz encendida es la que queda encajada en la moldura del suelo. Avanzamos despacio. Él entra detrás de mí y deja su abrigo sobre una de las butacas del salón sin encender ninguna luz.

Estoy a punto de decir algo cuando suena su móvil. Lo mira y contesta en voz baja. Solo escucho su tono grave y contenido. Su expresión cambia ligeramente.

—Callahan —dice—. ¿Qué ha pasado?

Me giro hacia él, sin preguntar. Maden asiente, y luego cuelga.

—Ha habido un apagón en dos de los locales. Puede que sea una simple caída del sistema, pero no me quiero arriesgar.

—¿Aquí también?

—No. El ático está fuera de esa red. Pero tengo que ir a revisar algunas cosas.

Asiento sin intentar detenerle. Algo me dice que es mejor no preguntar demasiado cuando se trata de su mundo.

—Se queda uno de los hombres fuera del apartamento. Si necesitas algo, él está avisado —le escucho y asiento.

Toma la chaqueta sin mirarme. Sin duda, está de nuevo en modo Maden: control, calma y acción. Pero antes de salir se detiene y me

observa domo si no quisiera irse.

—No tardaré —dice al final.

—Lo sé.

Cuando se marcha, me quedo sola en medio del salón, con los zapatos en la mano. Camino descalza hasta el ventanal y observo la ciudad, que parece más apagada que de costumbre. No distingo luces en el puente ni en algunos de los edificios que suelo reconocer al instante. Hay sombras donde antes había farolas y hay silencio donde antes zumbaba el tráfico.

Me abrazo a mí misma y me dejo caer en uno de los sillones. Lanzo un hondo suspiro y tengo la sensación de que algo se está construyendo entre nosotros, algo totalmente nuevo. Aunque sé que también que aún estamos en un punto muy delicado y que cualquier llamada o secreto revelado será suficiente para que vuelva a romperse.

Me levanto del sillón y me acerco hasta la cocina. Allí veo que la copa sigue intacta sobre la encimera, donde Maden la dejó antes de que saliéramos a cenar. Paso la yema del dedo por el borde del cristal sin pensar demasiado en lo que hago. Es una forma de no dejarme arrastrar por lo que hemos vivido hace un rato, porque esta noche ha sido distinta. He visto algo en su mirada, en cómo me ha tocado el brazo antes de salir, que sigue clavado dentro de mí. Pero también hay algo que me inquieta. Algo que me empuja hacia ese rincón del ático donde nunca he entrado. Donde él guarda lo que no muestra. Me muerdo el labio, cruzo el pasillo y avanzo hacia su despacho. El ala más oculta de la casa.

Al llegar veo sorprendida que la puerta está entornada, cuando normalmente está cerrada a cal y canto. Siempre he creído que debe haber una cámara justo encima del marco o un sistema de alarma o, incluso, un escáner de huella como hay para acceder a todos sus negocios. Sin embargo, esta noche está abierta, como si él mismo se hubiera olvidado de proteger lo que hay dentro o como si, de alguna manera, lo hubiera dejado así para mí.

No me lo pienso dos veces y me adentro en la estancia con el corazón acelerado. No enciendo la luz, solo dejo que mis ojos se acostumbren a la penumbra azulada que emiten los monitores en reposo. El ambiente huele a cuero y a metal. Hay una precisión quirúrgica en cada objeto de la habitación, todo está alineado y tiene una función.

Camino despacio por el espacio, observando el mobiliario como si fuera la primera vez que veo realmente el mundo al que Maden pertenece. Una estantería al fondo llama mi atención. No por lo que tiene, sino por lo que parece haber dejado de tener. Uno de los volúmenes de archivos está fuera de lugar apenas un milímetro, pero suficientemente perceptible para alguien como él.

Me acerco y coloco los dedos en el canto del libro. Al moverlo, escucho un chasquido seco. Una parte del panel retrocede y deja ver algo más. Una abertura. Abro mucho los ojos al ver que hay una caja fuerte empotrada. Pero lo más increíble es que no está cerrada del todo, por lo que parece la palanca de seguridad no ha girado por completo. Me detengo y me acerco hasta ella y la abro. Dentro encuentro documentos apilados con precisión. Sobres y carpetas etiquetadas con iniciales y fechas. No sé por qué, pero mi vista se detiene en una carpeta de color gris pálido, más gastada que las demás. Al sacarla, un papel se cae de su interior al suelo. Me agacho y lo recojo con manos temblorosas.

«GIORGIA MARCHESE»

Veo mi nombre escrito en mayúsculas en el pliego de papeles. Lo abro y lo leo y, ese instante, siento que me vacío por dentro. El documento es un contrato de compraventa fechado meses antes de nuestra boda. Firmado por Vittorio Marchese, y por Maden Thorne. En el texto aparece la cantidad exacto del precio que me puso mi padre, las condiciones legales y las cláusulas blindadas.

«La parte compradora asumirá la total responsabilidad sobre la figura femenina designada como ‘G.M.’».

No puedo seguir leyendo, porque me falta el aire y el papel me tiembla entre los dedos como si ardiera.

Salgo del despacho tan rápido cómo me permiten mis piernas temblorosas y llego al baño. Me doblo sobre el lavabo y vomito, pero

no tengo nada en el estómago y siento que se me está desgarrando algo por dentro. Lloro entre arcadas con la sensación de que todo lo que habíamos empezado a construir esta noche fuera un decorado podrido por detrás. Una ilusión.

Cuando acabo, regreso al despacho tambaleándome. Me dejo caer de rodillas junto a la estantería y vuelvo a coger el contrato entre mis manos. Entonces veo una nota doblada dentro de la caja fuerte, justo donde estaba la carpeta. Es de otro papel más fino y con otra textura. Reconozco la letra de Maden incluso antes de abrirlo.

La sostengo un instante. La podría leer y saberlo todo, pero no la abro ahora. La meto en el bolsillo junto al contrato, porque si dice la verdad… ya no podré odiarlo.

Recojo los papeles y los doblo mal. Me miro en el espejo del despacho antes de salir y veo que estoy pálida, el rímel corrido y no queda ni rastro de mi pintalabios, pero me da igual. Ahora tengo muy claro que lo que Maden me ha demostrado durante este tiempo no ha sido ni deseo, ni amor, solo he sido para él algo más que podía pagar y, por tanto, comprar.

Vuelvo al salón y me dejo caer en el sofá invadida por la rabia, la humillación y la pregunta que me quema sin darme tregua: ¿Quién soy para él, si no soy ni siquiera mía?

Y lo más peligroso de todo es que quiero huir. Otra vez, pero esta vez no quiero escapar de él, sino de mí misma por haber creído durante un segundo en nosotros.

Capítulo 32

Maden

Todavía la oigo, aunque ya no esté. Aunque saliera del coche con ese «gracias» que no parecía una despedida, sino una forma de dejar algo suspendido en el aire, como si no quisiera cerrar del todo lo que acabábamos de compartir. Su voz se me ha quedado grabada, no tanto por el tono, que fue bajo y sereno, sino por lo que no dijo, por lo que dejó caer entre líneas, con ese eco que tenía más significado que muchas conversaciones enteras.

Recuerdo su mirada en el ascensor, fija en la mía, sin intentar esquivarla y sin esperar nada, pero diciendo más que cualquier palabra. Fue uno de esos silencios que simplemente se instalan y lo llenan todo. Entre nosotros no hubo caricias, ni promesas, ni frases hechas, solo esa pausa cargada de algo que ninguno se atrevió a romper, como si por fin hubiéramos coincidido en un mismo lugar sin necesidad de construirlo con palabras.

Desde entonces, está presente en cada rincón del ático. En cómo huele el pasillo cuando paso cerca del estudio, en la forma en que la manta sigue doblada sobre el sofá, en el leve ruido de sus pasos siguen resonando como si su ausencia pesara más que su presencia. Y lo peor de todo es que esa forma que tiene de callar no me deja en paz, porque no es un silencio que se desvanezca, es un silencio

que se queda, que te invade y te exige respuestas, que aún no sabes si puedes dar.

La cena en el piso treinta y ocho fue distinta. No por el vino, ni por las velas, ni por el lugar sino por ella. Por cómo me escuchó hablar de Mijail, del gimnasio sucio donde dormía de niño y de los días que para mí no tuvieron padre, ni madre, ni nombre. Por cómo apretó la copa entre los dedos cuando le dije que ya no pensaba en ganar, sino en quedarme.

No fue ternura lo que sentí, sino esa sensación de saber que alguien está delante de ti sin juzgarte, sin intentar encajarte en ningún molde ni disfrazar lo que ve. Ella estuvo allí, sin esconderse detrás de máscaras ni escudos, sin esa distancia que suele marcar su apellido, como si, por un momento, no necesitara protegerse de nada.

Desde esa noche, hay algo dentro de mí que no consigo controlar. Una especie de calma que da vértigo. Un lugar al que no me atrevo a ponerle nombre, porque si lo hago, tendré que aceptar lo que realmente significa, aunque lo que tengo claro es que no quiero perderlo. Por eso me obligo a mantener la rutina. Las llamadas, el entrenamiento, las reuniones, los informes de seguridad, los movimientos bancarios... Todo sigue girando como siempre, como si al no apartar la vista pudiera evitar que algo se descontrole. Como si tuviera que estar en todo para no perder nada. Pero ella ya no está igual. No es que haya cambiado algo concreto. No hay reproches, ni portazos, ni preguntas incómodas. Es otra cosa. Una distancia que no se ve, pero se siente. Una especie de vacío que no hace ruido, pero que pesa. Como si ahora hubiera algo invisible marcando un límite entre ella y yo, que antes no existía.

Le he preparado una cena improvisada en casa. He llamado a uno de los chefs del Velvet y le he pedido que se encargue de todo. No quiero que falte detalle. Ni música ni luz ni orden. Quiero que todo sea cómodo e íntimo. Como si aquella noche en el restaurante no hubiese sido un paréntesis, sino el principio de algo que podemos continuar.

Pero cuando se lo menciono, solo me dice:

—Estoy cansada, Maden. ¿Te importa si ceno en la habitación?

No insiste ni se excusa. Solo me mira como si no tuviera fuerzas y se va.

Me quedo con las copas servidas, el vino abierto, la mesa puesta para nadie y con una certeza que me muerde por dentro: algo se ha roto y no sé dónde empezó la grieta.

Pienso en hablar con ella y preguntarle qué ha cambiado. Pero no lo hago, porque nunca he sabido cuidar lo que no he podido dominar. Y esta vez... quizá no tenga tiempo de aprender.

No pego ojo en toda la noche. Doy vueltas en la cama como si el colchón estuviera hecho de piedras. Me levanto tres veces, quizá cuatro, aunque no miro el reloj. Recorro el ático sin rumbo, en silencio, como si esperase encontrar algo fuera de lugar que me diera una pista, una excusa o cualquier señal que me ayudase a entender qué coño está pasando. Paso por delante del despacho y, sin pensarlo demasiado, abro la puerta. Todo parece estar como siempre o eso es lo que quiero creer.

A primera hora de la mañana, el teléfono vibra sobre la encimera con la insistencia de quien no trae buenas noticias. Es Callahan. Descuelgo sin decir nada.

—He revisado el despacho, como me pediste —empieza, directo, sin rodeos ni anestesia—. Hay algo que deberías saber. La caja fuerte ha sido manipulada.

Una corriente helada me sube por la espalda y me quedo mudo, con la mirada fija en el ventanal, aunque ya no veo la ciudad.

—¿Cuándo? —pregunto sin apenas reconocer mi propia voz.

—Hace menos de cuarenta y ocho horas. Justo después de la noche del apagón.

El corazón me golpea en el pecho como si intentara salirse de él. Me paso la mano por la mandíbula y noto los músculos tensos y la rabia empezando a arder muy por debajo de la piel.

—¿Qué tocaron?

—Una carpeta. La gris. La que lleva tu firma y la de Vittorio.

El suelo se me hunde bajo los pies. El contrato. Lo ha visto, estoy seguro de que Giorgia lo ha visto. Cuelgo sin responder a Callahan y

me quedo allí, de pie, frente al escritorio, con la mandíbula apretada y la cabeza vacía. Apoyo las dos manos sobre la madera, como si necesitara aferrarme a algo para no caerme y me quedo así, sin moverme y sin respirar del todo.

Mi vida entera está diseñada para anticiparse al golpe y actuar antes de que estalle. Para leer los movimientos en la sombra, las grietas invisibles y las traiciones que se insinúan antes de pronunciarse. Ese ha sido siempre mi terreno: el control, la previsión y el cálculo. Pero esta vez no ha sido así, porque no he visto nada venir, porque he bajado la guardia y me he permitido sentir, solo es. Y mientras yo creía que estábamos construyendo algo, Giorgia descubría que todo estaba escrito desde antes de empezar. Firmado, sellado y pactado con dinero.

Me arde el pecho, pero no de rabia sino de miedo. Es esa sensación de que algo se ha roto de forma definitiva y que no tengo ni idea de cómo arreglarlo, porque no sé por dónde empezar, ni siquiera cómo explicarlo. Porque ni yo mismo sé cómo justificar lo que hice.

Y lo peor de todo es que, por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que el poder, el control, el dinero… no sirven de una mierda si la persona que quieres no se queda cuando apagas la luz.

Capítulo 33

Giorgia

No hace frío, pero tengo la piel erizada desde que he cruzado el umbral del ático. Cada paso que doy por este lugar me parece más ajeno y hostil. El suelo parece susurrarme que me detenga y no cruce esa línea invisible que separa la obediencia de la traición. Pero ya no soy obediente, ni siquiera sé si continúo siendo la Giorgia de hace un tiempo.

Cruzo el salón del ático sin encender las luces. El mármol del pasillo brilla con la poca claridad que se filtra desde la calle. Sé que las cámaras siguen mis movimientos y que Maden podría estar viéndome, pero esta vez no me importa. Si me observa… que lo haga. Que vea cómo se rompe algo que nunca ha querido cuidar de verdad.

En la entrada hay un par de hombres de seguridad, pero no me detienen. Me he aprendido sus rutinas y sé cuándo salen a fumar, cuándo cambian de turno y cuándo el ascensor tarda más de lo normal.

Salgo por el acceso privado sin que me pregunten nada. Me he vuelto buena en fingir que todo está en orden. Nadie sospecha de una mujer que camina despacio, con la barbilla alta y los labios rojos.

Nueva York me recibe con ese ruido sordo que nunca desaparece del todo. El aire huele a metal, a asfalto caliente, a perfume caro y a soledad. Cruzo la calle sin mirar atrás. El taxi que tomo me deja a tres manzanas de la galería, porque no quiero que nadie vea el destino exacto hacia el que me dirijo. Camino por el Soho como si fuera una sombra entre escaparates apagados y puertas cerradas. Cuando llego frente a mi galería, ahora ya cerrada al público, saco la llave, que siempre he guardado, la giro y la cerradura cede con un clic discreto, casi tímido. Enciendo solo la luz del fondo, la más tenue, esa que apenas ilumina los cuadros tapados con sábanas y entro. Miro a mi alrededor y observo la galería, que después de tanto tiempo parece dormida. Camino entre las obras cubiertas y paso la punta de los dedos por una escultura que fue de mis favoritas. Ya no siento nada. Todo lo que he hecho aquí durante tanto tiempo ahora me parece ajeno, como si fuera otra Giorgia la que hubiera levantado todo esto.

La trastienda está igual que la última vez. Encuentro un cuaderno abierto con una de sus hojas a medio escribir, una botella de ginebra que Naomi y yo nunca terminamos y la caja de madera, que esconde el último resquicio de libertad que me dejé antes de rendirme. Abro uno de sus compartimentos y encuentro mi viejo móvil con tarjeta de prepago. Marco el número de teléfono que me sé de memoria, el mismo que me prometió que estaría si algún día decidía huir y el único que me dijo, cuando todo empezaba, que yo merecía volar.

Enciendo el teléfono y enseguida veo cómo la pantalla parpadea. Tarda unos segundos, que se me hacen eternos, en encenderse. Me siento en el suelo, junto al archivador de metal, con las piernas encogidas y el corazón latiéndome en los oídos. Marco el número y acto seguido escucho los tonos de llamada. Una vez, dos, tres y entonces su voz que me responde desde el otro lado:

—Dime —responde con seguridad, lo único que necesito ahora.

—Sácame de aquí.

Silencio. La respiración al otro lado cambia. No pregunta por qué, ni exige explicaciones ni me reprocha nada. Solo se escucha el clic

de una mente activándose, el sonido exacto de quien ha esperado esta llamada durante demasiado tiempo.

—Mañana a las nueve de la noche debes estar en la entrada este de la estación de tren de Hoboken. Lleva solo lo necesario y camina sin mirar atrás.

—¿Y después?

—Después… no habrá después. Solo otro nombre y otra vida. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Entonces no hagas más preguntas.

La llamada se acaba y yo me quedo el móvil apagado entre las manos. No hay emoción, ni lágrimas en mis ojos. Solo un agujero enorme que me atraviesa el pecho y no deja pasar ni el aire.

No sé cuánto tiempo pasa. Quizá minutos o, tal vez, una hora. Finalmente, me levanto del suelo y me acerco hasta una de las paredes laterales y descubro uno de los lienzos cubiertos. El primero que pinté después de la boda. El de la mujer envuelta en llamas, sin rostro. El que hablaba de mí antes de que todo se desmoronara.

Arranco el lienzo de la estructura sin temblar. Lo doblo en cuatro. Lo dejo en el suelo. Abro uno de los cajones de una mesa, donde aún quedan algunos mecheros. Cojo uno, me arrodillo ante el cuadro y acerco la llama. No tiemblo ni siquiera una vez.

La tela cruje al arder. El fuego se extiende despacio, como si necesitara saborear cada trazo antes de devorarlo. El olor a aceite quemado, a tela y a todo lo que fui, me revuelve el estómago, pero no aparto la vista. Me quedo hasta que todo se ha convertido en una mancha negra y ceniza suelta. No me muevo hasta que todo se consume y hasta que no queda más que ceniza sobre la tarima. Hasta que no queda rastro de la mujer que pensó que podía resistirse a sentir. Hasta que solo soy humo.

Recojo la llave que cuelga de la cadena que llevo al cuello y la aprieto en la mano y noto que quema. Me la quito del cuello y camino hasta la puerta con ella en la palma. Dudo y vuelvo a mirarla. Recuerdo la voz de Maden y su forma de mirarme cuando pensaba que no sabía nada. Su forma de tocarme como si pudiera con todo y su forma de mentirme con los ojos.

Guardo la cadena y la llave en el bolsillo de mi chaqueta.

Todavía no sé si todo fue mentira. Pero lo que sentí… sí fue real y eso es lo que más me jode.

El ascensor me devuelve al ático como si fuera una pasajera cualquiera, como si no llevara en el pecho un agujero que amenaza con tragarlo todo. Camino por el pasillo sin mirar las paredes y sin detenerme en el reflejo de los espejos que ya no me dicen nada. Todo sigue igual, pero yo ya no soy la misma.

Al llegar al estudio, dejo las llaves sobre la mesa, junto al teléfono apagado. El espacio está en silencio, iluminado por una lámpara encendida que alguien ha dejado junto a la estantería. Tal vez Maden o tal vez nadie, porque quizá fui yo quien olvidó apagarla. Me acerco al caballete vacío que hay junto a la cristalera. El lienzo en blanco sigue allí, igual que el primer día. Durante unos segundos no hago nada. Me quedo frente a él. Me duelen las yemas de los dedos, como si recordaran todo lo que no me atreví a pintar. Me siento en el taburete de madera y abro el cuaderno de bocetos. Paso páginas hasta encontrar la figura inacabada de un cuerpo en fuga. La empecé una madrugada, hace semanas. No tiene cara, ni manos, solo piernas en movimiento y una sombra que la sigue.

Arranco la hoja con cuidado. Me levanto y la sujeto con una chincheta al centro del lienzo desnudo. La observo desde lejos. La figura está a punto de irse, pero aún no ha cruzado la línea del borde. Está suspendida en ese instante de duda, igual que yo.

Cojo un pincel. El más fino que tengo. No abro ningún bote de pintura, porque solo mojo la punta en agua y dibujo trazos invisibles sobre el lienzo blanco. Una línea que empieza en los pies y sale del marco. Una ruta, una salida o una mentira convertida en camino.

—Creí que podía elegir y que sentir era resistirme, pero todo era parte del mismo maldito contrato.

Mi voz suena más fuerte de lo que esperaba, como si fuera otra la que habla. Tal vez la misma que empieza a romperse por dentro.

Me pongo en pie y voy hacia mi dormitorio. Abro el armario y escojo ropa cómoda. No me llevo mucho, no lo necesito. Una

camiseta ancha, unos vaqueros, algo de ropa interior, el cuaderno de dibujo, la navajita que me regaló Davide y que escondí entre la ropa hace semanas y nada más.

Sobre la cómoda, hay un espejo en el que me miro. El reflejo dorado de la cadena destaca en mi cuello. Cojo la llave y la observo. En un arrebato me la quito y la dejo sobre la cómoda y regreso junto a la cama para acabar de preparar la bolsa. Pero de repente me giro de nuevo hacia la cómoda, camino hasta ella y vuelvo a coger la cadena y la llave en mi mano. La meto en la bolsa junto a mi ropa, pero la vuelvo a sacar. La dejo sobre la cama, la vuelvo a coger de nuevo. Me siento sobre el colchón y la aprieto con los dedos hasta que el metal se me clava en la piel y me duele. Me levanto de nuevo y me la cuelgo al cuello, como antes. Cierro los ojos y tomo aire profundamente por la nariz.

—Aún no sé si fue una mentira. Pero lo que sentí... sí fue real —musito.

Miro a mi alrededor sabiendo que este sitio, que antes me ahogaba, ya no tiene poder sobre mí. Ha dejado de ser una cárcel en el momento exacto en el que he comprendido que puedo marcharme sin pedir permiso. Nada de lo que hay aquí consigue retenerme. Ni el mármol pulido del suelo, ni las paredes en las que creí que podría construir algo parecido a un refugio. Todo eso ya no me pertenece. Ni siquiera el dolor que me ha mantenido anclada.

Agarro la bolsa con decisión y me la echo al hombro. Me aparto el pelo de la cara y me lo ato en una coleta alta, como si necesitara despejarme también por dentro.

No dejo ninguna nota. ¿Para qué? No existe frase, ni disculpa, ni despedida capaz de explicar lo que ya ha ardido en mi estudio del Soho hace un rato. Lo que se quemó no fue solo un cuadro, sino lo último que me quedaba de él… y de mí con él.

Salgo de la habitación sin volver la vista atrás. No necesito comprobar si me estoy dejando algo. Lo único que podría dolerme ya lo he roto yo misma y lo que aún me importa… no está entre estas paredes.

Capítulo 34

Maden

La noche ha caído sobre la ciudad sin estruendo, como una amenaza silenciosa que no avisa de tormenta, pero se cuela en los huesos igual que el hielo. Es esa clase de oscuridad que no asusta, pero pesa. Una que no grita, pero aprieta. Afuera, Nueva York exhala su aliento entre rascacielos que cortan el cielo como cuchillas. Todo sigue funcionando, todo late, todo vibra… como si la ciudad no tuviera ni la más remota idea de que hay algo que acaba de resquebrajarse. Como si no sintiera la grieta que se está abriendo justo ahora, aquí, bajo este techo.

Estoy en mi despacho. No he encendido ninguna luz, porque no me hace falta. El único resplandor que hay es el que emiten las pantallas del panel de vigilancia, ese parpadeo azul que rebota contra las paredes como si intentara recordarme que sigo despierto. Frente a mí, las imágenes se alternan en silencio desde cinco ángulos distintos. Cinco ojos clavados en cada rincón del ático. Todos activos y precisos. Todo en orden.

El control es absoluto. Las cámaras cubren cada salida, acceso y pasillo. No hay ninguna alerta activa ni ninguna señal, que indique movimiento sospechoso. Ninguna interrupción externa que amenace el perímetro. Ni un solo fallo.

Y, sin embargo, sé que está a punto de suceder algo. Lo noto en el aire. En la rigidez de mis hombros y en la tensión que se me ha instalado en la base del cuello desde hace más de una hora. Me siento como una bomba con el temporizador en marcha. Contando los segundos para algo que no quiero ver… pero que no puedo dejar de mirar.

El despacho está en silencio. No hay voces, ni pasos, ni teléfonos. Solo el zumbido de las máquinas. Solo la imagen del ático desplegada ante mí, como si el mundo entero pudiera reducirse a este puñado de cámaras y a lo que Giorgia decida hacer dentro de ese marco.

La espero, porque, aunque no haya dicho que se va, ni me haya dado ninguna pista, sé que esta noche se marchará, porque cuando alguien empieza a irse, el cuerpo lo delata antes que las palabras. Y el suyo lleva días caminando hacia la salida sin moverse del sitio.

Entonces sin avisar, Giorgia aparece en el monitor cuatro. Lleva una maleta en la mano y va vestida con ropa oscura y sencilla. Casi anónima. Pero no para mí, porque yo la reconozco en cada movimiento, en la forma que tiene de caminar sin hacer ruido, como si no quisiera despertar nada a su paso. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, de esas que se hace cuando quiere sujetarse también por dentro y necesita que no se le note la tristeza. A los demás puede engañarlos, pero a mí no.

No corre, ni tropieza, ni se gira. Camina recto hacia el ascensor, parece que tuviera mdido con precisión cada paso y estuviera yendo de un lugar al que, en el fondo, aún guarda la absurda esperanza de volver. Pero yo sé que no va a volver, porque no lleva rabia en la cara, ni miedo. Lleva esa calma que solo tienen los que ya han decidido romperse del todo.

No digo nada. Ni siquiera mi muevo ni cambio el gesto. Simplemente me quedo aquí, atrapado en la silla, observando la pantalla como si de verdad hubiera una parte de mí que creyera que mirar es suficiente para retenerla.

El ascensor se abre, ella entra y pulsa el botón. No mira hacia la cámara ni una sola vez. Pero lo sé. Sé que lo sabe, siempre lo sabe.

Siempre ha sabido cuándo la estoy mirando. Cuando estoy ahí, al otro lado del cristal.

Paso al monitor interior, el que graba dentro del ascensor. La imagen es nítida, fría y demasiado limpia para lo que está a punto de suceder. Giorgia está de pie en el centro con el bolso colgado del hombro y la maleta apoyada a un lado. No tiembla. No se le humedecen los ojos. No aprieta los labios. No parece que esté huyendo. Solo parece… que ya no le queda nada que perder.

Pero entonces, justo cuando las puertas empiezan a cerrarse, lo hace. Gira la cabeza y mira solo un segundo. Y aunque no haya contacto directo y no podamos vernos de verdad… siento que me ha visto. Porque esa mirada es para mí, solo para mí, como una última pregunta sin palabras que ni siquiera sé si quiero responder.

Después, se lleva la mano al pecho y toca la puta llave de oro, la que yo mismo hice que la colgase de esa cadena como si con eso fuera suficiente. Como si un objeto, por muy simbólico que fuera, pudiera protegerla de todo lo que nunca he sabido decir. Esa llave era lo único verdadero que he puesto en sus manos. No le di esa llave con palabras bonitas ni con excusas. Ni tampoco iba envuelta en promesas. Solo era una parte de mí, que nunca supe dónde encajar. Algo que me pesaba por dentro y que, aun así, le ofrecí y ella la aceptó sin pedirme explicaciones. Se la colgó al cuello sin decir nada. Como quien no necesita comprenderlo todo para saber que significa algo.

También observo que levanta la barbilla y respira hondo. Entonces, como si lo tuviera todo calculado, alza la vista hacia arriba. Mira a la cámara, a mí y no a la lente. A mí. A quien está al otro lado y sabe que está viéndola. A quien ha estado espiándola todos estos días creyendo que podía controlarla sin romperse.

Esa imagen me atraviesa. La garganta se me cierra como si me hubieran metido un puño por dentro. Noto cómo los dedos se me crispan sobre el brazo del sillón y aprietan con tanta rabia que oigo la madera crujir bajo la piel.

En ese momento, Callahan entra sin avisar, como siempre. Pero esta vez no me giro, ni le digo nada, porque no lo necesito. Él también sabe lo que está ocurriendo. Lo ha sabido desde antes

incluso que yo. Está ahí, de pie, en la sombra, como una extensión muda de la realidad que se me escapa entre los dedos.

—¿Vas a detenerla?

Su voz suena comedida y precisa. Justo al borde de no querer molestar. Pero lo conozco y sabe lo que estoy dejando ir.

No le respondo. No hago ni el más mínimo movimiento. Me quedo quieto como una estatua hecha de rabia contenida.

La imagen cambia. Ahora la veo cruzar el vestíbulo. No hay nadie que la mire, ni nadie que le pregunte a dónde va. No hay una sola mano que intente frenarla. Solo sus pasos, firmes, precisos, y la noche al otro lado del cristal esperándola. Cuando llega a la acera se detiene y vuelve a mirar. Pero no mira al edificio, ni a su espalda, ni la cámara, me mira a mí. Como si creyera que un gesto, uno solo, bastara para deshacerlo todo y desandar el camino. Para que bajara hasta la calle, la alcanzara y le dijera lo que ella lleva tiempo esperando oír. Algo que no he sabido darle y que tampoco sé si sabría darle ahora.

—Solo un gesto —susurro con la voz rota—. Solo uno… y habría bajado corriendo.

Pero no lo hago. Me quedo clavado. Atrapado en esta especie de inmovilidad cobarde disfrazada de autocontrol. Dejándola marchar mientras finjo que tengo un motivo para hacerlo.

El taxi se detiene justo frente a ella. El maletero se abre solo y el conductor no sale. Giorgia mete la maleta con cuidado, como si incluso su despedida tuviera que ser silenciosa y cierra el maletero con delicadeza. Luego abre la puerta trasera y se mete dentro sin dudar ni mirar atrás. El coche arranca y se pierde por la calle como si nunca hubiera estado aquí. Yo sigo mirando la pantalla, aunque ya no haya nada. Aunque solo quede el vacío.

Me quedo sentado, rodeado por ese zumbido sordo y constante que hacen los monitores, como si quisieran recordarme que lo he visto todo, que lo he dejado pasar todo y que he elegido quedarme quieto.

Ella se ha ido creyendo que fue comprada. Y yo… yo la he dejado marchar porque si la detenía, si cruzaba esa línea, si intentaba

frenarla, habría perdido lo único que me quedaba: la mínima posibilidad de que me eligiera. Sin condiciones, sin miedo ni deudas.

Nos hemos querido con rabia. Con orgullo. Desde la trinchera. Sin soltar las armas.

Nos hemos tocado sin quitarnos la piel. Siempre esperando el golpe siguiente. Siempre listos para el derrumbe, pero nunca para el amor.

Y ahora todo está roto.

Me paso la mano por la cara y noto el sudor frío en mi frente. Me levanto con lentitud, como si todo me pesara demasiado.

—Me juré no enamorarme —murmuro hacia la nada—. Pero el amor… el amor es la peor condena de todas.

Pero esta vez no hay contrato, ni trato, ni amenaza que lo salve. Esta vez… la he perdido de verdad.

Capítulo 35

Giorgia

El taxi avanza como si no tuviera prisa. No me atrevo a mirar por la ventanilla y mantengo la mirada fija en el respaldo del asiento delantero y las manos apoyadas sobre las piernas, cerradas con fuerza. El conductor no dice nada, ni me pregunta nada y yo se lo agradezco, porque en este momento lo último que necesito es hablar.

He dejado atrás el ático, su voz y su manera de no detenerme. Todo sigue adherido a mi piel como una quemadura invisible que me va calando desde dentro. Pero sigo aquí en movimiento, como si correr lejos pudiera borrar lo que éramos.

El coche se detiene en una esquina tranquila de Brooklyn. Desde dentro del taxi veo que Alex está apoyado en la parte trasera de un vehículo negro con los cristales tintados, aspecto discreto y amenazador al mismo tiempo. Lleva puesta una cazadora oscura. El mismo gesto en la boca de siempre, ese con el que parece que esté a punto de pedir perdón por algo que nunca ha confesado.

Me bajo del taxi y saco mi equipaje del maletero. Alex se acerca hasta mí, aunque no nos decimos ni una palabra y ni siquiera nos miramos.

—Estás aquí.

No sé si es una afirmación o un reproche. En sus labios todo suena como una prueba. Asiento y me abre la puerta trasera del

negro. Dentro huele a cuero y a tabaco apagado. Las ventanas oscurecidas me devuelven el reflejo de una mujer que no termino de reconocer, por lo que aparto la mirada al instante.

Nadie habla durante el trayecto. Alex mira el móvil con gesto serio y yo mantengo la cabeza girada hacia el cristal. Brooklyn se extiende como una herida mal cerrada al otro lado del vidrio oscuro con fachadas olvidadas, ruidos lejanos y alguna sirena de fondo.

Poco después, el coche se detiene frente a un edificio de tres plantas de ladrillo gris, uno de esos que no llaman la atención. Tiene la persiana trasera a medio bajar en la planta baja. Bajamos del coche y entramos por un pasillo estrecho que huele a humedad y a lejía. Subimos una escalera sin cruzarnos con nadie y Alex abre la puerta del segundo piso y me deja pasar primero.

El apartamento en el que entramos es pequeño, pero está limpio. Tiene el aire aséptico de los lugares que se usan pero que no pertenecen a nadie. Hay un sofá de color rojo y de piel sintética, una mesa de comedor sin sillas, una encimera con una cafetera industrial y una pila vacía. Hay persianas metálicas en todas las ventanas y un silencio que lo invade todo.

Entonces de repente y sin esperarla aparece ella.

—Esta es Nina —dice Alex, sin mirarme.

La mujer de baja estatura tiene el pelo recogido en una trenza que le cae por un hombro. Lleva unos vaqueros oscuros, botas militares y una camiseta negra sin logos.

—Encantada, supongo —me dice Nina—. Tienes veinticuatro horas para desaparecer del todo. Así que quítate los pendientes, dame tu bolso, tu móvil y si llevas encima algo que te vincule a quien has sido hasta hoy, déjalo sobre la mesa.

No lo dudo y le obedezco. Me quito los pendientes y los dejo sobre la mesa. Saco el móvil y lo apago, y vacío el bolso. En el cuello me dejo el collar con la llave. La miro un segundo. Nina también la ve, pero no dice nada.

Alex me interrumpe.

—A partir de ahora, eres Sophia Morandi. Nacida en Florencia. Ciudadanía italiana. Profesora de dibujo *freelance*. Sin antecedentes ni familia cercana. Mañana vendrá alguien a tomarte las huellas. En

setenta y dos horas tendrás un nuevo pasaporte. Hasta entonces, no puedes salir de aquí.

Asiento de nuevo. No sé si por obediencia o por agotamiento. Nina me observa sin moverse.

—Bienvenida al limbo, Sophia —dice al fin.

Siento que estoy flotando. Que he llegado a este lugar sin nombre entre lo que fui y lo que seré. Pero no me reconozco, todavía no, aunque ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Nina deja el bote de tinte sobre la encimera con un gesto seco, sin decir ni una palabra. El envase es opaco, sin etiqueta, como si lo que contuviera no necesitara explicación. A su lado, un par de guantes de látex, uno de ellos con el dedo índice rajado, como si ya hubiera pasado por demasiadas manos. Y justo al lado, unas tijeras de acero mate que no parecen de peluquería, sino de las que se usarían en un quirófano clandestino o para cortar algo más que pelo. Todo tiene un aire urgente e improvisado, como si lo que fuera a ocurrir aquí no fuera un simple cambio de imagen, sino una amputación. Un corte limpio con todo lo que he sido.

—Seré rápida. Pero no voy a ser delicada —me advierte.

Asiento sin hablar y me acomodo en una silla metálica colocada frente al fregadero de la cocina. El respaldo está frío. El asiento, inestable. Frente a mí, colgado con cinta americana, hay un espejo diminuto con el marco oxidado y el cristal deformado por el tiempo. Refleja lo suficiente para no poder engañarme.

Nina me cubre los hombros con una toalla áspera que huele a lejía. Sus manos, rápidas y mecánicas, se enfundan en unos guantes de látex. No me mira ni me pregunta si estoy lista. Solo empieza.

El primer mechón cae sin avisarme. Y después, el siguiente. Mi pelo se desploma sobre el suelo en silencio, mechón a mechón, como si fueran restos de otra vida. Como hojas secas arrancadas a la fuerza de una rama que ya no da sombra. Siento cómo cada tijeretazo corta más que cabello. Lo siento como algo físico, como si se me arrancara la piel con cada corte de la vieja tijera.

Intento no moverme. Mantengo la espalda recta y la mirada fija en un punto del azulejo desconchado que tengo frente a mí. Escucho el chasquido seco de las tijeras. Uno. Otro. Otro más. Aprieto los dientes, pero no me permito hacer ni el más mínimo gesto.

Cuando termina de cortar, coge el bote del tinte sin perder tiempo. Rompe el precinto con los dientes y el líquido negro cae sobre el cuenco con una densidad que me da vértigo. Parece alquitrán o algo que no debería tocarse con las manos.

Nina empieza a aplicarlo sobre mi cabeza. Lo hace sin pausas, sin suavidad y, por supuesto, sin seguir ningún tipo de ritual. Me embadurna el cuero cabelludo con firmeza, cubriendo cada mechón nuevo con ese color que no es el mío. Cada pasada me pesa más y el frío del producto se cuela por las raíces de mi pelo como una descarga eléctrica hasta mi cerebro.

Aprieto los puños bajo la toalla, hasta que los nudillos crujen. El olor químico me sube por la nariz, me araña la garganta y me revuelve el estómago. Cierro los ojos con fuerza. No hablo, ni me quejo. Solo aguanto y ruego para que acabe cuanto antes.

Cuando termina, se limpia las manos, camina hasta el microondas y marca veinticinco minutos en el temporizador. Me quedo sentada, inmóvil, con el tinte empapándome la cabeza como si me hubieran cubierto con una capa de brea. Siento cómo se adhiere, cómo se asienta y cómo me transforma.

Mientras permanezco sin moverme. No hablo e intento no pensar. Solo me dejo ir, porque lo que queda de mí ahora… es otra cosa.

Cuando Alex entra en la cocina me mira con esa forma suya de observar sin implicarse.

—Pronto no quedará nada de la chica que Maden compró —me dice, como quien enuncia un hecho inevitable.

No le respondo. No porque me falten palabras, porque las tengo. Muchas, quizá demasiadas, pero están atascadas en algún rincón de mi cuerpo donde ya no me sirven para nada. Se me han quedado sin sitio. Como si todo lo que pudiera decir llegara tarde y ya no importara.

Levanto la vista hacia el espejo roñoso que cuelga de la pared de la cocina y la imagen que me devuelve es borrosa y torcida, como si el propio cristal no supiera qué hacer conmigo. Tiene manchas secas en las esquinas, y un desconchón que parte mi cara justo por la mitad. Pero aun así, me veo lo justo para saber que sigo aquí. No lloro ni sonrío, solo alargo la mano y me toco el pecho buscando la llave. La noto fría contra mi piel. Una punzada de metal clavada en lo más blando de mí. No la he soltado, es lo único que me he quedado de Giorgia. Sique conmigo porque aún no puedo o no quiero quitármela.

—Quizá no me compró —musito para mí—. Pero nunca sabré si me eligió.

El pitido del microondas rompe el aire como un disparo avisándonos de que han pasado los veinticinco minutos. Nina se acerca y me hace un gesto con la mano. Me levanto sin pensar y me lleva hasta el fregadero, me hace inclinar la cabeza hacia atrás y abre el grifo.

El agua cae directa sobre mi cuero cabelludo, templada y con olor a cloro. Resbala por las sienes, por la nuca y por los mechones que ya no reconozco como míos. Nina no habla mientras lo hace, aunque tampoco lo necesito.

Cuando acaba, me seca con una toalla distinta, más áspera. Me frota con fuerza, como si quisiera borrar cualquier resto de lo que era antes. Luego me da un espejo de mano. Uno redondo, pequeño y con una grieta en una esquina para que me mire.

Mi pelo ahora es negro, corto, liso y me cae recto sobre la frente. Los ojos me brillan más o quizá es que el resto de mí lo que ha perdido el color.

Sé que sigo siendo yo, pero no soy la misma, ahora soy una versión más vacía y hueca de mí. Más libre, tal vez, pero menos auténtica.

Mientras me miro, veo que Nina recoge los guantes usados, las tijeras y el cuenco del tinte. Lo guarda todo con movimientos precisos y sin hacer ruido. No me dedica ni una mirada. Cuando acaba, desaparece por el pasillo como si no acabara de arrancarme

de cuajo lo poco que me quedaba de antes. Y por primera vez desde que llegué, me siento completamente sola.

Camino hasta el salón con los pies descalzos y la cabeza aún goteando agua y pensamientos que no sé dónde colocar. Alex sigue en el mismo sitio, apoyado en el alféizar de la ventana y concentrado en la pantalla de su teléfono. Las persianas bajadas no dejan entrever ni un solo fragmento del mundo exterior, pero él no se ha movido. Ni siquiera intenta fingir que no me escucha llegar. Está ahí silencioso e inmóvil. Con la misma rigidez que tiene el que lleva demasiado tiempo esperando algo que no sucede.

Sobre la mesa veo una carpeta de papel manila y con cierre metálico. También veo que tiene una etiqueta escrita a mano en una letra que no reconozco. La miro y siento que dentro hay una vida que aún no me pertenece: un nombre nuevo, una fecha que no me dice nada, una dirección en algún punto anónimo del mapa, lejos de todo lo que he sido. También hay un billete de tren con un trayecto marcado y sin fecha de regreso.

Extiendo la mano y la apoyo sobre la carpeta sin abrirla. La yema de los dedos roza el cartón y me recorre un escalofrío. Todavía no me atrevo a ver lo que hay dentro. Como si abrirla fuera terminar de romper lo poco que queda en pie de mí.

Me siento en el sofá. El cuero sintético rojo suelta un crujido breve bajo mi peso. Me dejo caer hacia atrás y dejo que me devore. El cuello me tira y siento el picor del tinte todavía fresco detrás de las orejas. El olor se me ha quedado pegado a la piel, como una advertencia de que lo que ha empezado ya no tiene marcha atrás.

Me observo las manos y veo que ya no tiemblan. Parece que el miedo que me ha invadido durante todo este tiempo se hubiera agotado de tanto usarlo. Bajo la mirada hacia mi pecho y veo que mi collar reposa ahí sobre mi piel al ritmo pausado de mi respiración.

La llave, la única que no he dejado atrás. No sé si algún día seré capaz de quitármela, aunque en realidad no quiero hacerlo, porque, aunque todo haya cambiado y esté a punto de convertirme en alguien que no tiene pasado, él sigue conmigo. Como una cicatriz que ya no sangra, pero escuece cuando el aire roza.

Cierro los ojos.

La carpeta sigue ahí, intacta. Esperando. Alex no se ha movido. Nina no ha vuelto y yo estoy suspendida en este lugar sin nombre, entre lo que ya no soy y lo que aún no sé si podré ser.

Este no es el final, sino el punto exacto donde empieza el vértigo. Porque puede que me haya ido, pero aún no he escapado. Y hay nombres que no se borran con un pasaporte nuevo. Ni con un tinte negro.

Este capítulo no está cerrado, solo se ha quedado suspendido, como yo. Pero en cuanto alguien abra esa carpeta y lo que está escrito ahí dentro se ponga en marcha, nada volverá a ser lo mismo.

Porque puede que ahora todo esté en silencio, pero lo que viene… va a incendiarlo todo.

***

Si has llegado hasta aquí, gracias. Tu lectura significa más de lo que imaginas. Así que, si esta historia te ha tocado, removido o hecho arder por dentro, me harías un favor enorme dejando tu opinión en Amazon.
Solo te llevará un minuto y, créeme, cada reseña cuenta. Gracias a ellas puedo seguir escribiendo y publicando nuevas novelas.

Nos vemos en la próxima condena,

Sarah Valentine.

Nota de la autora

Si has llegado hasta el final, gracias. De corazón.

Ojalá esta historia te haya tocado un poquito por dentro. Que hayas respirado con ellos, deseado con ellos, y sentido cada palabra como tuya.

Si te ha gustado esta novela, te invito a asomarte a las otras que ya he escrito. Todas están hechas con el mismo cuidado, la misma intensidad… y las mismas ganas de hacerte suspirar.

Mientras tanto, yo seguiré escribiendo, con una taza de café al lado y los dedos ardiendo de ganas por darte nuevas historias.

Nos leemos muy pronto.

Con cariño,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

Sarah Valentine

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado esta historia, te animo a que sigas leyendo ***Dulce condena***, la última entrega de la bilogía ***Condena.*** Empieza a leerla aquí:

Dulce condena

Prólogo
Giorgia

Llueve con esa insistencia molesta de las noches largas y oscuras, cuando el agua parece caer con la intención de arrasar con lo que se cruce en su camino. La capucha de mi abrigo está empapada, pero sigo caminando sin rumbo ni prisa, y con los pasos cargados de una ansiedad, que no se calma con pastillas. El suelo brilla con charcos irregulares que reflejan el neón morado del cartel de un club que está abierto toda la noche. No hay nadie cerca, solo el rumor de algún coche en la distancia y el eco sordo de mi respiración acelerada.

A estas horas debería estar dormida. En el piso de seguridad, con las cortinas cerradas y las luces apagadas, cumpliendo con la rutina invisible que Alex se empeña en llamar «de protección». Pero he salido, no porque quiera huir, sino porque necesito recordar que sigo viva y que hay una parte de mí que no se ha rendido.

Los adoquines de esta zona están sucios y rotos en algunos tramos. Las aceras huelen a agua estancada, a cloaca vieja y a tabaco barato. La calle está desierta, como si fuera un escenario

montado solo para mí, una escenografía pensada para que mis pasos resuenen sin testigos.

De repente, me llevo una mano al cuello y lanzo un suspiro al comprobar que ahí sigue la cadena y la llave de oro. La siento fría contra mi piel, aunque no me la he quitado ni un solo momento durante todo el tiempo que llevo en este limbo «de seguridad», aunque sé que me juré que no volvería a mirar atrás. Aunque he soñado con él, demasiadas veces. Maden ha aparecido en mis sueños con esa forma de mirarme que lograba dejarme sin argumentos, con su voz ronca diciéndome que era suya, como si con eso pudiera cubrirlo todo: la herida, el deseo, la rabia, el miedo. A veces lo odio o eso trato de decirme. Otras, en cambio, solo me duele el hueco donde ya no está.

Un autobús nocturno pasa a lo lejos, arrastrando una estela de luz sucia llena de restos de agua a su paso. Giro una esquina sin pensar, buscando un destino que no existe. Aunque en el fondo sé que acabaré junto al río, como otras noches en las que no puedo respirar dentro del piso. Al lado del agua, al menos, el aire es distinto, aunque huela más a derrota que a encierro.

Me quito la capucha y noto cómo la lluvia me cala el pelo. Negro, liso, más corto de lo que nunca me habría atrevido a plantearme ni siquiera llevar. Una parte de mí necesitaba desprenderse de todo lo que recordara a aquella chica que tenía una galería en el SoHo, pero hay días como hoy en los que ni el espejo me devuelve un rostro que sea capaz de reconocer.

Me miro en el viejo cristal de un escaparate frente al que paso y observo el reflejo de mi silueta y de pronto veo a las dos. Yo, con el rostro pálido, los labios agrietados y los ojos manchados de máscara de pestañas, que no me he molestado en retocar después de llorar. Y también la veo a ella. La niña de catorce años que se coló en el despacho de su padre durante una fiesta en Sicilia y escuchó sin querer que su cuerpo era parte de un trato. La misma que se prometió a sí misma, que nunca dejaría que la ataran sin pelear. Sin embargo, me he mentido desde entonces, porque nunca he peleado de verdad, solo he fingido que lo hacía. Como todas las mujeres que

hemos aprendido a sobrevivir sin romper del todo con las cadenas que nos aprisionan.

El río está cerca, lo noto en el cambio del aire y en la humedad que sube desde las losas y se cuela por mi ropa. Camino sin mirar atrás, hasta que me detengo frente a la barandilla oxidada que separa el paseo del agua.

La ciudad duerme a mis espaldas y Nueva York parpadea a lo lejos, con sus luces frías, indiferentes e intocables. Me apoyo con las manos en el metal helado y observo el agua turbia con restos de basura flotando en la superficie, aunque yo solo me fijo en mi reflejo, porque allí de nuevo volvemos a estar las dos: la mujer que ha huido y la niña que nunca supo cómo hacerlo.

Me cuesta tragar y noto como el corazón se me revuelve dentro del pecho, como si apretara desde dentro, queriendo salir.

De repente oigo su voz, aunque no como un recuerdo bonito. Lo escucho como una punzada que atraviesa todo lo que creí haber apagado. Él diciendo mi nombre, como si fuera una condena. Pronuncia mi nombre despacio, en voz baja y con la boca cerca de mi oído. Solo de imaginar esta escena noto que me cuesta respirar y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a entreabrir los párpados, el agua sigue ahí, delante de mí, inmóvil y turbia, como si esperara algo. La lluvia me cae sobre el pelo sin compasión, empapándolo todo, pero ya no siento el frío, solo esa presión en el pecho que me aplasta por dentro. Porque en mi cabeza no estoy aquí, de pie frente al río. En mi cabeza estoy atrapada en una habitación cerrada, con las persianas bajadas y el aire cargado de deseo y peligro. Un cuarto en penumbra, donde alguien me susurra al oído con la voz rota: «No huyas. Aún no». Y recordar eso… duele de una forma que ni sabía que existía. No como una punzada pasajera, sino como una herida que se abre cada vez que respiro. Como si alguien hubiera escondido brasas vivas en mi garganta y ahora ardieran otra vez, con el nombre de él escrito en cada chispa.

Un destello repentino corta la oscuridad. Las luces de un ferry cruzan el río a lo lejos y alcanzan mi cara mojada. No sé si las gotas

que me corren por las mejillas son lágrimas o si es solo la lluvia que me está deshaciendo poco a poco. Quizás sea todo a la vez.

Me abrazo a mí misma, pero no por frío ni por miedo a que un día todo eso deje de doler o a que todo lo que sentí con él se convierta solo en memoria sin cuerpo.

En el bolsillo interior de la chaqueta, llevo una hoja doblada. Un dibujo rápido hecho con un carbón gastado, donde aparecen unos ojos. No se ven bien, pero sé que son los suyos, porque ninguna otra mirada me ha dejado esta cicatriz en el alma.

Se me pasa por la cabeza la idea de volver, pero no al piso, sino a lo que fui antes de que todo se desmoronara. A esa versión de mí que creía que le bastaba con levantar la barbilla y apretar los dientes para salir ilesa. Que pensaba que el orgullo era suficiente escudo para sobrevivir al dolor. Pero no, no lo es. No cuando tu historia ha sido escrita con tinta ajena, sin preguntarte nada, como si solo fueras un personaje más en la vida de otros.

Respiro hondo y me doy la vuelta. Las farolas parpadean como si estuvieran a punto de rendirse. Algunas ya ni siquiera alumbran. El viento sopla con fuerza desde el río y levanta las gotas en el aire como si fueran agujas heladas buscando dónde clavarse. Me cala por dentro y parece que quisiera arrancarme todo lo que intento ocultar bajo la piel.

A mi lado, una pareja pasa corriendo bajo un paraguas. Se ríen, se empujan y se besan. Yo los envidio sin saber por qué. Porque hay algo en su normalidad que me resulta irreal.

Recuerdo el sabor del vino en sus labios, la presión de sus dedos en mi cuerpo y el instante exacto en el que dejé de odiarlo. ¿Cuándo fue? ¿Fue cuando me dijo que no me tocaría hasta que yo lo deseara? ¿O fue cuando me dejó la manta en el estudio sin decir palabra?

Él no me amó bien, pero yo tampoco supe quererle sin miedo.

El teléfono en mi bolsillo vibra, pero no lo saco. Seguro que es Alex para controlar dónde estoy y para asegurarse de si sigo siendo Sophia Morandi y no Giorgia Marchese. Respiro hondo y trato de tranquilizarme, mientras el teléfono deja de vibrar.

¡Qué nombre tan maldito! Marchese. Como si solo por llevarlo hubiera nacido atada. Pero ahora ya no soy sólo eso. Ahora soy la mujer que huyó, la que ardió, la que amó con las tripas y no supo distinguir entre deseo y condena. Pero también soy la que lleva una llave colgada del cuello y a veces, cuando nadie la ve, la aprieta entre los dedos como si pudiera abrir algo más que una cerradura. Aunque una parte de mí querría tirarla al río, pero otra parte la aprieta con más fuerza.

Alzo la cara al cielo y cierro los ojos. La lluvia me empapa el rostro, mientras escucho como el río sigue su curso oscuro y espeso. Me quedo quieta, como si pudiera fundirme con la oscuridad y dejar de moverme hiciera que todo se detuviera también dentro de mí.

«Escapé de su mundo…, pero su nombre sigue latiendo dentro de mí como una bomba a punto de estallar», me digo en silencio y noto como la lluvia arrecia y me empapa aún con más fuerza.

Capítulo 1
Maden

No hay luz. No porque no funcione, sino porque no la quiero. Llevo días sin encender una sola lámpara, ni subir una persiana, ni hacer nada. El ático parece otro, como si el lujo hubiese decidido marcharse con ella…, y en cierto modo lo hizo. Desde que se fue, todo lo que antes controlaba ahora me pesa, me agota y me sobra.

El suelo sigue inmaculado, porque el equipo de limpieza viene cada mañana y hace su trabajo sin decir una palabra. Cuando me ven, bajan la cabeza. Algunos ya ni siquiera me miran. Supongo que hay algo en mi cara que se ha roto, aunque no lo admita en voz alta.

No he comido nada decente desde que vi aquella imagen en la cámara: Giorgia cruzando el umbral del ascensor, con el abrigo abierto y la llave brillando contra su pecho. Caminaba como si ya no

esperara que nadie la detuviera y como si lo que dejaba atrás ya no le importara.

Ahora me paso las noches tirado en el sofá del despacho, con los informes abiertos sobre la mesa y el móvil sin batería. No leo una sola hoja, ni llamo a nadie. Los clubes están dando pérdidas. El Velvet ha tenido que cerrar dos noches por falta de personal. La mafia rusa ha mandado a Gavril a exigirme explicaciones y no se las he dado, ni pienso hacerlo. Si quieren guerra, tendrán que venir a buscarme.

La noche huele a whisky derramado, a humo frío y a derrota. A veces me acerco a su estudio, aunque no me atrevo a entrar. Solo me quedo en la puerta, como un puto adolescente enamorado. Todavía huele a ella.

La cámara de seguridad que controla su ala del ático sigue activa. No la he apagado, ni he borrado las grabaciones. Podría hacerlo, pero no lo hago. Cada vez que paso por ahí, mi cabeza me devuelve el recuerdo de una imagen congelada de Giorgia sentada frente al lienzo que dejó a medias. Pintaba como si le fuera la vida en ello y como si todo el dolor que no se atrevía a decir lo estuviera soltando con los dedos manchados de rojo y negro.

La echo de menos, pero no de esa manera cursi que cuentan en las novelas románticas. La echo de menos con rabia, con el cuerpo en llamas y con un nudo en la garganta que no se va ni con puñetazos, ni con alcohol. Me falta su voz, incluso cuando discutíamos. Me falta su cuerpo al otro lado del ático, invisible pero presente, y me falta su puta manera de mirarme como si supiera quién soy y aun así decidiera quedarse.

Pero no se ha quedado.

—La hemos perdido de vista en cuanto se subió al coche de Greyson. No hay rastro. Nada.

Eso fue lo que dijo Callahan aquella noche, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Yo no le contesté. Solo dejé el vaso sobre el mármol de la cocina y me encerré en el despacho.

Hoy he amanecido en el sofá, con la camisa arrugada y el cuerpo entumecido. La mandíbula me duele de tanto apretarla por las

noches. El reloj marca las ocho, pero podría ser cualquier hora. De hecho, hace días que no sé en qué día vivo.

Abro una botella. Ni miro cuál. Bebo a morro, sin entretenerme en buscar un vaso. El alcohol me araña la garganta. Me gusta, porque es la única sensación que me recuerda que sigo aquí.

—Me has dejado sin pelear, Giorgia —murmuro en voz baja, con los dientes apretados—. Y yo... no sé cómo luchar.

Entonces se me cae la botella de la mano y se estrella contra el suelo de mármol y se hace trizas. Ni me agacho a recogerlo. Me quedo ahí, solo, con el corazón reventado por dentro como si alguien me hubiera arrancado la piel a tiras.

Todo lo que soy se tambalea y ni siquiera sé si quiero volver a levantarme.

Callahan entra sin llamar. Deja una carpeta sobre la mesa y no dice nada. Su manera de mirar es la misma que cuando tiene malas noticias, como si supiera que lo que va a soltar no va a gustarme, pero lo suelta igual.

—Ya lo tenemos —me dice por fin, sin levantar la vista del *dossier* —. Ha cambiado de identidad. Ahora se hace llamar Sophia Morandi.

Cuando escucho lo que acaba de decirme, no respiro.

—Greyson pertenece al FBI. Nunca fue un civil. Está implicado desde el principio y, por lo visto, todo estaba preparado para sacarla del mapa.

Cada palabra que acaba de soltar es una piedra que se me incrusta en el estómago. Miro la carpeta cerrada que ha dejado frente a mí, pero no la abro. No me hace falta. Saber que tiene un nombre falso ya es suficiente. La confirmación de que ha borrado su rastro y, con él, todo lo que fue conmigo.

Aprieto los puños y noto cómo las venas me palpitan en las sienes. Callahan no se mueve, ni respira. Solo espera y me observa.

Sin decir ni media palabra, me incorporo de la silla y cruzo el despacho hasta la pared. No pienso. Solo golpeo. Mi puño impacta contra el yeso y deja una grieta seca y sucia. El dolor me llega después, lento, como si me viniera desde dentro. La piel de los

nudillos se ha abierto y empieza a sangrar. Miro la sangre con una calma rara. Me da igual. De hecho, podría partirme todos los huesos de la mano ahora mismo y no me dolería tanto como la puta idea de que ella se ha ido sin mirar atrás.

—Se ha marchado por su propio pie —escupo las palabras como si me quemaran la boca—. Como si no hubiera nada aquí que valiera la pena para quedarse.

Callahan traga saliva y no contesta. Tiene esa cara de militar viejo que ha visto cosas peores, pero que no sabe qué hacer con un hombre deshecho por una mujer.

—Puede que solo quisiera escapar —se atreve a decir, aunque sin estar convencido de sus palabras.

Lo miro con los ojos entornados.

—No necesito tus interpretaciones. Solo dame datos.

Callahan asiente y recoge la carpeta.

—Voy a seguir tirando del hilo. Si aparece algo, serás el primero en saberlo.

Asiento sin abrir la boca.

Cuando se marcha, cierro la puerta con la mano que no me sangra y me dejo caer en el sillón. La herida me escuece con cada latido de mi corazón, pero es un escozor limpio y sincero. No como lo otro.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y dejo caer la cabeza entre las manos. El despacho está en penumbra. Afuera debe de estar amaneciendo, pero aquí dentro todo sigue lleno de oscuridad. Como yo.

No sé cuándo fue la última vez que lloré. Lo intento recordar, pero todo se me emborrona, como si lo hubiera borrado a propósito. Quizá fue de crío, en alguna noche en la que aún creía que llorar servía para algo. Ahora, en cambio, me siento aquí, con la garganta hecha un nudo y los ojos ardiéndome, y no tiene ningún puto sentido que me pase esto ahora. Pero me pasa.

Me tiemblan los labios. Tengo que apretar los dientes para no soltar un ruido que me delate. Porque sé que si hablo, si me atrevo a decir una sola palabra en voz alta, se me va a romper el pecho como un cristal bajo una piedra y no quiero que nadie escuche eso.

Ni siquiera yo. Así que no digo nada. No grito, ni lanzo ningún vaso contra la pared, ni arranco nada de su lugar. Solo me quedo quieto, con los codos sobre las rodillas y el cuerpo encogido, mientras todo dentro de mí se desmorona sin hacer ruido. Porque soy yo el que se rompe esta vez. No el despacho, ni mi control, solo yo.

Lloro en silencio, porque ella se ha ido sola y sin mirar atrás. No tuve el valor de decirle lo que era para mí sin envolverlo en órdenes, amenazas o silencios cobardes. Porque me creí que tenerla cerca bastaba, que con eso sería suficiente. Pero no lo era, nunca lo fue. Y ahora lo sé, aunque ya es demasiado tarde

Me cubro los ojos con la palma de la mano y noto cómo me arde el cuerpo y me duele el orgullo. Me desangro por dentro como un imbécil que ha perdido lo único que no sabía que podía querer.

«Me has dejado sin pelear. Y yo... no sé cómo luchar».

Capítulo 2
Giorgia

El apartamento en el que ahora vivo es nuevo, pequeño y limpio. Demasiado limpio. Tiene esa frialdad de los sitios que se han decorado sin alma, con el objetivo de ser funcionales, pero no habitables. Todo está en su sitio, medido, pero también perfectamente muerto. La cocina no huele a nada… Ni a pan, ni a café, ni a vida. Las paredes son blancas, sin una sola grieta, sin un solo cuadro y sin ningún recuerdo que contar.

Camino descalza por el suelo helado sin muy saber bien por qué. De hecho, podría ponerme calcetines, unas zapatillas o algo. Pero me gusta sentir ese frío en las plantas de los pies, porque es la única sensación que no me han controlado. Me acerco a la ventana del salón, aunque no la abro, porque no puedo. Las cortinas permanecen cerradas todo el día. Otra de las medidas de *protección* que Alex ha decidido por mí.

Sophia Morandi. Así me llamo ahora o eso pone en los papeles, en el buzón de este piso sin alma y en la base de datos que Alex ha montado para que nadie me encuentre.

Sophia. Un nombre que suena suave, que no amenaza a nadie ni carga con una historia que nadie debería conocer. Pero a mí me pesa como una piedra.

Me siento en el borde de la cama. Esa cama que no cruje, ni guarda secretos, ni me ha visto llorar de verdad porque aquí, en este lugar, ni siquiera he sabido cómo hacerlo. Respiro hondo y me quedo quieta, sintiendo que en mi pecho se va acumulando una presión, que en cualquier momento necesitara estallar y no encontrara por dónde.

Me levanto y voy al baño. El espejo está limpio, sin huellas, como todo lo demás. Me miro en él y veo a una mujer que me observa y que no reconozco. Tiene el pelo oscuro, cortado recto a la altura de los hombros y demasiado liso. También lleva lentillas que apagan el azul de sus ojos hasta volverlos castaños. Cejas perfiladas y piel sin maquillaje. Soy otra o, al menos, lo parezco, pero por dentro... por dentro sigo siendo la misma.

—Parezco otra —susurro.

Me recojo el pelo en un moño flojo, como si eso fuera a devolverme algo de mi verdadera identidad, pero me quedo lejos de lograrlo. Salgo al pasillo y voy a la cocina. En la nevera veo una lista escrita a mano por Alex con horarios e instrucciones. Casi es un manual de uso: desayuno de ocho a ocho y media, paseo permitido de nueve a diez, vuelta antes de las once, pedidos a través de Nina. Nada de visitas, ni de llamadas. Nada que tenga que ver con él pasado.

Me sirvo café en una taza blanca y le doy un sorbo, aunque no tiene sabor. Ni siquiera estoy segura de que sea café. Es un gesto, un acto mecánico que me recuerda que hay un antes y un después. Me siento en el sofá y dejo la taza en la mesa sin mirar. La tela gris bajo mis piernas es la misma que el primer día. Todo sigue igual, como si el tiempo no pasara aquí dentro.

Pienso en encender la televisión, pero me quedo mirando el mando sin mover los dedos. Me cruzo de brazos y miro hacia la

puerta de salida, que debo cerrar con dos vueltas de llave todas las noches. Alex dice que es por mi bien. Que nadie puede saber dónde estoy. Que cuanto menos me exponga, mejor.

Pero yo sí lo sé. Sé que estoy enjaulada en un piso que huele a lejía y que vivo con un nombre que no me pertenece. También tengo muy claro que me muevo como si estuviera ocupando el cuerpo de otra, pero lo que tengo aún más claro es que mi corazón sigue latiendo por algo que dejé atrás y eso no sé cómo cambiarlo. Porque no importa cuánto cambie por fuera. Él sigue dentro, en mis huesos, en el centro del pecho y en ese hueco de mi corazón, que me escuece cuando intento dormir. Sigue en mi cara cuando me miro en el espejo. Sigue en la forma en que me echo el pelo hacia atrás y espero sentir sus dedos agarrándolo, también en la respiración que no llega a ser susurro y en el recuerdo de una voz grave que decía mi nombre como si tuviera derecho a él.

Mientras yo sigo aquí, pero sin estar.

La noche llega sin avisar o puede que lo haga, pero yo ya no me molesto en mirar el reloj. Las horas se parecen demasiado entre sí. Cambian los sonidos, los olores, pero no el peso de todo esto.

En la cocina, el extractor murmura un zumbido leve. Hay una olla en el fuego, una cuchara de madera, algo que huele a tomate, a orégano y a intento de normalidad. Alex está a mi lado. No dice mucho, pero se mueve con esa actitud de quien cree que su sola presencia basta para aliviar el mundo de los demás. Corta cebolla con una calma ensayada, como si no supiera que estoy al borde de desaparecer por dentro.

—¿Te acuerdas de cuando hacíamos esta receta en mi apartamento de Brooklyn? —pregunta sin mirarme, como si hablarle al aire hiciera la conversación más segura.

Asiento con una sonrisa que no tiene nada de real, pero no le contesto, porque no puedo. Porque no, no me acuerdo o no como él querría. Yo recuerdo otra cosa. Recuerdo una risa forzada, una cama que nunca terminaba de ser cómoda, una sensación permanente de querer salir corriendo sin saber a dónde. Ahora lo veo tan claro que

hasta me cuesta creer que alguna vez llegara a pensar que lo nuestro pudo llegar a tener sentido.

Él se gira y me acerca la cuchara a la boca.

—Prueba.

La acepto. Soplo, pruebo y me sabe bien. Como cualquier plato que podrías encontrar en una cocina cualquiera, en una vida cualquiera.

—Está bueno —le digo, porque no tengo fuerzas para otra cosa.

Mi voz suena neutra y vacía, como si hubiera salido de otra boca que no es la mía. Alex me observa unos segundos. Ladea la cabeza y sonríe con esa ternura fabricada que años atrás me habría bastado, pero ahora ya no.

Ahora sé lo que es desear a alguien de verdad. Sé lo que es temblar con una sola mirada o con una palabra. Sé lo que es sentirme desnuda sin que me toquen y sé que eso con él nunca existió.

La sonrisa se me dibuja por inercia, pero no tiene alma. No me llega a los ojos, porque mis ojos están atrapados en otra escena. En ese instante en que la puerta del taxi se cerró a mi lado con un golpe seco y en el sonido del asiento de cuero al hundirse bajo mi peso. Recuerdo cómo apreté la llave entre los dedos, la misma que llevaba colgada del cuello desde que me la dio. La única parte de mí que seguía siendo real cuando todo lo demás se estaba cayendo a pedazos.

Él se quedó allí como si el mundo se hubiera detenido cuando me marché y yo me alejé de él sin volver la cabeza. No lo hice por coraje, ni por esa libertad que tanto se empeñaban en prometerme. Lo hice porque sabía que, si lo miraba una sola vez más, me habría roto por dentro, porque el alma se me habría resquebrajado en mitad del trayecto y habría suplicado quedarme.

Me sentía traidora, porque lo era y huí con el cuerpo tenso y el corazón aferrado a algo que no quería soltar. Tenía que marcharme. Lo sabía, pero eso no impidió que una parte de mí quisiera quedarse. Quedarse con él, aunque me rompiera y una parte de mí también supiera que, si lo hacía, acabaría perdiéndome para siempre.

Lanzo un hondo suspiro y termino de poner la mesa. Alex habla de algo, pero ya no lo escucho. Asiento cuando toca y finjo cuando es necesario. Cuando los platos están sobre la cena, le digo que me duele la cabeza y que prefiero irme a la cama, el asiente, sin más y yo me alejo. Cuando entro en la habitación, cierro la puerta y me siento sobre la cama con las piernas cruzadas. Saco la libreta que escondo en el fondo del cajón, una de tapas negras, con las esquinas dobladas por el uso, y que no tiene nombre ni fecha, solo las palabras que no puedo decir en voz alta.

Paso las hojas con los dedos temblorosos y cojo el bolígrafo. Escribo sin pensar demasiado palabras sueltas, frases sin punto final y pensamientos que ni entiendo, pero que necesitan salir de mi cabeza.

«Echo de menos su voz, incluso cuando me callaba».

«Hay noches en las que me despierto creyendo que sigo en el estudio».

«Me toco la clavícula buscando su aliento».

Cierro los ojos un instante y el bolígrafo tiembla entre mis dedos, pero abro los ojos y me obligo a seguir escribiendo.

«No sé si lo odiaba... o si solo me odiaba a mí por haberlo amado».

Capítulo 3
Maden

Me despierto con la boca seca y el cuello agarrotado. Otra vez en el sofá del despacho. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí en la cama. El cuero está caliente bajo mi espalda, pero no es por el sol. Es por las horas que llevo tirado aquí, con la camisa arrugada y el mismo nudo en la garganta de siempre.

Los documentos están esparcidos por el suelo a mi alrededor. Informes financieros, balances, cartas sin abrir. Podría recogerlos,

leerlos y hacer algo con ellos, pero no lo hago. No tengo fuerzas ni ganas. No tengo nada.

Callahan entra sin llamar, aunque ya ni eso me molesta. Sabe que, si tiene que esperar a que yo lo autorice a entrar, se puede quedar plantado al otro lado de la puerta todo el día.

—Los rusos han vuelto a llamar. Quieren saber cuándo piensas mover ficha. El Velvet ha reabierto, pero la asistencia está bajo mínimos. El club de Londres lleva dos semanas en números rojos. Necesitamos reestructurar.

Le escucho hablar, pero es como si su voz me llegara a través de un cristal y oyera un murmullo lejano que no entiendo. Asiento, no porque le haya entendido, sino porque sé que él espera una reacción por mi parte.

—Maden, tienes que moverte. Si no das señales de vida, van a comerte por los pies.

Levanto la vista y lo miro. No con rabia. Con nada, porque eso es lo que tengo ahora: nada. Me estoy apagando, y ni siquiera el miedo me empuja.

—Haz lo que tengas que hacer —murmuro sin moverme.

Callahan aprieta la mandíbula y asiente antes de salir. Cierra la puerta sin hacer ruido y el clic seco del pomo es lo último que escucho antes de que vuelva a rodearme el silencio.

Pasan unos minutos o, quizá, sean horas. No lo sé, porque todo va a otra velocidad desde que ella se fue. Desde que ese puto ascensor se cerró con ella dentro y yo me quedé mirando la puerta como un imbécil y sin hacer nada, como ahora.

Un timbre me arranca de golpe de mis pensamientos. Alzo la mirada aturdido y miro a mi alrededor. Otra vez se oye el mismo timbrazo y reconozco que es el interfono. Nadie llama a esta hora. Me levanto a desgana, marco el botón y contesto.

—Dígame.

—Entrega para usted. No tiene remitente.

Pulso para abrir, aunque no me molesto en preguntar nada más. En menos de cinco minutos, tengo el paquete en la mesa del despacho. Es rectangular y está envuelto en papel *kraft*. No hay

dirección, ni remitente, ni una nota, nada. Solo mi nombre escrito a mano con tinta negra.

Arranco el envoltorio con los dedos y lo que hay dentro me deja sin aliento.

Un lienzo negro, totalmente pintado de ese color excepto por un punto rojo, pequeño y exacto, colocado justo en el centro.

Me quedo quieto, muy quieto. No respiro, ni parpadeo, ni pienso, solo miro.

Es de ella, no tengo duda. Es su manera de gritar sin hacer ruido. Su forma de dejarse la piel en algo para no romperse por dentro. El lienzo me quema entre las manos. Lo apoyo sobre la pared del despacho, me siento frente a él y me limito a observarlo.

Las horas pasan sin que me entere. No enciendo ninguna luz, ni me levanto, ni digo ni media palabra. Solo me limito a observar ese punto rojo como si pudiera decirme dónde está, como si pudiera guiarme hasta Giorgia.

Entonces la recuerdo cuando estaba desnuda en el estudio pintando, con el pelo recogido a medias, la piel llena de manchas de acrílico y los pies descalzos sobre el suelo. Recuerdo la curva de su espalda, la tensión en sus hombros y la manera en que apretaba los labios cuando estaba concentrada. Se giró hacia mí sin dejar de pintar. Tenía los dedos manchados de rojo. Me tocó el pecho, la clavícula y la cara. Me dejó huellas, aunque no solo de pintura, sino de vida.

Cierro los ojos y noto cómo ese punto rojo rodeado de negro me estalla por dentro.

—Está bien —susurro, más para convencerme que por otra cosa —. Si le hubieran hecho algo, yo lo sabría.

Pero luego viene la otra frase. La que no se me clava en medio del pecho y me atraviesa.

—Si no me odiara... ya habría vuelto.

Me acerco al cuadro despacio, como si cada uno de mis pasos me pesara el doble. Me agacho frente a él y dejo que mis dedos rocen el marco con la punta, sin prisa. Lo acaricio como si estuviera tocando su piel y en la textura de la madera pudiera encontrar la curva de su

espalda, la tibieza de su nuca y el temblor apenas perceptible que recorría su cuerpo cuando cerraba los ojos.

Recorro el borde como si eso bastara para mantenerla cerca, como si con solo rozar lo que ella tocó pudiera evitar que se me escurra del pecho. El lienzo ya no es solo un cuadro, es la prueba de que, aunque se haya ido, algo de ella sigue aquí. Y me aferro a eso. A esa mancha de rojo en medio del vacío. Al olor que juraría que aún queda entre las fibras del lienzo y a este instante en el que no hay nada más que yo y lo que ella dejó atrás. Porque quizá este cuadro sea lo último que me queda de ella, pero ahora mismo… también es lo único.

Puedes seguir leyéndola aquí.

Consíguela al 50% de su precio durante la preventa.